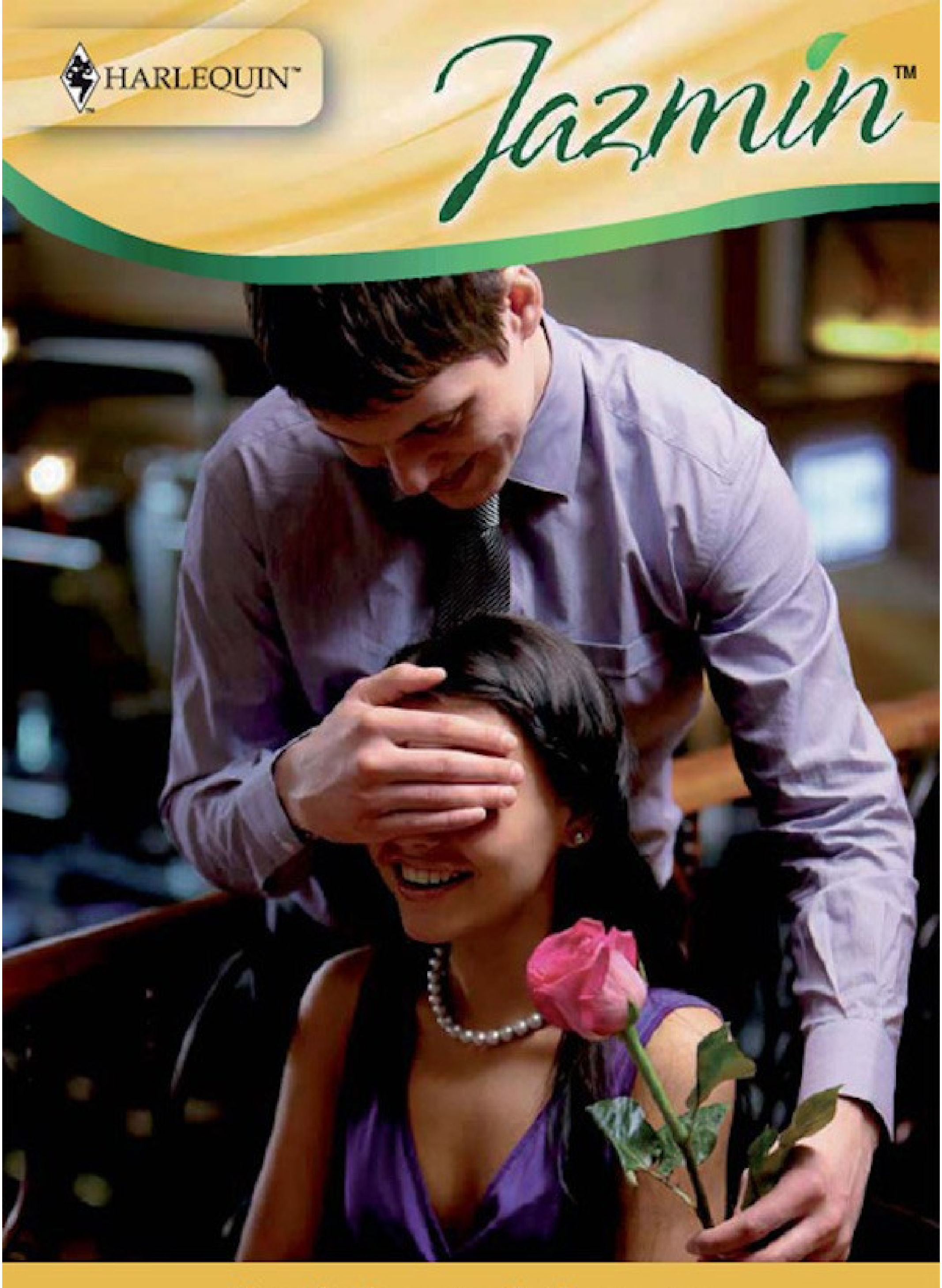


La dulzura del amor

NINA HARRINGTON

Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa,
56 28001 Madrid

LA DULZURA DEL AMOR, N.º 2364 - noviembre 2010
Título original: Tipping the Waitress with Diamonds
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.
Publicada en español en 2010

I.S.B.N.: 978-84-671-9265-0
Editor responsable: Luis Pugni

E-pub x Publidisa

RECETA especial para el romance perfecto:

Punto 1: Consigue una italiana soltera.

Punto 2: Añade un cocinero atractivo con falda escocesa.

Punto 3: Pon dos cucharaditas de sorpresa e incertidumbre.

Punto 4: Mezcla todos los ingredientes en un pequeño restaurante con encanto.

Punto 5: Añade un par de decisiones importantes.

Punto 6: Un deseo de San Valentín...

Punto 7: Dos ojos marrones con brillo en la mirada...

Punto 8: Un par de pijamas de color rosa.

Punto 9: Espolvoréalo con flamencos rosas.

Punto 10: Añade flores rosas.

Punto 11: Y una caja de cálidos recuerdos.

Punto 12: Y una bandeja de sueños bonitos.

Punto 13: Y tres tartas de boda...

Punto 14: Ocho pizzas de arco iris...

Punto 15: Y dos copas de vino tinto.

Punto 16: Cúbrelas con salsa de champiñones silvestres.

Punto 17: Mézclalas con tres cucharadas colmadas de lágrimas.

Punto 18: Y con dos magdalenas rosas.

Punto 19: Añade un cocinero norteamericano sin falda escocesa.

Punto 20: Agítalo con fuerza.

Punto 21: Termina con una porción de tiramisú de chocolate.

Punto 22: Mantén la mezcla caliente hasta el Día de San Valentín y pon una rosa roja antes de servirla con un beso.

CAPÍTULO 1

Punto 1: Consigue una italiana soltera

«HUBO una época en la que los restaurantes se llenaban de clientes maravillosos que adoraban la comida y sonreían a los camareros», pensó Sienna Rossi mientras descansaba en una de las sillas del cuarto de empleados. Bostezó antes de agacharse para quitarse los zapatos de tacón y masajearse los pies, suspirando aliviada.

Greystone Manor se había hecho famoso por su fabulosa comida y su maravilloso entorno, y las comidas de negocios se reservaban con mucha antelación. Ella debería estar feliz por tener el restaurante lleno cada día. Pero era su trabajo asegurarse de que cada uno de los sesenta comensales disfrutara de la mejor comida y el mejor vino de Inglaterra, de un servicio excelente, y de que se marcharan con la sensación de haber disfrutado del estilo de vida aristocrático que ofrecía una casa señorial.

Era difícil mantener un nivel de lujo tan alto a diario.

Sienna miró el reloj. Tendría que marcharse en quince minutos. El nuevo equipo de dirección había convocado una reunión para anunciar a quién había elegido para ocupar dos puestos cruciales en el restaurante.

En pocos minutos se sabría el nombre del nuevo cocinero jefe. Y también quién sería el nuevo encargado del restaurante. Esa mágica combinación de exquisita comida y excelente servicio que los llevaría a lo más alto.

Sienna se estremeció al comprobar que el cuarto de empleados seguía vacío. Estaba nerviosa. Pero nadie sabía lo asustada que estaba en realidad.

¿Asustada? ¿A quién pretendía engañar? Estaba aterrorizada.

En apariencia era la señorita Rossi. La camarera jefe que siempre iba impecable y que ofrecía la imagen perfecta que el hotel quería para su refinado restaurante.

Se quedarían horrorizados si se enteraran de que la verdadera Sienna Rossi estaba temblando.

Había necesitado cuatro años de duro trabajo para recuperar la confianza en sí misma, hasta llegar al punto de pensar en la posibilidad de solicitar el puesto de directora del restaurante. Aquél era el trabajo de sus sueños.

Después de tanto sacrificio había llegado el momento de demostrar que era capaz de superar un desengaño amoroso y de forjarse una carrera profesional.

Necesitaba aquel trabajo desesperadamente.

–Hoy has sido una auténtica estrella. ¿No te lo ha dicho nadie? ¡Si yo tuviera un Oscar, te lo habría dado al instante!

Sienna levantó la vista cuando su amiga Carla entró vestida con el elegante traje negro de recepcionista de hotel.

–Gracias. Hoy has apurado mucho –contestó Sienna con una sonrisa–. Pensaba que la reunión era a las cuatro.

–Así es. Dos de los invitados han conseguido perderse en el laberinto del jardín. Ya sé. Ya sé –Carla agitó las manos en el aire–. Se supone que ése es el objetivo de tener un laberinto en el jardín. ¿Pero en febrero? ¡Estoy helada! He tardado veinte minutos y he tenido que emplear un silbato y el teléfono móvil, pero ahora están sentados cómodamente junto al fuego, tomando té y pastas. No como el resto de nosotros.

Carla se estremeció de frío mientras Sienna le servía un café caliente.

–¡Cocineros vestidos con la típica falda escocesa! –exclamó Carla, inclinándose hacia delante para agarrar la revista ***Hotel Catering*–.** ¿Por qué no me lo dijiste? ¡Llevo toda la semana esperando esto! ¿A quién han elegido esta vez como el Estupendo del Mes? A lo mejor dentro de unas semanas estaremos trabajando con uno de esos cocineros jóvenes y famosos. ¿No sería estupendo?

«No si yo tengo algo que ver en ello», pensó Sienna. «¡Nunca más! Ya he pasado por ello y no quiero ni acercarme a algo parecido. Y no sería estupendo».

Carla negó con la cabeza antes de devolverle a Sienna su preciada revista.

–Te veré en cinco minutos. Y que tengas mucha suerte con el trabajo, cariño. ¡Confío en ti! –dijo, y se marchó despidiéndose con la mano.

Sienna se rió y comenzó a recoger las tazas de café. Al hacerlo, la revista se abrió y ella se quedó helada al ver la fotografía de un hombre alto y musculoso vestido con una camisa blanca y una falda escocesa.

El Estupendo del Mes: Brett Cameron.

En un instante retrocedió doce años, hasta la atestada cocina de Trattoria Rossi. Y recordó la primera vez que vio al nuevo cocinero en prácticas.

Ella tenía dieciséis años y, al llegar del colegio, entró en la cocina donde su padre y su hermano Frankie estaban preparando la comida para la cena. Las plazas para realizar prácticas en Trattoria Rossi estaban muy cotizadas y sólo las conseguían los mejores estudiantes.

Con ellos había un joven muy delgado que tenía fuego en la mirada y el descaro de discutir con su hermano Frankie acerca de la mejor manera de cortar la albahaca.

Y ella se quedó fascinada.

Sólo una mirada. Eso fue todo lo que hizo falta.

Cerró los ojos y recordó la vívida imagen que había quedado grabada en su memoria todos esos años atrás.

Llevaba el cabello rubio recogido en una coleta y cubierto con un pañuelo de rayas y estaba concentrado en las hojas de albahaca que tenía delante y que cortaba con sus delicados dedos, mientras que Frankie las cortaba en tiritas con un cuchillo curvo.

Ambos habían puesto sal y un poco de aceite de oliva virgen en su montoncito de albahaca. Después de probarlos, su hermano le dio una palmadita en el hombro, un gesto que ella nunca le había visto hacer hacia otro cocinero, y después se volvieron sonriendo hacia ella.

Durante un instante, el joven delgado miró en su dirección con tanta fuerza e intensidad que parecía que la estuviera fulminando con un par de láseres azules.

Oh, cielos...

Por supuesto, Frankie interrumpió su trabajo para presentarle a su hermana a Brett, su nuevo cocinero en prácticas, pero para entonces ella ya estaba tartamudeando.

Durante las seis semanas que Brett pasó aprendiendo en la cocina del Trattoria Rossi, Sienna encontró montones de excusas para entrar en la cocina.

Desesperada por encontrar la oportunidad de estar con Brett durante unos segundos.

De olerlo.

De sentir la energía que emanaba de su cuerpo mientras trabajaba con entusiasmo. De oír su voz cada vez que su padre le

pasaba la orden de preparar una ensalada o entrante.

De preparar la mesa para la cena de los domingos, para poder estar sentada enfrente de Brett durante la cena de familiares y empleados del restaurante.

Ningún otro chico de los que había conocido en el colegio o en su vida se parecía al maravilloso Brett Cameron.

Había pasado los días absorta en sus pensamientos, anticipando aquellos momentos en los que volvería a ver a Brett, por la noche y durante los fines de semana.

Pero por aquel entonces ella era tan tímida que no era capaz de hablar con él.

Brett Cameron había sido su primer amor.

Durante un segundo, Sienna experimentó los mismos miedos y la misma timidez que cuando era adolescente. Trató de no pensar en ello y pestañeó para despejarse la cabeza.

Ambos habían recorrido mucho camino desde entonces.

Sienna sonrió mirando el artículo de la revista y se rió para sí por primera vez en el día. ¡El Estupendo del Mes, sin duda!

Seguía siendo el cocinero más atractivo que había conocido nunca.

En aquella época, Brett era un joven de diecinueve años, con una completa obsesión por la comida. La única ropa que llevaba era el pantalón del uniforme de cocinero y dos camisetas blancas que a medida que pasaba la semana iban cambiando de olor.

Sin embargo, en la foto parecía como si un equipo de estilistas profesionales hubiera invertido mucho tiempo en él.

La última vez que había visto su nombre en la prensa le habían entregado un premio por el restaurante de un hotel en Australia. Desde luego, se había fortalecido. La camisa blanca resaltaba sus anchas espaldas y su cabello corto y rubio remarcaba su mentón prominente.

Dos cosas no habían cambiado.

Sus ojos seguían siendo del color del mar en invierno.

Su mirada, inteligente. Intensa. Centrada.

Su blanca sonrisa destacaba en su rostro bronceado. Desde luego, tenía mucho por lo que sonreír. Había recorrido mucho camino desde el pequeño restaurante de Maria Rossi, al norte de Londres, hasta la cabecera de la lista de los mejores cocineros noveles de Food and Drink Awards.

Y después estaban sus manos. En la fotografía las tenía

colocadas en las caderas. Ella se fijó en sus dedos. ¿Cuántas horas había pasado soñando con esas manos?

Se había enamorado de esas manos. No le cabía ninguna duda. El único hombre que tenía unas manos parecidas a aquéllas era Angelo.

«¡Oh, Brett! ¡Si supieras los problemas que me has causado…!».

Las campanadas del reloj interrumpieron los pensamientos de Sienna y ella miró la foto por última vez antes de cerrar la revista.

¡Maldita fuera! ¡Iba a llegar tarde!

¡Una cosa más de la que culpar a Brett Cameron!

¡No tenía que haberse dado tanta prisa! Sienna estuvo esperando con impaciencia junto al resto del equipo del hotel durante casi diez minutos, antes de que Patrick entrara en el comedor seguido de André, el cocinero jefe.

Patrick era un estiloso director de hotel y trabajaba para la empresa propietaria de la casa señorial y de un pequeño grupo de hoteles de lujo situados en los lugares más prestigiosos de Europa. Unos hoteles donde Sienna tenía intención de trabajar como directora del restaurante. Por supuesto, después de haberlos convencido de que le dieran el puesto de directora de restaurante en Greystone Manor.

Deseaba aquel trabajo.

No era de extrañar que tuviera el corazón acelerado.

Patrick miró a su alrededor y sonrió mientras golpeaba suavemente un vaso de agua con un cuchillo. Al momento, todo el mundo se quedó callado.

–Gracias a todos por asistir a pesar de que os hayamos avisado con tan poca antelación. Como sabéis, nuestro excelente cocinero jefe, André Michon, se retirará a finales de mes después de haber trabajado durante treinta y dos años en esta casa. Yo ya estoy preparado para asistir a su fiesta de despedida pero, entretanto, la decisión de André nos ha dado un gran quebradero de cabeza al equipo de dirección. ¿Cómo podremos encontrar a otro cocinero que sienta la misma pasión por un servicio de calidad como el que ha hecho que esta casa sea tan exitosa?

«¡Por favor, dime con quién trabajaré a partir del mes próximo!», pensó Sienna con impaciencia.

–Damas y caballeros, estoy encantado de anunciarles que el nuevo cocinero jefe de Greystone Manor será ¡el famoso cocinero

de la televisión Angelo Peruzi! Sé que todos estaréis tan entusiasmados como yo.

Sienna respiró hondo para evitar desmayarse o salir corriendo de la habitación.

«No. No. No. Angelo no».

No. El destino no podía jugarle esa mala pasada. Tenía que haber un error. No podía ser cierto lo que había oído.

Sienna permaneció sentada, paralizada.

¡Angelo! De todos los cocineros del mundo, tenían que haber elegido a su ex prometido. El hombre que la había abandonado un mes antes de la boda.

Aquello no podía suceder. No a ella. No allí. No después de cuatro años.

Sienna tardó unos segundos en percatarse de que Patrick estaba diciendo algo acerca de la nueva directora del restaurante.

–La señorita Sienna Rossi ya nos ha demostrado todo lo que puede conseguir como camarera jefe. Bienvenida al equipo y enhorabuena, señorita Rossi. Sé que será una directora estupenda. ¡El chef Peruzi no puede esperar para empezar a trabajar con usted!

CAPÍTULO 2

Punto 2: Añade un cocinero atractivo con falda escocesa

BRETT Cameron permaneció de pie con las manos en los bolsillos de los pantalones y miró la parcela llena de escombros donde iba a construirse su primer restaurante.

Ya estaba. Después de haberlo planificado durante años por fin iba a conseguirlo. Y de todos los posibles lugares del mundo entre los que podía elegir había una única ciudad a la que quería regresar. Londres.

Londres era la ciudad donde él había pasado los peores años de su vida. Cuando era un adolescente frustrado y enfadado que tenía que asumir lo que la vida tenía que ofrecerle.

Por aquel entonces, Londres sólo era un lugar frío y poco acogedor en el que su madre, soltera, lo había llevado de un apartamento alquilado a otro mientras encontraba dos, o incluso tres, trabajos para poder pagar el alquiler y mantenerse a flote.

Unos trabajos donde no hacía falta saber leer y escribir muy bien para ganarse el sueldo.

El tipo de trabajo que él había llegado a odiar. Sin embargo, había sido lo bastante listo para reconocer que serían los trabajos a los que podría optar cuando fuera lo bastante mayor como para dejar el colegio.

¿Quién iba a querer emplear a un chico que apenas sabía escribir su nombre y dirección en un formulario, y eso suponiendo que supiera leer?

Un chico al que en todos los colegios a los que había asistido le habían dicho que tenía dificultades de comportamiento. Daba igual cuánto se esforzara porque siempre lo llamaban lento o perezoso. Un fracaso académico.

Si quería demostrarle al mundo lo lejos que había llegado y lo que había conseguido desde la última vez que había recorrido aquellas calles, tenía que regresar a Londres.

Brett respiró el aire húmedo de la calle.

No era tan malo. Su vida como cocinero había empezado en aquella ciudad.

¡Le costaba creer que el restaurante de Maria Rossi y su escuela de cocina estaban a tan sólo unos pocos kilómetros de distancia! A veces le parecía que había pasado una vida. Una vida de

agotamiento, trabajo intenso y duras experiencias.

Maria Rossi no sabía lo que estaba haciendo todos esos años atrás cuando le dio una oportunidad.

Había corrido el riesgo con un desconocido, sin saber cómo iba a resultar, pero confió en él lo suficiente como para comprometerse de todas maneras.

Igual que él tenía que hacer.

Quizá hubiera bancos dispuestos a respaldar su nuevo restaurante, pero aquello era totalmente personal. Su propio local.

En un mundo donde incluso los restaurantes con mucho éxito trataban de salir adelante, su proyecto le parecía tan emocionante que no podía esperar para ponerlo en marcha.

¡Aquélla era la mayor aventura de su vida!

Incluso el montón de ladrillos y hormigón lo entusiasmaba. Hasta entonces aquel lugar sólo había sido una idea. Un sueño del que había hablado con su amigo Chris durante horas en los dos años que habían pasado como estudiantes en París casi una década atrás.

Un sueño que estaba a punto de convertir en realidad.

Apenas había dormido durante el largo vuelo desde Australia. No había dejado de pensar en los menús y en todas las combinaciones posibles relacionadas con la creación de un negocio.

–¿Dónde has dejado la falda escocesa, viejo amigo? –le preguntó un hombre con buen acento inglés que se acercó a Brett entre los montones de ladrillos–. ¿La dejaste en el reino de Oz?

Brett estrechó la mano de su mejor amigo.

–¡No empieces! –contestó Brett, con un ligero acento australiano–. Es una magnífica publicidad, como siempre, pero ¿sabes que sólo pasé los dos primeros meses de mi vida en Glasgow? ¡Los Cameron nunca me lo perdonarían!

–¡Estoy seguro de que lo harían cuando inaugures este palacio de cocina moderna! ¿Qué te parecen los avances hasta el momento? –Chris miró hacia la zona de obra justo cuando un trozo de madera vieja salió volando por una ventana lateral.

–¡Está bien ver a gente tan entusiasmada con su trabajo! ¡Contestaré a tu pregunta después de que me enseñes la cocina! –Brett se frotó las manos y lanzó una amplia sonrisa–. Llevo mucho tiempo esperando esto.

Chris enderezó los hombros, alzó la cabeza y apretó los dientes.

–Ah. Respecto a la cocina… me temo que hay un pequeño

retraso. Todavía no está preparada para la inspección –cuando Brett se volvió para mirarlo, Chris señaló con la cabeza hacia un montón de cosas cubiertas con una lona.

Brett tragó saliva en silencio, respiró hondo y se acercó al lugar donde estaría la zona de recepción. Levantó la lona y miró los embalajes que había debajo.

–¡Dime que no es lo que yo creo! –le espetó Brett, con una mezcla de sorpresa y horror.

–Me temo que sí –contestó Chris–. Los hornos están retenidos en tránsito. Al parecer, a los barcos de carga no les gusta navegar con vientos huracanados. Es invierno. Curioso, ¿verdad?

Brett miró atemorizado el montón de cajas y contenedores y se pasó la mano por el cabello, antes de volverse hacia la única persona que de verdad comprendía los sacrificios que había hecho para llegar a ese momento, en el que el restaurante estaba a punto de convertirse en realidad.

–No podemos hacer nada hasta que los hornos estén instalados. Lo sabes. La cocina de tus sueños estará llena de polvo durante al menos un par de días más. Querías lo mejor y vas a tener lo mejor. Pero no esta semana.

Chris titubeó y levantó las manos en el aire al ver que Brett contestaba con una especie de gruñido y cerraba los ojos.

–Lo sé –dijo Chris–. Ya he agotado todo el margen que nos dimos. Va a ser difícil cumplir con el plazo previsto.

–Muy difícil –contestó Brett–. Sólo quedan un par de semanas para abrir las puertas a los clientes y todavía no tengo los empleados ni los menús. Es necesario terminar el edificio lo antes posible, o tendremos que retrasar el pago de la primera cuota del crédito. Entonces, dejarán de confiar en nosotros –se colocó el pelo detrás de las orejas–. Quizá no haya sido tan buena idea invitar a los periodistas y críticos gastronómicos de Londres a nuestra noche de inauguración cuando todavía no hemos acabado la obra.

–¡Era una gran idea! –contestó Chris–. Por eso he convocado una reunión con los arquitectos, para que podamos informarte de cómo va el proyecto. Eres el único que puede decidir qué compromiso estás dispuesto a hacer para finalizarlo. Nos esperan dentro de una hora.

–¿Una hora? –Brett movió la cabeza–. En ese caso será mejor que empieces a explicarme el proyecto. Empecemos por los... –en ese momento sonó el teléfono móvil de Brett. Él miró la pantalla y

se dirigió a Chris–. Lo siento, amigo. Tengo que contestar esta llamada. Estaré contigo enseguida.

–No pasa nada. Deja que vaya a por la lista de problemas.

Brett abrió el teléfono cuando Chris se alejó y sonrió antes de contestar.

–El esclavo de cocina de Maria Rossi al habla. Estoy a su servicio.

Pero en lugar de Maria Rossi, habló un hombre.

–¿Hola? ¿Brett? ¿Brett Cameron?

–Sí. Soy Brett Cameron. ¿Puedo ayudarle?

–Bien. Soy Henry. Ya sabe, el amigo de Maria Ros-si de la clase de baile de salón. Lo llamo desde España. Ella me pidió que lo llamara.

–Hola, Henry. ¿Va todo bien?

–No. Lo siento, pero Maria está en el hospital. No te preocupes. Se pondrá bien. ¿Estás ahí? ¿Brett?

Brett se puso serio y respiró hondo antes de contestar.

–Sí… Sí, sigo aquí. ¿Qué ha pasado? ¿Ha sufrido un accidente?

–No, no, nada de eso. ¿Maria te comentó que iba a ir a Benidorm con el club de baile? Eso es España.

–No me lo mencionó, pero no importa. ¿Qué le ha pasado a Maria, Henry?

–Bueno, en realidad no lo sé. Cuando regresó de la carrera de barcos banana, ayer por la tarde, comenzó a sentir dolor. Al principio pensábamos que había tomado demasiada paella y sangría, pero unas horas más tarde cayó redonda durante la clase de baile. Enseguida la llevaron al hospital.

–¿Y qué tiene?

–Apendicitis. Por eso te llamo. Para decirte que está bien. La operación fue sencilla, pero tendrá que quedarse aquí al menos hasta… Ah, aquí está.

Se oyó un susurro al otro lado de la línea antes de que una voz familiar se pusiera al teléfono.

–Hola, chef Cameron. ¿Ya has regresado?

Brett sonrió.

–Así es, jefa. Pero no te preocupes por mí. ¿Cómo es que estás en el hospital? ¿Coqueteando con los médicos españoles?

–¡Me han secuestrado! ¡Quieren que me quede dos semanas aquí por una pequeña operación! ¡Incluso han intentado confiscarme el teléfono! He tenido que escapar por la salida de

emergencia para poder hablar.

–Bueno, pues resístete a la tentación de escapar. Estoy seguro de que todo el equipo médico está pendiente de ti. Ahora, cuéntame cosas importantes, ¿qué tal la comida? ¿Cómo te encuentras? Y no trates de engañarme. ¡La apendicitis puede ser algo grave!

–La operación no tuvo ninguna complicación, y he comido cosas peores. No he dormido ni una pizca –Maria tomó aire antes de continuar–. ¿Tienes un coche rápido?

–Puedo conseguir uno. ¿Quieres que vaya a buscarte?

–¡No me tientes con una oferta así! Gracias, pero sí necesito que me hagas un favor. ¿Te importaría acercarte a mi restaurante para comprobar que Trattoria Rossi sigue en pie? Sienna no podrá arreglárselas sin alguien que cocine para ella.

–¿Sienna? ¿Es la nueva cocinera en prácticas?

–Sienna Rossi. Mi sobrina. La hermana de Frank. Es posible que no te acuerdes de ella. Da igual, la pobre chica me ha dejado un par de mensajes para decirme que estaba de camino para quedarse conmigo en Trattoria Rossi durante unos días. Parecía nerviosa, pero cuando le devolví la llamada tenía el teléfono apagado. Sienna no sabe que yo estoy de viaje. No me gusta la idea de que vaya a buscarme y se encuentre con que no estoy y con que el local está cerrado.

–¿Por qué no cierras el local durante un par de semanas más?

Se hizo una larga pausa al otro lado de la línea.

–¿Maria? ¿Estás ahí? ¿O es que las enfermeras te han metido dentro otra vez?

–No, sigo aquí, pero no puedo hablar mucho rato. Mira, Brett, no voy a andarme con rodeos. Las cosas no van muy bien y necesito mi negocio. Te seré sincera, no puedo permitirme el lujo de tener el negocio cerrado otras dos semanas. Sé buen chico y prométeme que me echarás una mano. Estaré más tranquila si sé que me ayudarás a llevar el local, a sacar algo de dinero, y a cuidar de Sienna por mí.

–Está bien. Te lo prometo. Iré allí esta noche.

Maria suspiró aliviada.

–Eres un cielo. Debería advertirte que... ¡Huy! Me han pillado. Hasta luego.

Y tras esas palabras, colgó el teléfono, dejando a Brett entre el sonido de los taladros y los obreros.

Era evidente que Maria se estaba recuperando bien, pero también se notaba preocupación en su voz.

Febrero era un mes flojo en el negocio de la restauración. Y muchos de sus clientes habituales eran parejas mayores que habían ido allí durante años. Las noches frías de invierno y los presupuestos ajustados... Hmm, eso podía suponer un problema para cualquier restaurante.

Brett cerró su teléfono. Estaba en deuda con Maria Rossi. Aquella mujer le había dado una oportunidad. A pesar del tiempo que había pasado, él siempre se había esforzado por mantener el contacto con ella y contarle cómo le iba la vida.

Era Maria Rossi la que había permanecido a su lado durante la ceremonia de la entrega de premios de Jóvenes Cocineros.

Maria Rossi había sido quien le había abierto la puerta a los mejores restaurantes de París, donde él había aprendido el verdadero significado de la cocina selecta.

Maria Rossi había sido quien había convencido a la Escuela de Cocina de que le hicieran una prueba para demostrar que no era lento, ni estúpido y, desde luego, nada perezoso.

Tenía dislexia.

Y después de diez años había regresado a Londres con algo que demostrar, y Maria quería que él le hiciera un favor.

Hecho.

¿Y Sienna Rossi? ¡Claro que la recordaba! Y muy bien.

–¿Va todo bien? ¡Estás muy pensativo!

Brett miró a su alrededor y vio que Chris lo miraba preocupado y que llevaba un montón de papeles bajo el brazo.

¡Los arquitectos!

–Lo siento, amigo. Cambio de planes. Tengo que ayudar a una vieja amiga durante unos días. Tendrás que ir solo a la reunión. Sé que podrás arreglártelas. Llámame siempre que me necesites, pero tengo que irme.

CAPÍTULO 3

Punto 3: Pon dos cucharaditas de sorpresa e incertidumbre

ERAN casi las siete de la tarde cuando Sienna se bajó del autobús y se encogió dentro de su chubasquero.

Era la primera semana de febrero y hacía frío. Sienna se arrepentía de haberse marchado de Greystone Manor sin ponerse los zapatos de invierno, pero ¡todo había sucedido tan deprisa!

Le había resultado sorprendentemente fácil convencer a Patrick de que necesitaba tomarse las dos semanas de vacaciones que le debían antes de que llegara el nuevo chef y comenzaran a trabajar en el nuevo proyecto.

Era una lástima que todavía estuviera tan confusa como unas horas antes. Al menos ya no le temblaban las piernas. Había estado a punto de desmayarse en el comedor cuando Patrick anunció el nombre de Angelo. Fue una suerte que todo el mundo empezara a comentar la decisión y que ella pudiera marcharse a su habitación con las piernas temblorosas.

Ella respiró hondo y pestañeó.

«No llores. No vas a llorar», se ordenó.

¡Ya había llorado bastante por Angelo Peruzi!

Pero él había regresado a Inglaterra. Al país de ella. A su lugar seguro.

Sienna apretó los puños y respiró hondo. Estaba acostumbrada a manejar problemas. Podría manejar aquel problema igual que cualquier otro.

Tenía dos opciones. Quedarse, o marcharse.

Podía quedarse y comportarse como una profesional, aceptando trabajar con Angelo y llevando al restaurante al siguiente nivel. Serían colegas. Profesionales trabajando juntos. Nada más. Aquélla podía ser la oportunidad que siempre había esperado para demostrar lo que podía hacer en la escena internacional y convencer a la cadena de hoteles de que la trasladaran a otro restaurante.

Si no, también podía marcharse y comenzar de nuevo en otro sitio. Aunque ni siquiera quería pensar en esa opción.

Tendría que abandonar el trabajo que tanto le gustaba y... ¿Qué podría hacer? ¿Pedir un traslado? Eso era una posibilidad.

También podría regresar al clan de los Rossi con el rabo entre

las piernas. Sus padres se habían retirado, pero su hermano Frankie tenía un restaurante italiano con su joven esposa y su familia... A lo mejor podía pedirles un trabajo.

Y tirar por la borda el duro trabajo de cuatro años.

No. No soportaba pensar en ello.

Una cosa era segura. Tenía que pensarlo rápido. Angelo llegaría en menos de una semana. Sienna necesitaba a sus padres, pero ellos habían elegido el peor momento para irse de crucero. Y ella ni siquiera estaba segura de que ellos pudieran ayudarla.

Así que sólo había una persona que pudiera aconsejarla. Su tía Maria Rossi.

Sienna dobló la esquina y miró hacia el otro lado de la calle. Allí estaba Trattoria Rossi, donde su tía le había ofrecido refugio tras el desastre de Angelo Peruzi. Era una ironía que aquel hombre fuera el que la había hecho regresar allí. Sienna necesitaba un fuerte abrazo, una comida caliente y todo el consejo que Maria pudiera ofrecerle.

Trattoria Rossi estaba situado en un lugar estupendo y tenía espacio para colocar dos o tres mesas en el exterior.

Sienna se fijó en que la pintura del rótulo donde ponía ***Trattoria Rossi,*** se estaba descascarillando y en que en la ventana de la parte frontal había una grieta que se extendía como una tela de araña.

Sienna permaneció frente al local tratando de recordar el aspecto que tenía la última vez que había ido a visitar a Maria. A la luz del día presentaba un aspecto limpio y animado. Un restaurante familiar ideal para ir a comer. Sin embargo, lo que ella estaba viendo era un lugar deprimente y oscuro donde nunca pararía a comer. Ni aunque estuviera abierto.

Un cartel escrito a mano informaba que el restaurante estaba cerrado por vacaciones y que se abriría de nuevo la semana siguiente. Pero no quedaba claro cuándo habían escrito la nota.

«Oh, Maria, ¿dónde estás cuando te necesito?».

¿A lo mejor aquélla era la noche libre de Maria? Sienna colocó las manos a ambos lados de sus ojos y miró por el cristal. Al ver que las luces de la cocina estaban encendidas, se sintió aliviada. También podía oír el ruido de la música que provenía del interior.

Debía de haber alguien trabajando allí. Maria siempre tenía al menos un cocinero en prácticas y algunos camareros. Normalmente, alguno de ellos vivía con Maria en la casita contigua

al restaurante. Pero la casa estaba en completa oscuridad.

Sienna llamó a la puerta principal del restaurante justo cuando empezó a llover con fuerza. Ella pensaba pasar la noche en casa de Maria, y las llaves estaban dentro del establecimiento. Había llegado el momento de despertar a alguien o de llamar a los timbres de alrededor para descubrir si alguien más tenía una llave. Maria era muy confiada y no le extrañaría que la mitad de los vecinos tuvieran una copia.

Después del tercer intento de tirar la puerta abajo, y de llamar al timbre de la casa de Maria, Sienna decidió probar por la puerta trasera de la cocina.

Dejó la maleta en el suelo e intentó abrir la valla de madera. Tuvo que dar un fuerte empujón y estuvo a punto de resbalarse. Al ver que en la cocina de Maria seguía habiendo luz, suspiró aliviada.

Empujó la maleta por el suelo mojado y avanzó entre los cubos de basura y las cajas de cartón empapadas, tratando de no meter los pies en los charcos. Cuando llegó a la puerta trasera, vio que estaba entreabierta.

¡Maria debía de estar en casa!

Aunque no veía a nadie por la ventana, Sienna se acercó un poco más para mirar por la rendija.

En ese momento, la puerta se abrió de par en par y apareció la silueta de un hombre que llevaba un cubo de plástico lleno de líquido. El hombre balanceó el cubo para vaciar el líquido en el jardín. Pero ella estaba en medio y ninguno de los dos pudo hacer nada.

La mitad del contenido del cubo cayó sobre las piernas de Sienna, y ella apenas tuvo tiempo de cerrar los ojos antes de que el diluvio alcanzara su cuerpo, empapando sus zapatos de agua sucia y también su equipaje.

El hombre se quedó boquiabierto y al momento soltó una carcajada.

Sienna cerró los ojos con fuerza. Aquel hombre se estaba riendo porque le había empapado las piernas y estropeado sus mejores zapatos. Y a saber cómo había quedado su equipaje.

Aquél era un terrible final para un día horroroso. Las cosas no podían empeorar más.

Ella se secó antes de mirar al enemigo. Pero no tuvo la oportunidad, ya que antes de que se diera cuenta, un hombre la

agarró por los hombros y la llevó hasta la puerta.

–Hola, Sienna. Siento lo que ha pasado. Es estupendo verte otra vez. ¿Quieres pasar para secarte?

Sienna lo miró y pestañeó al recibir la luz de la cocina en los ojos. Al ver el rostro del hombre que estaba retirándole la maleta de la mano, se quedó boquiabierta. Después, se sintió un poco mareada y se apoyó en la puerta para tranquilizarse antes de hablar.

–¿Brett?

Un chico con el cabello rubio alborotado la saludó llevándose dos dedos hacia la sien.

–Bienvenida a Trattoria Rossi otra vez. Será como en los viejos tiempos.

Y en ese momento, Sienna Rossi, una mujer que siempre mantenía la calma, rompió a llorar.

CAPÍTULO 4

Punto 4: Mezcla todos los ingredientes en un pequeño restaurante con encanto

SIENNA no pudo evitar que las lágrimas rodaran por sus mejillas. Sentía un nudo en la garganta, tenía los ojos enrojecidos y el cabello alborotado. ¡Estaba hecha un desastre!

¡Nunca en su vida se había sentido tan humillada!

No podría volver a mirar a Brett Cameron a la cara.

–Ven. Permite que te quite el chubasquero mojado –dijo él con amabilidad.

Antes de que ella pudiera contestar, Brett se colocó detrás de ella y comenzó a retirarle el chubasquero de los hombros.

Al sentir el roce de sus dedos en el cuello, ella sufrió un escalofrío y se frotó los brazos.

–¡Estás helada! Toma. Yo no tengo frío.

Le colocó un forro polar sobre los hombros y ella suspiró aliviada antes de meter los brazos en las mangas y subirse la cremallera.

–¿Te sientes mejor? –preguntó él, mirándola con preocupación mientras le acariciaba los brazos y provocando que se sonrojara.

–Mucho mejor –contestó ella, fijándose en que él sólo llevaba una camiseta de algodón de manga corta–. Gracias.

–¿Cómo te gusta el té? –Brett se volvió y agarró una taza humeante–. Yo lo tomo con leche y dos cucharaditas de azúcar. Ten cuidado.

Brett se agachó y le acercó la taza caliente a las manos frías hasta que ella se calmó lo suficiente como para agarrar la taza sin verterla.

Sienna bebió un trago de té y Brett se incorporó. Sienna respiró hondo, cerró los ojos con fuerza, pestañeó y contempló de nuevo la situación.

La luz todavía estaba encendida. Ya no tenía agua en los ojos ni en el cabello. Y sin duda, aquél era Brett Cameron.

Sus ojos azules tenían la misma mirada penetrante y sus manos eran las mismas que la habían acariciado sólo unos minutos antes.

Era el mismo Brett Cameron que la había ignorado durante las seis semanas que él había trabajado como cocinero en prácticas. El mismo que había ocupado sus sueños de adolescente y que después

salía en las revistas de cocina.

Era como si los últimos diez años de su vida hubieran sido un sueño absurdo y ella volviera a ser una adolescente de dieciséis años, torpe y atemorizada.

Entonces, él se inclinó hacia delante para dejar su bolsa sobre un taburete y apagar la música y ella pudo observar que la camiseta que llevaba resaltaba su torso musculoso.

El chico delgado y adolescente que ella había conocido se había convertido en un hombre que parecía haber pasado una temporada en Australia en la playa haciendo surf.

Era una lástima que sus hormonas de adolescente se hubieran vuelto a apoderar de ella al recordar la foto en la que Brett salía con el torso desnudo y bronceado. Quizá no había cambiado tanto como ella pensaba.

Oh, no. No después de averiguar la noticia sobre Angelo. Dos hombres. Ambos cocineros. Estaba predestinada.

–Siento lo de tus zapatos. Debería haber prestado más atención al timbre de la puerta.

Ella se miró los pies empapados y encogió los dedos dentro de sus zapatos de tacón. La piel estaba toda pegajosa y los zapatos habían quedado para la basura. En ese mismo instante se percató de que con las prisas por salir de Greystone Manor lo antes posible no había empaquetado otro par de zapatos.

Cerró los ojos y contuvo las lágrimas que inundaban sus ojos una vez más.

Al oír el nombre de Angelo Peruzi, después de haber visto al estupendo Brett Cameron en aquella revista, no había sido capaz de pensar con claridad. Ésa era la única explicación posible. No le quedaba más remedio que permanecer con los pies mojados el resto de la tarde. Hasta que pudiera ir a comprarse unos zapatos o pedírselos a su tía Maria. Recordaba muy bien cómo eran los zapatos de su tía. Con lazos. Rayas. ¡Y flores!

Sienna se movió para dejar de pisar el charco que había dejado y Brett lo secó con una fregona de tamaño industrial.

–Gracias. Eran unos zapatos bonitos –lo miró–. ¡Me sorprende verte aquí, Brett! La última vez que hablé con Maria estabas en Australia. ¡Vaya sorpresa!

Él dejó de fregar durante un segundo y se volvió hacia ella con una sonrisa arrolladora. Sus dientes blancos contrastaban con su rostro bronceado.

Al verla, Sienna notó que le daba un vuelco el corazón.

¿Cómo podía ser más atractivo de lo que ella recordaba?

–Nunca te gustaron las sorpresas –sonrió él–. Hay cosas que no cambian.

Él se apoyó en la encimera y se cruzó de brazos, dominando el espacio que había entre ellos, como si fuera el dueño del lugar y siempre lo hubiera sido.

–¿Me creerías si te dijera que tu tía Maria me ofreció el trabajo para que limpiara mientras estaba de vacaciones en España? –continuó Brett–. ¡Era difícil rechazar una oferta como ésa! ¿Cómo iba a resistirme? ¡Me subí al primer avión con destino a Londres!

Brett esbozó una sonrisa.

Le estaba gastando una broma.

Y ella estaba empapada, cansada, tenía frío y se sentía desgraciada.

Y su tía estaba de vacaciones.

De pronto se sentía como si todo el mundo la hubiera abandonado.

Y Brett Cameron esperaba que reaccionara. Pues ella podía jugar igual que él. Sólo tenía que concentrarse para que su cerebro entrara en funcionamiento e ignorar el frío y la suciedad de sus piernas.

Al menos en la cocina hacía calor. Aunque fuera húmedo. Muy húmedo. Demasiado húmedo.

Desde la silla donde estaba sentada, se veía que el suelo de la cocina estaba mojado y que en algunas esquinas había agua acumulada.

Brett había intentado recoger el agua de una inundación. Al menos eso explicaba por qué había vaciado el cubo en el exterior. Y por qué tenía las botas empapadas y los pantalones mojados hasta las rodillas.

–Ya entiendo que no pudieras rechazar esta oferta.
Y en cuanto a lo de fregar... Deja que lo adivine. ¿Ha habido una inundación? ¿Se ha estropeado la cámara frigorífica?

–Más o menos. Según la chica que encontré tratando de solucionar esto, Maria ya no tiene cámara frigorífica. Parece ser que se incendió y que no la arregló. De hecho, probablemente hayas tenido que pasar por encima del motor para llegar hasta la puerta trasera. Esto ha sido culpa del lavaplatos.

Sienna lo miró un instante antes de suspirar. En Greystone

Manor no se incendiaban las cámaras frigoríficas.

–¿La cámara frigorífica se prendió fuego? Ya. ¿Y sabes lo que le pasó al lavaplatos? ¿Hubo una avería eléctrica?

–¡Ojalá! –contestó Brett–. Oh, lo siento. De hecho, no tiene gracia. Al parecer llevaba goteando durante semanas, pero Maria no lo arregló antes de irse de vacaciones. Julie vino a abrir y había agua por todos lados.

–¿Julie? –Sienna asintió varias veces antes de añadir en voz baja–: Ah, sí, por supuesto. La camarera de Maria –no pudo evitar pensar en que Brett estaba soltero y que, probablemente, la camarera también. No era asunto suyo. Sin embargo, no pudo evitar la tentación de bromear con él.

Alzó la cabeza y lo miró a los ojos.

–¡Bueno, hay cosas que han cambiado! ¡Parece ser que ya hablas a las camareras! ¡Estoy segura de que Julie es muy comunicativa!

Se hizo un silencio antes de que Brett soltara una carcajada. Era la primera vez que lo oía reír y su alma y su corazón se llenaron de alegría al oírlo.

Brett se inclinó hacia delante, mirándola con una amplia sonrisa.

–Tranquila, Sienna. La única chica que me tiene entre la espada y la pared es tu tía. Hace que coma de su mano y no puedo hacer nada para evitarlo. Le prometería cualquier cosa. Y ella lo sabe.

–¿Qué quieres decir? ¿Te ha llamado desde España?

–Me llamó su amigo Henry, pero tuve la oportunidad de hablar con ella unos minutos. La encantadora Maria estaba demasiado ocupada coqueteando con los médicos españoles como para dedicarme un poco de tiempo.

Sienna pestañeó asombrada.

–¿Médicos? ¿Qué quieres decir? ¿Está enferma? ¿Herida?

Brett estiró la mano y agarró la de Sienna.

–Tuvo apendicitis. La llevaron al hospital inmediatamente, la operaron, y ahora se está recuperando en compañía de sus amigos del club de baile. Daba la impresión de estar bien. Si acaso, parece más preocupada por que tú te quedes aquí sola que por su operación.

–Le dejé varios mensajes, pero después me quedé sin batería en el teléfono móvil. ¿Cómo está? ¿Cómo ocurrió? –preguntó Sienna, tratando de calmar su respiración y el latido de su corazón.

Brett le soltó la mano y se apoyó de nuevo en la en-cimera.

–Al parecer, estaba en una carrera de botes banana cuando le empezó el dolor. Se desmayó durante la clase de baile de salón y el monitor la llevó en brazos a la ambulancia. Según su amigo Henry, fue muy emocionante.

–¿Botes banana? ¿Emocionante? Ya. Pero eso no explica por qué estás tú fregando el suelo de la cocina.

–Ah –contestó Brett–. ¿Has visto la ventana?

Sienna asintió.

–Y el cartel. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

–Un par de horas. El tiempo suficiente como para saber que Maria tiene serios problemas económicos y necesita que Trattoria Rossi siga en funcionamiento mientras ella esté fuera. Es posible que esté fuera un par de semanas más. Eso es lo que admitió antes de que le confiscaran el teléfono. Por eso hizo que le prometiera que haría algo por ella.

–¿De veras? ¿El qué?

–Bueno, al parecer tienes muchos talentos, señorita Rossi, pero cocinar no es uno de ellos. Hasta que Maria regrese, ¡yo seré tu nuevo cocinero!

CAPÍTULO 5

Punto 5: Añade un par de decisiones importantes

SIENNA miró a Brett boquiabierta mientras él le hacía un saludo militar y le guiñaba un ojo. Él sonreía, sintiéndose superior sólo porque le había anunciado que iban a estar atrapados en aquella pequeña cocina.

Atrapada con Brett Cameron. Sólo los dos. Juntos. Solos.

Bueno, ella podría cambiar la situación con facilidad. No tenía intención de regresar a la casa señorial, así que él tendría que marcharse aprovechando cualquier oportunidad para trabajar como cocinero famoso.

Ésa era la diferencia. Brett era famoso. Y ella era... Bueno, ella era Sienna Rossi y tomaría el control de la situación como pudiera.

–Gracias por ofrecerte como cocinero –dijo ella tratando de hablar con tono calmado–, pero no será necesario. Conozco algunos cocineros jubilados que estarían dispuestos a ayudarme. Mañana los llamaré y tendré uno al cabo de unas horas. No te preocupes, encontraré otro cocinero para que se ocupe de la cocina. Estoy segura de que Maria comprenderá que estás muy ocupado.

Brett sonrió con indulgencia y se puso en pie. Durante un instante, Sienna pensó que él se iba a acercar a ella, sin embargo, él se volvió hacia la encimera donde había una gran variedad de utensilios de cocina y cuchillos sobre un paño blanco.

Él agarró una tabla de cortar y la secó con una toalla de papel antes de contestar:

–Lo siento, pero no te librarás de mí tan fácilmente. No voy a irme a ningún sitio –Brett la miró fijamente–. Maria me pidió que la ayudara en la cocina y eso es lo que voy a hacer. Se lo he prometido y tengo intención de cumplirlo. Además, empiezas a herir mis sentimientos. Si no supiera que no es así, diría que no quieres que me quede durante las dos próximas semanas. ¡Estoy muy dolido!

Sienna apretó los dientes con frustración. ¿Por qué no la tomaba en serio? ¿Qué tenía que hacer para convencerlo de que recogiera sus cosas y se marchara?

–Estoy segura de que Maria comprenderá que tienes proyectos más importantes en los que trabajar. Créeme. Yo puedo ocuparme de esto.

Él asintió sin más.

–No dudo de que puedas ocuparte de cualquier cosa que te propongas. Y tienes razón. Llegué de Adelaide hace cuatro días, y durante los últimos tres meses un equipo de obreros ha estado reformando el edificio donde abriré mi primer restaurante de cocina de autor. La obra va retrasada y abriremos dentro de seis semanas. Pero por lo que he visto, Maria Rossi necesita ayuda inmediata. Puedo dedicar varios días de mi vida para ayudar a Maria con su restaurante. Se lo debo. Y le prometí que lo haría. Fin de la historia.

Él se volvió para mirarla y le mostró un paquete de ***fusilli.***

–¿Has cenado? Porque yo no puedo pensar cuando tengo hambre. ¿Te importa si preparo algo sencillo?

Sienna no había comido nada desde el mediodía y estaba hambrienta. Tenía frío y estaba agotada. Un plato de pasta sonaba bien. Pero no podía permitirse que él se enterara de lo mucho que deseaba un plato de comida caliente.

–No espero que cocines para mí. Además, ¿siempre eres tan cabezota?

–Siempre. Y será un placer. Ah, y, ¿Sienna?

El cambio en su tono de voz hizo que ella levantara la cabeza con rapidez.

Tan rápido que se mareó ligeramente.

Él le guiñó un ojo antes de señalar hacia detrás de ella con la cabeza.

–Una sugerencia, y sólo es una sugerencia… Antes de que tomes una decisión acerca de ocuparte de este restaurante tú sola, a lo mejor preferirías echar un vistazo al comedor mientras yo busco algo comestible. De ese modo, los dos nos enfrentaremos a esa horrible situación.

Brett abrió la puerta del frigorífico y fingió examinar el contenido del compartimento del congelador mientras Sienna salía al pasillo pasando junto a él de puntillas.

Brett tenía que mantener las distancias.

No porque Sienna lo asustara, nunca lo había hecho.

Ni siquiera cuando era la princesa de la familia Ros-si y él el visitante en prácticas. O al menos, así lo había vivido él en aquel momento, por mucho que la familia hubiera hecho todo lo posible por acogerlo.

Él era un chico problemático y Maria se había apiadado de él cuando en el colegio lo habían considerado un fracaso y le habían dado la espalda.

Maria intentó dejarle claro que el único motivo por el que estaba trabajando en su cocina era su talento. Un talento en el que había creído desde el primer día que probó un plato cocinado por él. Quizá él no había sido capaz de explicar cómo se sentía con palabras, pero lo había hecho a través de la pasión que tenía por la comida.

No. Cuando estaba cerca de Sienna, se sentía asombrado.

Brett se apoyó en la puerta de la nevera y miró alrededor de la cocina donde había pasado las mejores seis semanas de su vida. Allí era donde había comido sus primeros platos de cocina mediterránea. Pasta que no provenía de una lata de conserva, salsa de tomate hecha con tomates frescos y no envasada en una botella de plástico.

Para aquel adolescente era como si se hubiera abierto una puerta secreta a un mundo de interminables placeres y nuevas oportunidades.

En ese mundo él había encontrado la capacidad de hacer algo en su vida sin que le pusieran las etiquetas de siempre, tales como difícil, huraño, y mal comunicador. Incluso de vez en cuando le habían añadido palabras como «fracasado» y «sin futuro».

Al parecer, tenía talento. Lo único que tenía que hacer era demostrárselo a los demás y convencerlos de que tenía potencial. Hablar con otros cocineros y convencerlos de que compartieran su talento con él. Cocineros como Frank Rossi y su familia.

Frank y su hermana, Sienna Rossi, habían crecido con comida maravillosa y en una familia muy diferente a la que él estaba acostumbrado.

Él se había sentido tan celoso que le había resultado muy doloroso.

Sin embargo, estaba otra vez en Trattoria Rossi.

Se volvió hacia el congelador y sacó un contenedor de plástico con dos puntos de colores en la tapa.

Brett sintió que se quedaba sin respiración.

El punto rojo significaba que era salsa de tomate, y el verde que contenía verduras y especias. Una salsa que podía emplearse en diversos platos o con pasta. Sin carne. Ni extras.

A menos que hubiera cambiado algo, aquel código de colores

era el mismo que el que Maria había empleado años atrás para ocultar el hecho de que él no pudiera escribir o leer muy bien. ¡Y todavía lo utilizaba!

Brett cerró con cuidado la puerta del congelador y pestañeó.

¿Qué estaba haciendo allí?

¡Chris lo necesitaba! ¡Su nuevo negocio lo necesitaba! ¡Debería estar trabajando en el restaurante de sus sueños en lugar de estar fregando suelos y descongelando salsa para la pasta!

¿Qué intentaba demostrar regresando a la cocina donde todo había empezado? Maria ni siquiera estaba allí.

Y aquel lugar le traía demasiados recuerdos.

La incertidumbre. El sentimiento de ineptitud que él creía haber enterrado en la persona que había aprendido a mostrar al mundo. Sin embargo, todavía estaba allí. Mucho más en la superficie de lo que él había imaginado.

Y en parte, Sienna Rossi era la responsable de que su mundo estuviera fuera de control.

Aquella noche quería mantenerse alejado de ella por algo que no esperaba. Algo que lo había afectado desde el primer momento en que abrió la puerta trasera del restaurante y vio sus grandes ojos marrones.

Atracción instantánea.

Una atracción que provocaba que se le acelerara el corazón.

Brett sólo había sentido aquello una vez, cuando vio por primera vez a la chica más bella de París y se quedó demasiado asombrado como para hablar con ella.

Como siempre, había tratado de ocultar sus sentimientos con una sonrisa y una conversación animada, algo que había empleado durante años para esconder el corazón vulnerable que ocultaba en su interior.

Sin embargo, Sienna Rossi conseguía que aquello no le sirviera de nada.

Aquella mujer despampanante que vestía un traje negro, unos zapatos de diseño y una blusa blanca no se parecía a la adolescente tímida y rellenita que él había imaginado. Con su aspecto despampanante y su elegancia, Sienna era el tipo de camarera jefe que apreciaban los restaurantes finos.

Y ése era el problema. Había pasado las tres últimas horas hablando con Chris por teléfono mientras él asistía a la reunión con los arquitectos, limpiando el desastre de la cocina e imaginando el

aspecto que tendría Sienna Rossi a sus veintiocho años.

Maria le había contado que ella trabajaba como camarera jefe y sumiller, pero no lo había preparado para encontrarse con la mujer que había aparecido en la puerta de la cocina.

¡Era maravillosa! No era de extrañar que se hubiera sentido inseguro. Él habría reconocido sus ojos de color caramelo en cualquier sitio, ya que se había pasado horas mirándolos durante las cenas con la familia Rossi, y en la cocina, donde nunca conseguía escapar de su presencia por mucho que lo intentara.

Sienna tenía una mirada femenina, cálida y maravillosa.

Durante los diez últimos años que había pasado viajando por el mundo había conocido a muchas mujeres. Todas eran chicas maravillosas, amables y generosas, y él había disfrutado en su compañía mientras se esforzaba por desarrollar su talento.

Pero ninguna de ellas tenía unos ojos parecidos a los de Sienna Rossi.

Unos ojos con una mirada cautivadora.

Esos mismos ojos que lo habían mirado con sorpresa cuando él abrió la puerta trasera de la cocina.

Unos ojos que se habían llenado de lágrimas.

Unas lágrimas que habían provocado que se le encogiera el corazón y que podrían hacer que perdiera el control.

Pura dinamita.

Unos ojos y unas lágrimas que habían provocado que regresara a un lugar al que no esperaba regresar. Un lugar donde su corazón todavía estaba abierto y donde no tenía que protegerlo del dolor de la pérdida y la nostalgia.

Ella lo inquietaba.

¿Quizá había llegado el momento de averiguar en qué tipo de mujer se había convertido Sienna?

Era el momento de prender la mecha y contemplar el espectáculo de fuegos artificiales.

CAPÍTULO 6

Punto 6: Un deseo de San Valentín...

ALGO en el tono de voz de Brett hizo que Sienna supusiera que no todo iba bien, pero ella no estaba preparada para lo que vio cuando encendió la luz del comedor de Trattoria Rossi.

Tres de las cuatro bombillas de la habitación estaban rotas y la que quedaba en la pared daba un aspecto inquietante y depresivo al lugar.

Sienna se estremeció y se arrebujó en la chaqueta de Brett antes de pasar la mano por el viejo radiador. Estaba helado.

La calefacción central no estaba encendida y el frío de las noches de febrero combinado con la enorme cristalera hacía que el ambiente resultara helador.

Lo único que brillaba en la habitación era un cartel escrito a mano que se iluminaba con la luz de la cocina:

Menú especial de Trattoria Rossi para San Valentín.

¡Oh, Maria! ¡El Día de San Valentín! ¡Por supuesto! Eso lo hacía aún peor. Trattoria Rossi solía ser el lugar donde llevar a tu pareja el Día de San Valentín.

Durante años, generaciones enteras de adolescentes de los institutos locales habían llevado a sus primeras citas a Trattoria Rossi. ¡El restaurante solía estar lleno en Navidad! ¡Y sin embargo, no era así!

¿El Día de San Valentín? Más bien parecía Halloween.

Si Sienna hubiese necesitado más información acerca de cómo se había deteriorado el restaurante, aquello habría sido más que suficiente. Justo cuando pensaba que la cosa no podía empeorar, tuvo que ver aquella habitación tan triste. No pudo evitar ponerse a llorar otra vez, pero no permitiría que Brett viera que había perdido el control.

¡Se sentía humillada! Ya era bastante duro tener que enfrentarse a él después de lo que había sucedido como para quedar en ridículo llorando.

¡Pero aquello era sobrecogedor!

Maria debería intentar vender el restaurante y retirarse mientras todavía estuviera lo bastante activa como para disfrutar de la vida.

Al pensar en ello, Sienna se estremeció.

Estaba a punto de regresar a la cocina cuando sonó el teléfono de la mesa que servía como recepción.

Sin dudar un instante, Sienna adoptó el tono de camarera jefe y contestó la llamada.

–Buenas noches, Trattoria Rossi. Sienna al habla. ¿En qué puedo ayudarles?

Agarró un bolígrafo y abrió la libreta que Maria empleaba como libro de reservas.

–¿Para el Día de San Valentín? Um, déjeme que lo compruebe –dijo tratando de mantener la calma.

Respiró hondo un par de veces. No porque quisiera hacer esperar al hombre que estaba al otro lado de la línea, fingiendo que estaba todo reservado, sino por lo que estaba viendo.

No podía creerlo. Pero no cabía ninguna duda. Maria no sólo tenía algunas reservas para San Valentín. Tenía muchísimas reservas. Suficientes como para ocupar tres cuartas partes de las mesas.

–Oh, sí, sigo aquí. ¿Cómo? ¿Lleva cuarenta años celebrando el Día de San Valentín aquí? Bueno, sí, eso es bastante sorprendente. Ah, ¿vino a Trattoria Rossi en su primera cita? Eso es estupendo.

Tenía que tomar una decisión.

Podía decirle a aquel hombre que el restaurante estaba cerrado y que no iba a abrir, o... Una idea descabellada invadió su cabeza.

Podía hacer algo sorprendente. Podría quedarse.

Podría hacerlo.

Podría cambiar aquel comedor. Podría cambiar toda la situación.

Tenía talento, tenía tiempo y así conseguiría la confianza en sí misma que tanto necesitaba.

De pronto se oyó un ruido en la cocina y un fuerte quejido.

Por supuesto, ella necesitaría más que un poco de ayuda con la comida, y eso implicaba trabajar con Brett Cameron.

Por otro lado, él era un cocinero maravilloso y no le cabía ninguna duda de que la comida estaría deliciosa. Además, ¡él había decidido que iba a ser igual de cabezota que ella!

En teoría, Brett Cameron y Sienna Rossi podrían ser el mejor equipo que Maria podía tener.

Ambos eran profesionales con mucho talento.

Ella debía hacer un esfuerzo y trabajar con Brett, por Maria. Él tenía otros compromisos, pero estaba dispuesto a sacrificarlos por

Maria. Seguro que ella también podía hacer algo.

Quizá si consiguiera realizar un plan de acondicionamiento con Brett entonces, quizá, podría trabajar con Angelo o cualquier otro cocinero.

Le demostraría a Brett Cameron que podía enfrentarse a cualquier reto que se le pusiera delante.

Alzó la cabeza y habló con completa seguridad.

–En ese caso no puedo decepcionarlo. Mesa para dos. El día catorce de febrero. Gracias, señor Scott. Lo veremos dentro de diez días. Buenas noches.

Sienna dejó con cuidado la libreta sobre la mesa, cerró los ojos y trató de tranquilizarse antes de regresar a la cocina.

Entonces las dudas la invadieron de nuevo.

Todo estaba sucediendo demasiado deprisa para su gusto.

Primero, había huido de Greystone Manor y del desastre que supondría trabajar con el nuevo cocinero, que probablemente seguiría siendo el mismo cocinero arrogante de siempre.

Segundo, el chico que había sido su primer amor estaba hirviendo agua para hacer pasta y recalentando la salsa para poder cenar con ella. Y seguía siendo el hombre más atractivo que había conocido nunca.

Ella estaba allí atrapada entre los restos de lo que unos años antes había sido un estupendo restaurante familiar. Y era eso o regresar a Greystone Manor mientras Brett se esforzaba por cocinar y por encargarse solo del local de su tía.

Sienna respiró hondo.

De ninguna manera. Eso no sucedería.

Ella estaba allí y tenía que hacer todo lo que pudiera.

Podría trabajar con Brett y encargarse del restaurante durante una o dos semanas. Por supuesto que podría.

Había llegado el momento de formar un equipo.

–¿Brett? –lo llamó mientras regresaba hacia la cocina–. ¿Qué pensabas hacer el Día de San Valentín?

–Estaré trabajando como un loco en mi nueva cocina. ¿Por qué lo preguntas? ¿Buscas una cita? Serías bienvenida en nuestro local de Notting Hill, sólo que todavía no estamos preparados para recibir invitados.

Sienna apretó los labios. ¿Notting Hill? Allí era donde Angelo había estado. El restaurante de sus sueños, ¡en una de las zonas

más elegantes de Londres!

Por supuesto, Brett estaba en París cuando todo eso sucedió. Él no conocía esa parte de su vida. Bien. Era mejor dejarlo así.

–¿Notting Hill? –preguntó ocultando su sorpresa con una amplia sonrisa–. Enhorabuena. Maria no me ha contado nada, aunque no he hablado con ella desde Navidad. He tenido mucho trabajo. Gracias por la invitación, pero pienso pasar ese día un poco más cerca de Trattoria Rossi. De hecho, quiero pasarlo aquí. Sirviendo a los clientes.

Al ver que él tardaba un segundo en responder, Sienna continuó:

–Es una de las mejores noches del año para ella. Estoy segura de que no querrá perder el negocio del Día de San Valentín. Sólo he trabajado aquí una vez en el Día de San Valentín, ayudándola, pero fue muy divertido y podríamos hacer que fuera divertido otra vez.

Brett dejó de remover la salsa y se volvió para mirarla.

–¿Quieres abrir ese comedor helado y servir a los clientes? ¿El Día de San Valentín? –dijo con tono retador.

–Sí –repuso ella con una sonrisa–. ¿Recuerdas cómo solía ser el Día de San Valentín aquí?

–Es difícil de olvidar –Brett apoyó las palmas de las manos sobre la encimera y esbozó una sonrisa–. Todos mis compañeros de clase venían aquí con sus novias, vestidos con ropa elegante que les habían comprado sus madres. Fingían ser chicos maduros y sofisticados mientras disimulaban lo incómodos que estaban con la corbata y el cuello de la camisa almidonado.

Metió la cuchara en la sartén y removió la salsa, provocando que un delicioso aroma invadiera la habitación.

–Yo estaba demasiado ocupado quemándome los brazos con sus lasañas y sus pizzas para enterarme de sus conversaciones, pero Maria era estupenda haciendo que todo el mundo se sintiera como en casa y quitándoles parte del nerviosismo del gran día.

Sienna observó a Brett moverse entre el fregadero, la encimera y los fogones. Rápido. Ágil. Con práctica. Ésa era su vida.

Una peste. Pero una peste inteligente que necesitaba tener a su lado si quería sacar aquello adelante. Ella ya se había calmado y hablaría con él como si fuera un amigo. Eso era todo, un amigo atractivo y con talento que tenía la capacidad de hacer que perdiera la cabeza.

–Exacto. Eso era lo que hacía de Trattoria Rossi un lugar tan

especial. Los adolescentes podían venir aquí para su primera cita sin sentirse intimidados. Quizá sirvieran pizza y pasta, pero en una mesa con mantel y servilletas, en un restaurante de verdad. La primera cita en Trattoria Rossi era algo que no se olvida jamás. Incluso aunque hubiese sido cuarenta años atrás.

–¡Bueno, Sienna Rossi! ¡Siempre supe que eras una romántica! ¿Dónde fuiste tu primer Día de San Valentín?

–Lo siento. Ya no creo en el romanticismo –contestó ella–. Y creo que puedes imaginarte dónde fui. Mi padre quería controlar lo que hacía, con quién y dónde. No tenía mucha elección. Y deja de distraerme cuando intento explicarte por qué no le he dicho que no al señor Scott. O a ninguna de las otras parejas que han reservado mesa para esa noche. Es un día especial para ellos. El hecho de que también sea bueno para el negocio es secundario.

–Ajá. Eso pensaba. Y no me lo creo. Siempre has sido una romántica. No tiene sentido que lo niegues. Tengo una pregunta. ¿Qué va a pensar tu pareja actual acerca de que trabajes el Día de San Valentín?

–¿Mi pareja? Oh. En este momento no salgo con nadie. De todos modos, siempre trabajo el Día de San Valentín. ¿Y tú? –preguntó Sienna–. ¿Tengo que reservar una mesa para ti y tu pareja?

Él sonrió.

–Este año no, gracias. Guarda las mesas para los caballeros que quieren demostrarles a sus mujeres que son especiales. De eso se trata.

–Estoy de acuerdo contigo. De hecho… –Sienna se humedeció los labios con la lengua y continuó hablando deprisa–. Esperaba que pudiera convencerte de que fueras el cocinero invitado para esa noche. Como favor a Maria. ¡Le prometiste a Maria que cocinarías para ella!

Brett se volvió para mirarla y ladeó la cabeza con una sonrisa.

–Sí, se lo prometí a Maria. Y cumplo mis promesas. Ya ha empezado la cuenta atrás de mi nuevo local. Dentro de algunas semanas empezarán a llegar clientes. Y los críticos gastronómicos de todo el mundo. Sólo tengo un par de días libres como mucho. No tengo cocina, ni menús, pero sí un crédito enorme que pagar. ¿Y sabes qué? La salsa de Maria lleva congelada desde Navidad. Seguro que estaba deliciosa cuando la hicieron, y yo he hecho todo lo posible por salvarla. ¿Estás preparada para comer caliente?

Después te contaré cómo pienso adecentar este lugar a tiempo de San Valentín.

CAPÍTULO 7

Punto 7: Dos ojos marrones con brillo en la mirada...

BRETT sacó una silla y la sacudió con una mano.

–Su mesa está preparada, Alteza. Siento la falta de elegancia, pero desinfecté la mesa de trabajo mientras pensaba mi plan. Quizá no cumpla con las normas de elegancia, pero está limpia. Suponiendo que puedas rebajarte a comer en la mesa de la cocina de Maria. ¿Sólo por esta vez? –se colocó un paño doblado sobre el brazo como un camarero de restaurante elegante–. Podría ser nuestro secreto.

–Muy gracioso –contestó Sienna, y se sentó en la silla.

Un aroma delicioso invadió la habitación y Sienna levantó la vista para ver qué había conseguido preparar con los escasos ingredientes de Maria. Y se asombró al ver la espalda musculosa de Brett.

Él le estaba preparando comida caliente.

A lo mejor debía perdonarlo, sólo un poco, por intentar ahogarla.

–¡Cuéntame algo más sobre tu plan! ¿Me he perdido algo mientras me congelaba los pies en el comedor?

–Apenas puedo decir que sea un plan, pero la construcción de mi cocina me ha quitado tiempo para preparar los platos para mi menú de autor. Tengo diez platos clave que definirán lo que intento conseguir –hizo una pausa y se volvió para echar la pasta dentro de la salsa–. La mayor parte de los cocineros tienen tres o cuatro. Yo no. Yo quiero diez recetas para esa primera noche. Y ahora no tengo cocina donde trabajar –probó la salsa y dijo–: Y esto necesita más albahaca.

Sienna observó en silencio mientras Brett arrancaba unas hojas de una planta medio deshidratada y las cortaba para echarlas en la salsa. En ese mismo instante, Sienna reconoció al chico que había conocido a los dieciséis años. Quizá fuera diferente en apariencia, con toda la confianza y seguridad en sí mismo que podía aportar una carrera profesional como cocinero famoso. Pero no había perdido la pasión a la hora de realizar esa sencilla tarea.

Brett Cameron en acción era fascinante. Y de algún modo, ligeramente vulnerable.

Sienna envidiaba la seguridad que mostraba en sí mismo. Y

gracias a ella era capaz de crear algo especial allá donde estuviera trabajando.

De pronto, Sienna se percató de que Brett seguía hablando. Aquel hombre podía hacer varias cosas a la vez. ¡Cielos!

En ese momento, le sirvió un plato de pasta multicolor y Sienna inhaló su delicioso aroma. Entre los ingredientes de la salsa había uno que no era capaz de reconocer. Tenía que ser una especia. Pero ¿cuál?

Inhaló de nuevo y cerró los ojos.

–Albahaca, orégano, romero fresco. Ajo, cebolla y apio con el tomate. Pero hay algo más. ¿Chile y mejorana?

Brett la miraba con el tenedor preparado para pinchar, esperando a que ella probara la comida primero.

–Te recomiendo que lo pruebes –dijo él, con una sonrisa–. ¿O te preocupa que te guste demasiado?

Sienna abrió los ojos y comió un poco de pasta.

–¡Umm! Está deliciosa.

Brett comenzó a comer en silencio. Al cabo de un momento, dijo:

–Me alegro de que te guste. Maria tenía hecha la salsa de tomate básica, pero el sabor era demasiado suave para mi gusto y por eso añadí el chile y un poco de cáscara de limón. También hinojo. Semillas de hinojo molidas. Nada de queso.

–Semillas de hinojo. Eso era. Me gusta mucho. Los platos vegetarianos siempre tienen éxito. Esta salsa se puede servir de muchas maneras. Y tienes razón, no hace falta queso con este plato.

–Claro que, habría quedado mucho mejor con ingredientes frescos. Espera a probar mi salsa de tres champiñones con ***linguini.*** Todavía estoy trabajando para encontrar la mejor combinación de champiñones deshidratados, pero lo conseguiré. ¿O he de decir: lo conseguiremos?

Dejó el tenedor en el plato y se inclinó hacia delante, mirándola fijamente con sus ojos azules.

–Soy un cocinero en busca de cocina. Maria tiene una cocina que necesita cocinero. Parece que sólo tengo un único camino.

Sienna se limpió el labio superior con la lengua mientras lo miraba a los ojos durante un largo momento.

El calor de su mirada hizo que Sienna olvidara cualquier duda acerca de que Brett Cameron hubiera perdido su habilidad de sacarla del mundo real y trasladarla a un lugar mágico donde

existía una pequeña posibilidad de que él la viera como alguien a quien pudiera apreciar.

–Continúa –susurró ella.

–¿Y si alquilo el restaurante durante los próximos diez días para trabajar en mis nuevas recetas? Eso significaría cerrar el local para los clientes habituales, pero le pagaría a Maria el precio del alquiler de una cocina comercial. Dinero en metálico, si quieres. Y más aún, añadiré algunos extras para endulzar el trato.

–¿Qué tipo de extras?

–Estoy en deuda con Maria. Y yo no puedo trabajar en mi cocina. Dame diez días y te prometo que cambiaré este lugar. Será un éxito. Maria tendrá un restaurante renovado, publicidad y todo el equipo de cocina nuevo que desee. Así nuestra querida chica podrá descansar en la cama del hospital sabiendo que su local está en buenas manos. ¿Qué opinas? ¿Crees que podrás aguantarme hasta el Día de San Valentín?

Varias horas más tarde, Sienna estaba sentada al borde de la cama de Maria Rossi en el dormitorio que había en el primer piso y que cuatro años antes se había convertido en su refugio. Sobre la mesilla encontró una foto en la que aparecía una pareja sonriente. Sienna Rossi y Angelo Peruzi en el día en que abrieron su propio restaurante en Londres. La foto había sido tomada en uno de los mejores días de su vida.

Angelo estaba tan atractivo con su uniforme de camarero, con su cabello rizado y sus ojos marrones. Y esa sonrisa arrolladora.

¿Cómo no iba a enamorarse de él?

Juntos habían empezado la mayor aventura de sus vidas. Su propio restaurante. Trabajando juntos para crear algo sorprendente.

Ella había sido tan feliz aquel día… Y había tenido tantas ilusiones…

A los Rossi siempre les habían gustado las fotos familiares.

Quizá por eso ella no había podido destruir las fotos ni guardarlas en la maleta especial junto con el resto de las cosas que tenía para la boda, como las invitaciones decoradas con tela escocesa y las tiaras de las damas de honor que le había enviado desde Los Ángeles la que se suponía iba a ser su futura suegra.

El lugar especial donde ella había encerrado su sensible corazón.

Sienna dejó la foto sobre la cama y cerró los ojos. Un dolor conocido invadió su corazón. Era como un corte provocado por un papel. Agudo.

¿Y qué si había sobrevivido durante los últimos cuatro años a base de construir una barrera para proteger su corazón de ese tipo de dolor? Ella necesitaba tiempo para volver a ganar confianza y poder trabajar con otro cocinero de los que les gustaba tener el control.

Como Brett Cameron, por ejemplo.

Mientras hablaba con él había bajado la guardia. Corría el peligro de repetir los mismos errores de su vida.

¿Cómo podía evitar la atracción que sentía por Brett y confiar en ganar? Él tenía todas las armas que necesitaba. Era atractivo, tenía carisma, y tanta seguridad en sí mismo que rozaba la arrogancia.

Ella era como una polilla atraída por la luz y el calor del fuego. Destinada a consumirse en las llamas, caerse al suelo y ahogarse.

Sólo que esa vez no sabía si tendría la fuerza suficiente para salir a la superficie a respirar.

Tenía que controlar aquella atracción antes de perder el control de la situación.

Sólo tenía que sobrevivir a los diez días siguientes.

Después regresaría a Greystone Manor y se enfrentaría a su pasado y a su futuro. Sola.

CAPÍTULO 8

Punto 8: Un par de pijamas de color rosa

–¡HORA de levantarse!

–Umm. ¿Cómo? ¿Qué?

Sienna asomó la cabeza por el edredón de su tía Maria y pestañeó varias veces antes de centrarse en las anchas espaldas del hombre que estaba abriendo las cortinas para dejar entrar la luz de la mañana.

Todavía estaba lloviendo.

–Oh, debes de estar bromeando… –murmuró ella, antes de cubrirse de nuevo con el edredón y bostezar–. ¿Por qué estás en mi habitación? ¡Vete!

–Buenos días para ti también, dormilona.

Con un dedo retiró una pizca el edredón de manera que los ojos de Sienna quedaron al descubierto y ella se fijó en el hombre rubio que le sonreía.

Se había afeitado y todavía tenía el cabello mojado de la ducha. Olía a limpio, a fresco, y cualquier mujer habría deseado que se metiera en la cama con ella.

–Entré antes para ver qué querías de desayuno, pero seguías soñando con Greystone Towers, así que éste será el primer y el único detalle del día. Te he dejado dormir.

Él tiró una pizca del edredón hacia su pecho y se inclinó hacia delante, fingiendo que podía verla.

–Me encanta tu conjunto, por cierto. Veo que tienes el mismo estilo de siempre.

Ella agarró el edredón con ambas manos y se cubrió el pecho para ocultar el pijama de algodón blanco y rosa que había encontrado en el armario de Maria.

–Anoche estaba helada. O por la mañana. Cuando sea que por fin conseguí meterme en la cama. Te habrás dado cuenta de que la calefacción central está apagada.

–Me has ofendido. Estoy al otro lado del pasillo, ¿sabes? –le guiñó un ojo y se sentó a los pies de la cama.

–Por favor. No supliques. Es vergonzoso. ¿Y qué haces aquí tan temprano? ¿O ya es muy tarde?

–Son casi las nueve. Lo sé –movió la cabeza–. Es difícil creer que alguien pueda dormir hasta tan tarde. Hoy estás disculpada,

pero no creas que vas a seguir así el resto de la semana. ¡Hay mucho que hacer!

–No sé si recuerdas que fue idea tuya empezar a trabajar en el plan después de la cena. Te dejé sobre la una de la mañana con la cabeza en el horno. ¿Es que no duermes nunca?

–No mucho –se encogió de hombros–. Un par de horas son suficientes. Además... –sonrió dando un par de palmaditas sobre el edredón–. Estoy completamente entusiasmado con nuestro pequeño proyecto. El teléfono no ha parado de sonar desde el amanecer. Mientras hablamos hay chicos por todo Londres cargando herramientas y equipo de cocina.

–¿Chicos? ¿Equipo? Estoy confundida. Pensaba que acababas de llegar a Londres.

Él asintió.

–¿Lo ves?, sabía que sí me estabas prestando atención mientras te comías el segundo plato de pasta. Mi amigo Chris está a cargo de la obra de mi nuevo local.

Creo que se llama a sí mismo director de proyecto o algo así, pero Chris sabe a quién tiene que llamar cuando necesita algo, y en esta época del año siempre hay gente dispuesta a hacer un trabajo extra. Así que he hecho algunas llamadas. Sólo para empezar a mover las cosas. El local se llenará de obreros en unas horas, y sería mejor que te pusieras algo menos seductor.

Sienna cerró los ojos y respiró hondo varias veces, tratando de controlar la rabia y la frustración que la invadían.

Estaba tensa y apretó los dedos de los pies bajo el edredón.

Ya había empezado.

Debía haber seguido su instinto la noche anterior.

Él ya había empezado a darle órdenes. Pretendía tomar el control y decirle cómo iban a ser las cosas.

¿Cómo podía haber sido tan estúpida? ¿Por qué no se había puesto seria y lo había obligado a marcharse?

Se había dejado llevar por un par de ojos azules y el atractivo de un hombre que le había ofrecido un plato de comida caliente.

¡Tenía que haber recordado que Brett Cameron era demasiado peligroso para ella!

Durante unas horas había bajado la guardia.

Bueno, eso había sucedido la noche anterior. Cuando estaba helada y agotada. No ese día. Maria era su tía y ella iba a

solucionar aquellos problemas por su cuenta. No necesitaba que Brett Cameron le dijera el qué y cómo lo tenía que hacer.

Sienna tragó saliva e intentó hablar de manera calmada y sin agresividad. Ésa era la clave.

Brett había dejado de sonreír y permanecía en silencio sentado en la cama.

–Anoche, cuando hablamos de esto, pensé que íbamos a trabajar juntos en este proyecto y que ambos diseñaríamos el plan de actuación. Que tú te centrarías en la cocina y yo en el comedor, pero que ambos nos aseguraríamos de que el otro participaría en las decisiones finales. Eso es lo que acordamos –se humedeció los labios antes de continuar–. Lo siento, Brett, pero esto no va a funcionar. Hay otras cocinas que puedes alquilar para probar tus platos. Y yo puedo contratar a otro cocinero para que me ayude aquí. Gracias por tus ideas, pero no creo que podamos trabajar juntos.

Él frunció el ceño y contestó:

–¿Cuál es el problema? ¿No confías en mí para que llame a algunos obreros para hacer el trabajo? Puede que haya estado fuera de la ciudad algunos años, pero confío en Chris. Sus chicos no nos fallarán.

–No. No es eso en absoluto.

–Entonces, ¿cuál es el problema? Estabas dormida, tenemos poco tiempo y hemos de empezar a poner esto en funcionamiento. Vamos... Suéltalo. Porque no voy a marcharme de esta habitación hasta que no me cuentes qué pasa. Y ya sabes lo cabezota que puedo ser cuando se me mete algo en la cabeza. Así que… empieza a hablar.

–No eres tú, Brett. Es tu manera de trabajar. Hace unos años tuve un problema con otro cocinero que me hizo quedar muy mal. Desde entonces no me gusta que me dejen fuera cuando se trata de tomar grandes decisiones. No me gusta que me den de lado. Ni que me digan cómo van a ir las cosas en un proyecto del que me siento responsable sin que me pregunten primero. Eso no es lo que acordamos. Así no puedo trabajar. Lo siento, pero será mejor que contrate a otro cocinero.

Brett la miró fijamente con sus ojos azules. Ella percibió inteligencia y perspicacia en su mirada, y algo más que no era capaz de identificar. ¿Incredulidad?

Sienna sintió un nudo en el estómago. Quizá había exagerado.

Pero había tardado cuatro años en forjarse una apariencia seria y de control y no permitiría que Brett derrumbara su barrera protectora en tan sólo unas horas.

Él probablemente pensara que ella era una niña mimada acostumbrada a salirse con la suya. Y ella acababa de presentarle una cláusula de escape en bandeja de plata.

Brett Cameron permaneció a los pies de la cama de Sienna y observó como ella agarraba con fuerza el edredón que cubría su pecho.

Ella trataba de librarse de él.

¿Por qué? Lo único que había hecho era empezar el trabajo mientras ella dormía.

¿De qué tenía tanto miedo? ¿De perder su independencia?

¿O de algo mucho más fundamental que eso?

¿Por qué le preocupaba tanto que él se hubiera adelantado? ¿Qué le había hecho el otro cocinero para que ella no pudiera confiar en él?

La miró a los ojos un instante y vio todo lo que necesitaba saber. Alguien en quien ella había confiado la había decepcionado y, desde entonces, no era más que una mujer asustada.

Él podía hacer algo al respecto. Si Sienna necesitaba confianza, se la daría.

–No hace falta que contrates a otro cocinero. A todos nos han decepcionado en algún momento. Tú quieres formar parte del proceso de decisión. Lo comprendo. Pero ayer te dije que no iba a marcharme a ningún sitio. Así que no te queda más remedio que aguantarme... Aunque te he ocultado algunas cosas que vas a terminar descubriendo.

–Debe de ser algo muy serio –dijo ella.

Él asintió con la cabeza.

–Lo es. Sé que soy muy impulsivo. Y necesito que alguien me ayude a encauzar mi entusiasmo en la dirección adecuada. ¿Crees que tú puedes encargarte de eso, señorita Rossi? ¿Me das otra oportunidad para que pueda demostrarte que podemos trabajar juntos? ¿O crees que no podrás aguantarme?

–Oh, creo que podré aguantarte muy bien, señor Cameron. Muy bien, sin duda.

–Me alegra oírlo. Porque te repito que no voy a marcharme. Le hice una promesa a Maria y yo cumplo mis promesas.

Especialmente las que hago a las mujeres guapas –se puso en pie–. Voy a tomar mi segundo desayuno en el restaurante para que podamos ponernos a trabajar inmediatamente –se volvió para mirarla con una sonrisa–. Si te parece bien, jefa.

Sienna le lanzó la almohada y él la esquivó.

CAPÍTULO 9

Punto 9: Espolvoréalo con flamencos rosas

–TIENES un listado de cosas. Me gusta.

A Brett también le gustaba su perfume, su sonrisa, y el roce de su cuerpo cuando chocaban al moverse por la cocina.

Y también le gustaba mucho su aspecto de por las mañanas, con el cabello suelto por la almohada y un brazo por encima del edredón. Aquella mañana, Brett había podido disfrutar de un momento de placer, observándola durante un instante desde la puerta de su habitación.

Fuera lo que fuera lo que había provocado que Sienna Rossi saliera a las calles de Londres en una fría y lluviosa noche de febrero, no podía haberse solucionado tras unas horas de sueño. Y no era él quien intentaría hacerlo. Si Sienna quería contarle por qué había ido a refugiarse en Trattoria Rossi, estupendo, pero él no la presionaría.

Lo único que sabía era que Sienna necesitaba quedarse allí, trabajando, entreteniéndose para escapar de lo ineludible. Y él conocía muy bien lo que era eso.

Además, si se hubiera quedado más tiempo mirándola, no habría podido mantener las manos alejadas de ella.

Sienna levantó la vista del papel de color rosa en el que estaba escribiendo con un bolígrafo de color rosa que tenía la figurita de un flamenco en la punta. Él se lo habría quitado nada más verlo, pero de algún modo le parecía una lástima estropear el conjunto.

Oh, sí. También le gustaba su manera de saborear cada bocado de la comida que probaba.

Tenía que pensar en otra cosa, antes de que él empezara a cocinar sólo para impresionarla con platos deliciosos.

Había una cosa clara. Él deseaba ver a aquella mujer comiendo algo especial que hubiera cocinado sólo para ella. Y pronto.

–Una chica necesita una lista –contestó ella, antes de comer un trozo de tostada con mantequilla–. ¿Dónde tienes tu lista? Tengo que saber qué has estado haciendo mientras yo no estaba supervisando.

Brett se dio unos golpecitos con el dedo en la sien.

–Lo tengo todo aquí. ¿Quieres que empiece mientras comes?

Estupendo. Aquí tienes mis tres prioridades.

Levantó la mano izquierda y comenzó con el dedo pulgar.

–Hay que cambiar la ventana rota. Mi amigo Chris está en ello. Los cristaleros que trabajan en mi obra vendrán esta tarde a tomar medidas y, esto va a gustarte, pueden grabar lo que quieras en el cristal y montarlo en cuarenta y ocho horas –dibujó en el aire y dijo–: Trattoria Rossi –después suspiró y sonrió–. El problema es que en cuanto el cristalero empezó a hablar de las fuentes de escritura de su distribución, me perdí. Necesitamos algo elegante pero sencillo. Pero también divertido y fácil de leer. Letras grandes –esbozó una sonrisa–. Eso es la dislexia. No tengo ni idea.

De pronto se hizo un silencio en la habitación.

–¿Dislexia? ¿Hablas en serio? –preguntó ella con sorpresa y preocupación.

–¿Maria no te lo ha contado?

–Nunca. Lo siento, Brett, ¡no tenía ni idea!

Él se encogió de hombros y colocó su magdalena de canela y pasas en un plato antes de sentarse en un taburete, al otro lado de la mesa de donde estaba Sienna. Ella había dejado de comer y lo miraba asombrada.

–No es un secreto que tenga dislexia –contestó con naturalidad–. La prensa australiana lo publicó hace algún tiempo, y me invitaron a varios programas de televisión. Ya sabes cómo es eso –empezó a escribir en el aire–. Cómo superé mi terrible discapacidad y cómo eso hizo que me convirtiera en mejor persona.

Bebió un sorbo de café y continuó:

–Me sorprendía la cantidad de gente que tiene algún tipo de dislexia y que quería hablar conmigo sobre ello. Por suerte yo tenía una excusa excelente. ¡Trabajo! Así que ya lo sabes. Hacer listas y diseñar carteles no es mi especialidad, así que tendrá que hacerlo otra persona.

Él levantó la cabeza e hizo como si estuviera mirando su lista, ansioso por cambiar de tema. Su plan funcionó, porque ella le mostró el papel antes de contestar.

–Ah. Intentas ser modesto y has fracasado. Estoy estupefacta por lo mucho que has conseguido desde la última vez que nos vimos –bromeó ella, y empezó a escribir en el papel rosado–. Diseño de la ventana del comedor. Ya está. Y gracias por haber sido sincero. Ahora ya sabré qué trabajos tendré que hacer yo.

Brett sonrió.

–Trabajo en equipo, ¿recuerdas? Tú te ocupas del diseño de la ventana y, a cambio, yo me ofrezco para ayudar a sacar el viejo lavavajillas y para instalar el nuevo. La buena noticia es que el lavavajillas del restaurante que estoy remodelando todavía está allí, y parece nuevo comparado con éste. Debería encajar en el hueco, así que Maria tiene un lavavajillas gratis.

Sienna sonrió.

–¿Cosas que pesan? Todas para ti. Y mucho mejor si son gratuitas. ¿Cuál es la número tres?

–La otra buena noticia es que tanto el horno como los fogones funcionan y la nevera está bien. Excepto...

–¿Sí?

–La mayor parte de los ingredientes de la nevera y de la despensa están caducados o no los necesito. Así que tengo que ir a comprar hoy. ¿Quieres más café?

Sienna negó con la cabeza.

–Ya he tomado más de lo que suelo beber en todo el día. Empieza a hacerme efecto la cafeína. Aunque necesitaba algo que me levantara el ánimo después de ver el comedor a la luz del día.

Hizo una mueca y se encorvó antes de estremecerse de manera exagerada.

–Bueno, ésas eran mis sugerencias. Ahora cuéntame las tuyas –contestó él, terminándose el café.

–Primero las malas noticias. Hay que reparar y pintar las paredes del comedor. Ése es mi primer trabajo –miró a Brett–. Necesitaré ayuda para vaciar la habitación. Es probable que sea más trabajo de lo que esperaba. La moqueta hace bultos cuando se pisa. No quiero ni pensar lo que habrá caído debajo durante los años. La quitaremos. Sugeriría poner baldosas, pero te presentaré más opciones cuando la hayamos quitado. La mayor parte de las sillas también se pueden tirar. Sólo hay cuatro en las que confiaría a la hora de sentarme. El resto sólo sirven para leña. En algún almacén tendrán lo que necesitamos. Y olvídate de los manteles y de las servilletas. Están quemados, manchados o rotos. Zurcir no es algo que a Maria se le dé bien –Sienna se estremeció antes de añadir–: Ya los he tirado.

Brett se quejó.

–Así que básicamente no tenemos comedor. Estupendo. ¿Hay alguna buena noticia?

Ella esperó un instante y asintió.

–Las mesas están bastante bien. Creo que Maria las heredó cuando mis padres vendieron su restaurante hace unos años. Puedo utilizarlas. Y he llamado a Frankie al restaurante, te manda un saludo. Al parecer, hay cajas de cosas de repuesto del restaurante que mi padre guardó en su sótano. Llevan años allí y está encantado de que utilicemos todo lo que podamos puesto que es para la tía Maria. Creo que ése puede ser un buen sitio por el que empezar.

–Ajá. ¿Lo ves? Después de todo, no me necesitas.

Ella suspiró con dramatismo antes de contestar.

–Lo siento, pero Frankie está ocupado en el establecimiento y hay que subir las cajas por unas escaleras estrechas. Necesito a alguien que no le den miedo las arañas mutantes ni las cajas pesadas, y tú eres lo más parecido. Así que tendré que pedírtelo a ti.

–Menudo halago, pero lo acepto de todos modos. ¿Cuándo quieres ir a casa de tus padres?

CAPÍTULO 10

Punto 10: Añade flores rosas

–ESTO va a ser extraño. No he vuelto a casa de los Rossi desde hace años. Es una lástima que tus padres estén de vacaciones. Me hubiera gustado saludarlos.

–Están en un crucero por el Caribe. La familia les hizo un regalo de Navidad atrasado. Según Frankie, estarán tomándose cócteles bajo el sol. Mi madre lo está pasando de maravilla.

Brett observó que los limpiaparabrisas movían el agua de la lluvia en el cristal y suspiró antes de girar en la entrada de la casa de los Rossi.

–¡El sol! No me lo recuerdes. Adelaide es un lugar estupendo en febrero. Pero voy a quedarme aquí bastante tiempo. Me aseguraré de que estén incluidos en la lista de invitados.

–Umm. Les encantaría. Sobre todo si algunos platos están basados en recetas italianas clásicas. A mi padre le encantará contarte cómo has de cocinarlas correctamente.

Al percatarse de lo que había dicho, Sienna le pidió perdón.

–Lo siento, no quería decir eso. Si el resto de tus platos italianos son como la maravillosa pasta que hiciste anoche, estarán encantados. ¿Sabías que te mencionamos el día de la comida de Navidad? Uno de mis primos estuvo en Adelaide y comió en tu restaurante. Dijo que la comida era excelente. Maria estaba muy orgullosa.

Brett notó un fuerte calor en la base del cuello.

–Nunca me lo dijo.

Sienna miró hacia la casa, sin percatarse de su reacción.

–Bueno, sería horrible que te convirtieras en un engreído.

Brett se rió y se soltó el cinturón para poder centrarse en la mujer que tenía a su lado. Entonces, al percatarse de que él la estaba mirando, ella enderezó la espalda y miró hacia la puerta de la casa mordiéndose el labio inferior. Su valentía se desvaneció junto a su sonrisa.

Brett trató de recordarse que los demonios de la vida privada de Sienna no eran asunto suyo. Pero la chica a la que él había empapado los zapatos la noche anterior volvía a estar en el coche con él. Paralizada en su asiento.

¡Estaba asustada! Él sabía muy bien lo que se sentía. Ella

necesitaba ayuda y él estaba allí. Y no iba a marcharse a ningún sitio.

–Odio criticar el calzado de una mujer, pero esos zapatos no son tu estilo.

Sienna pestañeó varias veces y se miró los pies. Las botas de agua de Maria Rossi eran de color morado y tenían flores de color blanco y rosa. Eran el único calzado impermeable que tenía Maria en su colección. Quizá su tía y ella tuvieran la misma talla, pero desde luego su estilo era completamente distinto.

–Yo habría elegido las sandalias de margaritas amarillas que encontré encima de la nevera y me habría aguantado con los pies mojados, pero claro, ése soy yo –añadió Brett, encogiéndose de hombros.

Ella lo miró. Y aquellos ojos marrones que él había admirado durante tanto tiempo lo cautivaron sin dejarlo escapar.

De pronto, aquella sensación se convirtió en algo mucho más intenso.

Al cabo de un momento, ella esbozó una frágil sonrisa.

–Dejé unos zapatos en mi antigua habitación y algo de ropa. Iré a buscarlo.

–Por supuesto. ¡Espera un momento y nos prepararemos para salir corriendo a por ellos!

Sienna observó a Brett mientras se ponía el abrigo, agarraba un paraguas del asiento trasero y abría la puerta para salir gritando bajo la lluvia. Ella apenas tuvo tiempo de soltarse el cinturón y agarrar el bolso antes de que Brett abriera la puerta para ayudarla a salir.

Sienna suspiró y sacó las piernas del coche, metiéndose en el charco más grande que había visto en su vida. Brett estaba a su lado y la estrechaba contra su cuerpo para protegerla bajo el paraguas.

Sin dudar un instante, ella lo agarró por la cintura y ambos corrieron hasta el porche de la entrada principal. Nada más llegar, Sienna empezó a sacudirse el agua del cabello, agradecida de estar guarecida de la lluvia pero sin querer separarse del hombre que todavía la sujetaba por la espalda.

Su pasión y energía era exactamente lo que ella necesitaba.

Regresar a casa no debía de ser algo importante, pero lo era. Y mucho. Y estaba agradecida de que él estuviera con ella.

–Lo conseguimos –bromeó Brett–. ¡A lo mejor, después de todo, tus botas han sido un éxito!

Brett seguía a su lado y no parecía tener prisa por separarse de ella. Sienna tuvo que girarse entre sus brazos y colocó las palmas de las manos sobre su pecho de forma que únicamente podía mirarlo a la cara.

De cerca era como contemplar un maravilloso paisaje.

La pequeña cicatriz que tenía en la ceja izquierda.

El puente de la nariz ligeramente torcido que indicaba que, al menos, se la había roto una vez.

Y sus ojos. Su color azul era como un mosaico de diferentes tonalidades y él la miraba con una mezcla de fuerza y vulnerabilidad que mostraba más acerca de cómo era Brett Cameron de lo que probablemente a él le hubiera gustado mostrar.

Quien jugaba con fuego se quemaba. Y aquella mirada era incendiaria.

Ella presionó una pizca las manos contra el pecho de Brett y las retiró. Por un lado echaba de menos la sensación de estar cerca de un hombre como Brett pero, al mismo tiempo, negó con la cabeza disgustada al recordar que ya había pasado por algo parecido con otro cocinero. ¿Y adónde la había llevado?

¿Cuántas veces había soñado con que Brett Cameron la abrazaba cuando tenía dieciséis años? Y allí estaba, acurrucada contra él con sólo unas capas de ropa entre ellos. En su casa. Donde todo había empezado. Y al parecer, doce años después tampoco se enteraba de nada.

Corría el peligro de perder el control cuando lo que necesitaba era toda la disciplina posible.

Brett nunca sabría que la casa que ella adoró con pasión se había convertido en una prisión. La habitación donde había pasado montones de días llorando después de que Angelo la abandonara, llevándose la esperanza y su confianza con él. Si Maria no le hubiera ofrecido una vía de escape, ¡probablemente Sienna seguiría viviendo allí!

–¿Recuerdas dónde está el sótano? –preguntó ella.

–¿Seguramente abajo? –contestó Brett mientras ella abría la puerta con la llave–. Cuando empecé, tu padre me tuvo subiendo y bajando esas escaleras durante días. Recuerdo cada momento de los que pasé en esta casa. Fueron algunas de las mejores semanas de

mi vida. Permíteme que yo vaya delante.

CAPÍTULO 11

Punto 11: Y una caja de cálidos recuerdos

–¿QUIÉN era éste? –preguntó Brett, sujetando una foto en blanco y negro de un hombre joven de cabello moreno que llevaba un delantal almidonado y tenía los brazos cruzados–. Empiezo a perderme.

–El tío abuelo Louis. Él fue uno de los Rossi originarios que vino de Tuscany para abrir la primera heladería en esta parte de Londres.

–Tenía un bigote muy elegante. ¿Cómo era el helado que hacía?

–Estaba muy orgulloso de su bigote y se lo enceraba cada día. La cera sabía mejor que el helado. De hecho, creo que era la misma receta. Pero no se lo cuentes a nadie.

–Tengo los labios sellados –sonrió Brett. Su costado izquierdo estaba rozando el cuerpo de Sienna, pero él no intentó cambiar de posición en la estrecha escalera de madera que llevaba al sótano y en la que estaban sentados–. El viejo tío abuelo Louis quedará estupendo en la galería de los Rossi. A Maria le va a encantar. Es una idea estupenda.

–Los restaurantes de la familia Rossi siempre han tenido fotografías de la familia en las paredes. Sé que ahora puede resultar un poco kitsch, pero para mi padre el restaurante era una extensión de su comedor privado, y eso significaba que la familia tenía que estar alrededor. ¿Sabes que Frankie tiene más cajas de fotos en su casa?

Brett miró el montón de cajas y preguntó asombrado:

–¿Más aún?

Sienna se rió y movió la carpeta de fotografías que habían seleccionado juntos.

–Creo que veinte son suficientes para lo que queremos. Con unos marcos modernos y las paredes de color crema quedarán estupendamente. Ya lo verás –sonrió a Brett, pero se percató de que miraba con atención otra de las fotografías–. ¿De quién es esa foto? –la miró un instante–. Oh, no. Creía que había destrozado todas las copias que quedaban. Pásala.

Trató de agarrarla, pero él estiró el brazo y la alejó de Sienna.

–Vaya, vaya, señorita Rossi. Estás muy guapa de dama de honor. ¿Era en la boda de Frank?

Ella se quejó y se cubrió el rostro con las manos.

–Me obligaron a hacerlo. El verde claro no es mi color. Creo que no le queda bien a nadie, pero a mi futura cuñada le encantaba. No tuve elección.

–Oh, no lo sé… Los volantes te sientan muy bien. ¿Quizá deberías llevarlos más a menudo? –contestó él moviendo las cejas.

–Por favor, como si fueras un gurú de la moda. Me gustaría ver tus fotos familiares de aquella época. ¿O las guardas bajo llave en la caja fuerte de algún banco para que nadie las pueda utilizar como chantaje?

Brett soltó una carcajada.

–Siento decepcionarte, pero en caso de que hubiera alguna foto desapareció hace tiempo. Ni a mi madre ni a mí nos gustaban mucho las reuniones familiares. Ella estaba demasiado ocupada mudándose de un lugar a otro como para mantener relación con cualquier pariente que pudiéramos tener en Escocia y, desde luego, no recuerdo ninguna foto en la pared –la miró de reojo y esbozó una sonrisa–. Cuando se vive sólo con una maleta se aprende a llevar únicamente lo que se necesita.

Sienna sabía que Brett decía la verdad y que no esperaba que ella sintiera lástima por él. ¡Justo lo contrario! Hablaba de manera tan decidida que parecía que todos los días contara cosas de su difícil pasado.

¿Cómo podía ser?

¿Cómo era posible que contara su vida sin problema?

Y ¿cómo podía ser que de toda la gente del mundo, ella sólo quisiera abrirse a él? Ella quería contarle la verdad sobre Angelo. No las medias verdades que habían contado sus amigas y sus familiares.

Y peor aún. Necesitaba que él supiera la verdad. Era como si el chico que había sido su primer amor y que había reaparecido en su vida fuera un amigo de toda la vida. El amigo que Sienna nunca había tenido.

¿Quizá era eso? ¿Quizá quería tener una segunda oportunidad para ser amiga de Brett? La primera vez se había sentido tan intimidada que ni siquiera había sido capaz de iniciar una conversación, y él siempre se había mostrado distante.

¿Sería posible que durante los pocos días que trabajarían juntos en el restaurante de Maria llegaran a forjar una verdadera amistad? Probablemente fuera la única oportunidad que tuviera. Tarde o

temprano ambos regresarían a sus vidas y trabajos de verdad, donde se encontrarían ocasionalmente en algún evento social, pero siempre rodeados de otras personas.

–No me gusta cuando te quedas callada. Dime en qué estás pensando –dijo Brett.

«Ni loca», pensó ella.

–Me preguntaba cómo pudiste adaptarte a la locura de la casa de los Rossi cuando aceptaste el trabajo allí. ¡Debió de crearte un daño psicológico permanente! Tendemos a ser un poco entusiastas cuando nos juntamos todos.

Él la miró fijamente.

–Me he acordado de tu familia cada segundo, desde el día que dejé esta casa y el restaurante. Ellos me enseñaron todo lo que necesitaba saber acerca de cómo debe ser una familia, y nunca lo olvidaré. ¡Eran estupendos! Las mejores seis semanas de mi vida. Yo vivía para esa cocina y para las comidas familiares de los domingos.

Sienna miró a Brett boquiabierta.

–¿Vivías para ello? ¿Te gustaban las comidas que terminaban con grandes discusiones, o incluso peleas, cuando estaban todos mis tíos? ¿De veras te gustaba todo eso? La mayor parte de mis amigos del colegio salían huyendo, ¡y gritando!

Cerró los ojos con fuerza y recordó aquellas reuniones de domingo donde todos los familiares, visitantes y empleados se sentaban alrededor de una enorme mesa durante horas.

–¡El ruido! ¿Cómo se puede olvidar el alboroto y las discusiones? No podía gustarte el ruido de diez niños y una docena de adultos compitiendo para que se les prestara atención. Todos estábamos agotados, sordos y roncos cuando llegaba el domingo por la tarde. Era una locura.

–Te has olvidado de mencionar la comida.

–De acuerdo, la comida era fantástica, peo seguía siendo una locura.

–La comida no sólo era fantástica. Era deliciosa. La mejor. Yo trabajaba en esa cocina toda la semana, pero no tenía nada que ver con la comida que tu padre preparaba para su familia los domingos. No esperaba que me invitara a comer con vosotros, pero agradecí un montón la experiencia. Me llevó semanas averiguar lo que hacía que tuviera tan buen sabor.

–Mi padre siempre invitaba al equipo de cocina a comer con

nosotros los domingos. Pero ¿qué quieres decir con que la comida sabía diferente? ¿Probaba recetas con nosotros?

–No, nada de eso –Brett se apoyó en la pared y se volvió hacia Sienna.

–Era el cariño con que las hacía. Cada plato de los que servía tu padre estaba hecho con tanto amor que casi se podía sentir el placer que él obtenía cocinando platos deliciosos para su familia. ¿Tú no lo notabas?

–Supongo que estaba acostumbrada –contestó Sienna, asombrada por lo que Brett le estaba diciendo. Notaba la pasión en su voz, como si estuviera conectando con aquellas tardes de domingo.

–Exacto. Tienes que acordarte de que hasta que empecé a trabajar con Maria mi única experiencia en comida caliente cocinada por otros eran pizzas para llevar. Y soy hijo único. Si tienes en cuenta todo eso, que me dejaran sentarme a la mesa de la familia Rossi era como subirse en la montaña rusa de una feria.

–Debió de ser completamente apabullante.

–Lo fue –se rió él–. Durante los dos primeros minutos. Después Maria puso un plato enorme de *antipasti* delante de mí y me dio una palmadita en el hombro, Frankie empezó a hablar de fútbol, y empezó una discusión con uno de tus primos que era seguidor de otro equipo y, de pronto, la ***foccacia*** empezó a volar por todas partes y tus padres empezaron a partirse de risa.

Brett hizo una pausa y agarró la fotografía de la boda de Frank, de modo que Sienna dejó de mirarlo antes de que él continuara hablando.

–Era como si hubiese encontrado mi hogar. Aunque nunca hubiera experimentado lo que es tener una gran familia, siempre había imaginado que sería así. Me sentía completamente como en casa.

Sienna se quedó de piedra y permaneció en silencio. Brett había encontrado su hogar entre su familia. Mientras que ella no había podido esperar para marcharse cuando se complicaron las cosas.

¿Cómo había sucedido?

Brett dio un golpecito sobre la foto con el dedo.

–Frank me invitó a su boda, ¿sabes? Pero acababa de empezar en un sitio nuevo en París y no podía escaparme. Fue una lástima que me la perdiera. Me hubiera gustado verte con ese vestido.

–¿A mí? ¿Te acuerdas de mí en aquella época?

–Por supuesto. Te recuerdo muy bien.

–No lo entiendo. Jamás me dirigiste la palabra. Ni una palabra en las seis semanas que trabajaste como estudiante en prácticas. Creía que no te caía bien. Que no soportabas tenerme cerca. Yo era demasiado tímida como para hablar contigo cuando trabajaba para Maria, pero tú ni siquiera me decías hola. Yo estaba tan enamorada…

Brett suspiró y estiró la mano para agarrar la mano de Sienna.

Ella intentó retirarla, pero él no se lo permitió.

–¡Tengo las manos muy sucias de mover esas cajas!

–Las mías también lo están –contestó él.

Ella lo miró en silencio mientras él le daba la vuelta a su mano y le acariciaba la línea de la vida con un dedo.

Sienna notó que un fuerte calor la invadía por dentro. Una sensación que pensaba que no volvería a sentir desde el día que estaba en el aeropuerto observando como Angelo embarcaba en un vuelo con destino a California, consciente de que lo había perdido para siempre. El tipo de calor que podía ser adictivo en pequeñas dosis y que en dosis mayores podía matar.

Ningún hombre la había hecho sentir tal cosa con una simple caricia en la mano, y ella trató de liberarse antes de que él pudiera trastocar su vida.

–¿Ves esta mano tan bonita? Es suave y cálida. No tienes cicatrices, ni quemaduras, ni la piel agrietada por pelar verduras o por limpiar pescado en agua helada.

Le acarició el dedo corazón con delicadeza, prolongando la deliciosa tortura que ella era incapaz de detener.

–Veo tu huella dactilar. Tienes la piel suave como la de un niño. Ningún hombre podría resistirse a acariciarla. Incluido yo.

Acercó la mano de Sienna a su boca y ella cerró los ojos mientras él le besaba la palma.

–Es la mano de una princesa –la besó en la base de la muñeca y ella se estremeció.

–Creo que Maria sabía que yo me sentía como un extraño y que venía de otro mundo pero, de todos modos, hizo que me sintiera bien recibido. Yo te envidiaba. Habías nacido en una familia maravillosa y parecía que lo dabas todo por hecho. ¿Tienes idea de lo mucho que me enfadaba? ¿De lo frustrado que me sentía?

La miró fijamente.

–Por eso no hablaba contigo, Sienna. Estaba celoso, enfadado y

amargado. Y nunca me sentía lo bastante bien.

Con el corazón acelerado, ella tragó saliva para suavizar la sequedad de su garganta.

Así que cuando empezó a sonar su teléfono móvil en el bolso, ella decidió no contestar. Sobre todo porque su bolso estaba en el suelo del sótano y para buscarlo tendría que romper el contacto con Brett.

Por primera vez en mucho tiempo decidió que algunas cosas eran más importantes que contestar el teléfono.

Brett sonrió, cerró los dedos de la mano de Sienna uno a uno, cubriendo el lugar donde la había besado, y se la soltó despacio, como si fuera el objeto más frágil del mundo.

–Los cristaleros deben de estar preguntándose dónde nos hemos metido –sonrió Brett–. ¿Estás preparada para marcharte?

«Ni mucho menos». Había música. Oía música cuando lo miraba.

No, no era música. Era el sonido del teléfono móvil de Brett.

La voz de un tenor cantando en italiano.

–Es probable que sean ellos. Perdona –se puso en pie y contestó el teléfono–. Hola, Chris. Sí. Me alegro de hablar contigo, amigo. Sí, nosotros... Umm. Hemos encontrado lo que buscábamos. Lo que hay aquí es un tesoro.

Arqueó las cejas mirando a Sienna y ella se sonrojó.

–Manteles, servilletas y montones de fotos de la familia. Sienna está encantada. ¿Cómo vais con esa ventana?

Brett dejó de sonreír.

–Dime que estás bromeando.

Al oír sus palabras, Sienna pestañeó y agarró el brazo de Brett.

–No estás bromeando. Siento oír eso. Bueno, tengo una idea. No podemos permitir que una cosa tan mísera como una inundación impida que una niña celebre una fiesta de cumpleaños, ¿no crees? ¿Por qué no lo celebras en Trattoria Rossi? Te cambio una fiesta de cumpleaños completa, con globos y entretenimiento, por la sustitución de una ventana. Suponiendo que puedas realizar el trabajo a tiempo, por supuesto. ¿Qué te parece?

Sienna se percató de las implicaciones que tenía lo que estaba diciendo y, clavándole los dedos en el brazo, pronunció la palabra «no» en voz baja.

Él la ignoró.

–Trato hecho. El jueves a las cuatro. Estoy deseando verlo. Nos

veremos dentro de tres días. Ningún problema, amigo. Ningún problema.

CAPÍTULO 12

Punto 12: Y una bandeja de sueños bonitos

–¿ES SEGURO entrar ya?

–No. Todavía no –Sienna gesticuló con las manos para echarlo de nuevo–. Ve a hablar con los chicos que están cargando el remolque con la moqueta vieja y los muebles rotos.

–Ya te expliqué que Jess es la única hija que tiene Chris. Sólo se cumplen seis años una vez en la vida. ¡Eso es especial!

–Estás perdiendo el tiempo lanzándome esa mirada suplicante –dijo Sienna, mientras ponía un poco de cinta adhesiva en la parte trasera de un marco.

Levantó las tijeras y lo señaló con la punta antes de que él pudiera contestar.

–¿Cómo has podido hacerme esto? ¿Cómo has podido prometerle a una niña pequeña que celebraríamos su fiesta de cumpleaños aquí cuando ni siquiera tenemos un lugar para comer? Tres días, Brett. Dos para que se seque la pintura. ¡Hay tanto que hacer que me da vueltas la cabeza! –cortó la cinta con las tijeras y dejó la fotografía en-marcada a un lado–. Ahora soy parte de tu plan –añadió negando con la cabeza–. Tienes aspecto de modelo y una sonrisa que hace que las chicas se vuelvan locas, pero vas y lo estropeas todo al aceptar algo sin consultar conmigo.

Brett sonrió y apoyó los codos en la mesa, mirando a Sienna con cara inocente.

–¿Hago que te marees?

Sienna agarró la siguiente fotografía.

–Lo hiciste durante unos segundos antes de que te volvieras loco y empezaras a hacer promesas sin pensar –contestó ella, mientras enmarcaba la fotografía–. Ahora pienso que la causa de mi mareo es la falta de sueño y la falta de azúcar. Puede pasarle a cualquiera. Tengo suerte de que la sobrina de Henry se encargue de su restaurante de comida rápida mientras él está con mi tía tomando el sol en España. He pasado a saludarla al regresar de la tienda de suelos. Maria está mejorando, Henry está pensando en abrir un café en la playa de Benidorm, y creo que su sobrina ha sucumbido a tu encanto porque me ofreció patatas gratis si te digo que pases por allí… ¿Qué?

Brett estaba haciendo una mueca.

–¡Maria! –exclamó–. Sabía que me olvidaba de algo esta mañana. Tenía que llamar a Maria para contarle cómo iban las cosas. Conozco a esa mujer. Si siente que no tiene todo bajo control y... –de pronto golpeó la mesa con la palma de la mano–. ¡Es una idea brillante! –dijo, moviendo la cabeza.

–Eso es cierto, pero ¿qué me he perdido?

Brett se acercó a ella, la sujetó por los brazos y la besó en la mejilla.

–Eres una mujer bella e inteligente, y siento no haberte consultado antes de ofrecerle a Chris que utilice el restaurante. Soy un idiota. Maria Rossi es un genio. Tú eres una princesa. Te suplico que me des una segunda oportunidad. No volverá a pasar –le soltó los brazos.

–Ya has vuelto a hacer lo del mareo. Por favor, explícame qué pensamiento extraño ocupa tu cabeza.

–Simplemente me acabo de acordar de algo que me dijo Maria el otro día por teléfono. Decía que tú eras la típica Rossi. De tal palo, tal astilla. Te pareces mucho más a Maria de lo que crees. ¡También quieres tenerlo todo controlado! Eso es todo. Dame otra oportunidad. Tú sabes lo que quieres –le guiñó un ojo.

–¿De veras? ¿A lo mejor debería haberme tomado las patatas gratis? Eres el hombre que consigue que me maree con más facilidad. Está bien, te daré otra oportunidad. Una. Si lo haces una tercera vez, te pongo de patitas en la calle.

Él se rió.

–Gracias. De hecho, he venido para contarte que Chris vendrá mañana temprano con su equipo para empezar a montar el ventanal. Esos chicos necesitarán comida de verdad a cambio de todo el trabajo que he pensado que hagan, y las patatas fritas no están en el menú. No en nuestra cocina.

–¿Nuestra cocina? Umm. Mucho mejor. En ese caso, chef Cameron, debería advertirte de que en cualquier momento aparecerán dos tipos para poner el suelo de madera. En cuanto hayamos quitado esa apestosa moqueta.

–Ya me has traicionado. No sé cómo has podido convencer a los obreros para que vengan con tan poco tiempo.

Ella no pudo evitarlo y apretó los labios para no sonreír.

–Muy sencillo. Les dije que era para Maria. Me ofrecieron un gran descuento en un suelo de roble y acordaron venir a ponerlo hoy. Al parecer, las tablas encajan como un puzle. Muy

inteligentes. Nuestro comedor va a quedar precioso.

–¿Nuestro comedor? Me gusta cómo suena eso. Umm. Mucho mejor, señorita Rossi.

En ese momento, llamaron a la puerta y Sienna dijo sin dejar de mirarlo a los ojos:

–Los del suelo.

–Yo voy a lo del lavavajillas –contestó él con una sonrisa y le dio un beso en la mejilla–. Hasta luego.

Sienna miró en silencio el lugar donde él había estado. ¡Era imposible enfadarse con aquel hombre! ¿Cuándo había aprendido a ser así en los últimos doce años? ¡Y quién hablaba de testarudos!

Lo curioso era lo mucho que empezaba a gustarle.

CAPÍTULO 13

Punto 13: Y tres tartas de boda...

–UNA tarta de cumpleaños. Tiene que ser rosa, por supuesto. Jess está en la etapa en la que sólo le gusta el rosa. Incluso el estuche y la mochila del colegio tienen que ser de color rosa. Al parecer, está volviendo loca a la niñera.

–Helado rosa. Gelatina rosa. Tarta rosa. ¿Tenemos velas de color rosa?

–Por supuesto. Ya le he dicho a Chris que lo de la pizza rosa está descartado. Es posible, pero no se la comería nadie. Demasiado colorante alimentario.

Sienna dejó de anotar cosas en la libreta y se estremeció.

–Agh. Su madre se va a enfadar. ¿Te imaginas a ocho niñas con un subidón de azúcar y colorantes artificiales? ¿Quieres hablar con ella primero acerca de los ingredientes?

–¿Con su madre? Ah. Por supuesto. No sabes nada de Lili –susurró Brett.

Se inclinó dentro del lavavajillas y continuó limpiándolo.

–¿Lili? ¿Ésa es la madre de Jessica?

–Lo era. Lili murió de cáncer cuando Jess tenía cuatro años. Chris lleva solo desde entonces.

Sienna dejó el bolígrafo y el bloc de notas.

–Oh, qué lástima. Es terrible. ¿La conocías bien?

Se hizo una pausa y Sienna se fijó en el trasero de Brett mientras se movía junto al lavavajillas. Los múltiples años de celibato que había pasado a propósito no servían de nada. Estaba sucio y mojado tras haber cambiado los lavavajillas en una tarde de invierno, pero seguía siendo el hombre más atractivo que había visto en mucho tiempo.

Y había trabajado más que cualquier cocinero jefe que había trabajado con ella. Incluyendo a su padre. Angelo no había fregado nada en su vida. Siempre había tenido a alguien que lo hiciera por él. Brett no. Ella lo admiraba por ello.

Brett se puso en pie con una sonrisa. Movió los hombros para liberar la tensión de su cuerpo y, al hacerlo, se le levantó la camiseta dejando al descubierto parte de su vientre.

Sienna tragó saliva al sentir un nudo en la garganta.

–Lo siento... ¿Me habías hecho una pregunta? Justo cuando se

atascó la bandeja.

–Me preguntaba cómo conociste a Chris y a su familia –contestó ella, percibiendo su aroma masculino–. Es pura curiosidad. Puedes decirme que me meta en mis asuntos, si quieres.

Brett se acercó hacia ella y se secó las manos antes de sentarse en un taburete con una botella de agua.

–En absoluto. Pero primero tengo una pregunta para ti. ¿Tienes una amiga del alma? ¿Alguien con quien puedas hablar a cualquier hora, del día o de la noche, sobre cualquier cosa?

–Sí –contestó Sienna–. Carla es la encargada de la recepción en Greystone Manor. Nos conocimos el primer día de universidad. ¡Es todo un personaje! ¿Por qué
lo preguntas?

Brett asintió y se bebió el agua.

–Hace diez años llegué a París con el nombre de un restaurante que no había visto en mi vida apuntado en un papel. Sólo sabía cuatro palabras de francés, y no tenía ninguna habilidad social. Pero tenía fuego en las venas y estaba preparado para aguantar todas las novata-das de los franceses. Sólo había otro chico inglés. Chris. Huy, perdona. El honorable Christopher Donald Hampton Fraser.

Brett se puso en pie de nuevo y se inclinó hacia el lavavajillas.

–Chris acababa de salir de una escuela de negocios famosa, tenía varios títulos, y enseguida lo llamaron de la cadena de hoteles que también poseía el restaurante. Algún bromista del hotel decidió que sería divertido meter al esclavo desaliñado en el mismo apartamento con el chico elegante que hablaba francés perfectamente.

Brett sonrió y se llevó dos dedos a la frente a modo de saludo.

–Fueron los mejores años de nuestras vidas. Nunca en mi vida trabajé tanto, ni me lo pasé tan bien.

Sienna lo miró y sonrió.

–¿Así que no os matasteis entre vosotros?

–Oh, me hubiera gustado. Sobre todo cuando él tiró toda mi ropa y me cortó la coleta mientras dormía.

–¡No! –exclamó ella boquiabierta.

–¡Un Cameron y un Fraser en la misma habitación! ¡Ambos nacidos en Escocia! Un problema asegurado. Chris me agarró en mi primera noche libre, cuando yo sólo quería dormir, y me obligó a compartir varias botellas de buen vino. Horas más tarde decidimos

que yo era un desastre, joven, ignorante y desaliñado y él otro desastre, mayor, más sabio y rico, y que juntos conquistaríamos el mundo.

Brett alzó la botella de agua para brindar.

–¡Ten cuidado, mundo! ¡Allá vamos!

Ambos se rieron al mismo tiempo.

–Y ¿qué pasó después de que prometierais dominar el mundo? ¿Teníais un plan maestro?

–Oh, sí. Yo iba a convertirme en un cocinero famoso y carismático que atraería a los clientes y Chris llevaría la parte económica del negocio. Era brillante. Excepto por un pequeño detalle.

Ella lo miró para que continuara.

–Yo no era carismático. Era tímido, distante y estaba enfadado con el mundo. Además tenía cero confianza en mí mismo y en mi talento. Y tenía dislexia. Al margen de todos esos problemas, ¡no podíamos perder!

–¿Qué cambió? ¿Cómo lo hiciste? Me refiero a lo de Cocinero con Falda Escocesa. Perdona, pero eso no parece fácil para una persona insegura.

–¿Lo viste? ¿No te he mencionado que Chris también es mi mánager y publicista? Es el único hombre del mundo que podría convencerme para hacer el tartán del clan de los Cameron.

–Mánager... Publicista... –Sienna asintió–. Ajá. Creo que está demostrado que tengo razón. El Estupendo del Mes fue un personaje muy famoso en Greystone Manor.

Brett se aclaró la garganta.

–¿Así es como me llamaban?

Ella asintió despacio y sonrió al ver a Brett avergonzado.

–Eres mucho más valiente que yo. Debería pedirle a Chris que me dé algunas pistas sobre cómo hacer amigos e influenciar a la gente.

–Es fácil. De la misma manera que yo lo convencí para que invirtiera sus ahorros en una empresa conjunta. Concretamente, ese restaurante especial con el que soñábamos en París hace años. Y ese sueño se abrirá dentro de unas semanas. Una cosa es segura. Cuando me cansé de trabajar como cocinero jefe para otras personas, Chris no fue la primera persona a la que llamé. Él fue la única persona a quien llamé.

–Confianza. Eso es lo que tenéis.

–Confianza mutua –admitió él guiñando un ojo–. He vendido todo lo que tenía en Adelaide para invertirlo en el restaurante. Él es un padre viudo que está apostando todo por el nuevo local. Ambos corremos un riesgo importante.

–Pero todavía no has contestado a mi pregunta. ¿Cómo pasaste de ser un esclavo de cocina en París a ser el Estupendo del Mes que está a punto de abrir su propio restaurante?

Brett puso los codos sobre las rodillas y apoyó la barbilla en las manos. Durante un instante, Sienna vio al chico adolescente y vulnerable que ella recordaba y notó que le daba un vuelco el corazón.

–Yo estaba en París y era soltero. Me dedicaba a lo que más me gustaba en la vida. No salía. Trabajaba en turnos de veinticuatro horas. Era una locura, pero era lo único que sabía hacer. Chris fue el que me introdujo en la maravillosa ciudad y en el mundo de fuera de la cocina. Un mundo que yo desconocía. Él hizo que hablara con gente. ¡Que hablara con chicas!

Brett puso una mueca de terror y se estremeció, lo que hizo que ambos sonrieran.

–Yo descubrí quién era en París, y al final di el último paso y le pedí salir a una chica –sonrió y escogió una fresa del cuenco que había sobre la encimera–. Lili era una parisina total. Inteligente, elegante, y tan bella que, al verla, se te cortaba la respiración. El tipo de chica que otras mujeres envidian y que todos los hombres quieren llevar agarradas del brazo.

Sienna lo observó mientras Brett sujetaba la fresa por el rabo y le daba un bocado. El aroma del fruto maduro invadió su olfato.

Pero ella permaneció en silencio.

Aquella historia era de Brett, y él se comió otro trozo de fresa antes de continuar.

–Había esperado dieciocho meses para preguntarle si le apetecía salir a tomar una copa con Chris y su novia. Yo soñaba con que dijera que sí. Pero aun así me sorprendí cuando ella aceptó. Durante unas horas yo fui el hombre más feliz de París. Hasta el momento en que Lili se fijó en mi amigo Chris. Amor a primera vista para ambos. El pobre no sabía lo que le había pasado.

Brett se metió el resto de la fresa en la boca y tiro del rabo.

–Cuatro meses más tarde, yo fui el padrino de Chris cuando se casó con Lili. Tuve que hacer tres tartas de boda. Tres. Cinco capas de bizcocho ligero con orquídeas de chocolate para el contingente

británico. Una torre de profiteroles rellenos de chantillí servidos con salsa de chocolate caliente para su familia francesa y los niños. Y por supuesto, una gelatina de champán rosado baja en calorías para las modelos que...

Brett no pudo terminar la frase porque Sienna no podía soportar el dolor que había en su voz, así que se acercó a él y lo besó en los labios.

Ella percibió el sabor salado de su sudor y el dulce zumo de la fresa mezclado con el calor de su boca y, durante un instante, ella se quedó de piedra. Entonces, él la besó de forma apasionada, borrando cualquier pensamiento coherente que pudiera haber aparecido en su cabeza.

Con los ojos cerrados, ella se dejó llevar por la agradable sensación de estar entre sus brazos. Brett se retiró un poco y la besó en la frente. Después le acarició la nuca y ella se estremeció.

–¿Qué he hecho yo para merecer eso? –preguntó él en un susurro.

–¿Tiene que haber un motivo? –preguntó ella contra su pecho.

Él deslizó la mano por su espalda y le sujetó la barbilla para poder mirarla a los ojos.

Su mirada provocó que a Sienna se le llenaran los ojos de lágrimas. Intensidad. Confusión. Dolor. Todo estaba allí reflejado.

–No tengas lástima. Lili eligió un hombre mejor.

«No digas eso. Nunca digas eso. No mereces sentirte de esa manera».

Ella le acarició el mentón, sin querer mirarlo a los ojos porque sabía que se perdería en su mirada.

Pasara lo que pasara entre ellos, lo último que quería era que Brett pensara que ella lo había besado por lástima.

Era cierto que sentía pena por él.

Brett había estado enamorado de Lili. Y ella se había casado con su mejor amigo.

Él había perdido a la mujer que amaba. No una vez, sino dos.

Primero por su mejor amigo, y después por la enfermedad. Pero lo que sentía ella por él era mucho más complicado que eso, y ambos se merecían algo mejor.

Si Brett creía que era peor hombre que Chris, quizá ella pudiera hacer algo para que cambiara.

–¿Qué tal si nos entendemos? Siento lo de tu pérdida. Y... –continuó con una sonrisa–, ¡la pequeña Jess tendrá el mejor

cumpleaños de su vida!

–De acuerdo… –esbozó una sonrisa–. De acuerdo… –dijo tratando de recuperar el control de su voz.

Él retiró la mano de la cintura de Sienna y le frotó los brazos.

Ella le dedicó una amplia sonrisa y le dio un par de palmaditas contra el pecho antes de salir de entre sus brazos y agarrar su libreta.

–Globos rosas. Pongamos treinta. Una niña nunca tiene suficientes globos, además cada uno de los invitados podrá llevarse uno a casa.

–¡Por supuesto! Entretanto voy a darme una ducha. Y después, ¿qué te parece si hacemos una visita a la pizzería? ¡A comprobar cómo está la competencia. Sobre todo porque tú todavía tienes que practicar a cantar mientras haces pizzas.

–Tienes razón. Excepto que no sé cocinar ni cantar. Aparte de esos pequeños detalles, ¡estoy hambrienta! Después tenemos que ponernos a trabajar en serio para preparar la sala para una princesita de verdad.

El aroma a fresa permaneció en la habitación cuando Brett se marchó. Y a Sienna le costaba creer que él hubiera puesto su mundo patas arriba.

Había llegado el momento de ponerse en marcha.

La hija de Lili celebraría su cumpleaños en una sala estupenda, aunque ella tuviera que trabajar toda la noche para terminar de pintar.

Pero tenía la sensación de que lo haría más por Brett que por la pequeña cuya madre le había roto el corazón.

Brett era mejor hombre de lo que él creía. Y ella iba a demostrarle lo especial que era. ¡Aunque tuviera que besarlo otra vez para demostrárselo!

CAPÍTULO 14

Punto 14: Ocho pizzas de arco iris...

BRETT se detuvo en mitad del comedor, se metió las manos en los bolsillos y silbó con fuerza.

Era la primera vez que veía la habitación redecorada. Y se le había cortado la respiración.

Sienna había elegido un suelo de roble natural que quedaba estupendamente con las paredes pintadas de color crema. Los manteles, las servilletas, las cortinas y las pantallas de las lámparas era de color verde bosque o de rosa pastel.

A pesar de que era una tarde de febrero, la luz entraba por el ventanal, aumentando la sensación de espacio.

En conjunto, la impresión que daba era el de un lugar moderno y limpio, cómodo y acogedor.

Ya no era el restaurante de Maria Rossi. Era el restaurante de Sienna Rossi.

Su estilo personal estaba impregnado por todas partes. Las fotos familiares estaban enmarcadas a juego con la madera del suelo y Sienna las había colocado en grupos de cuatro y las había colgado en la pared del fondo, de forma que era lo primero que se veía cuando se entraba desde la calle.

En la parte central de la pared habían pintado el nombre ***Trattoria Rossi*** en color verde, con la misma letra que habían utilizado para grabarlo en el cristal de la ventana.

Además, el brillo de la cristalería y la cubertería sencilla pero elegante, hacía que el lugar pareciera el restaurante informal con que él había soñado toda su vida.

Nunca le había contado a Sienna cuál era su sueño y, sin embargo, aquella mujer había creado el tipo de comedor del que Brett le había hablado a Chris desde que estuvieron en París.

Ya existían demasiados restaurantes para gente elegante que comía en silencio platos excesivamente elaborados y donde los niños no eran bienvenidos.

Él había trabajado en hoteles y restaurantes de todo el mundo especializados en ofrecer experiencias exclusivas a los pocos privilegiados que podían permitirse el coste de un lujo así.

Eran lugares maravillosos. Y a él le había encantado trabajar para esos maestros. Pero no era lo que él quería para su propio

restaurante. Ni mucho menos.

Su sueño era servir una deliciosa comida cocinada con amor en un lugar informal pero acogedor como el que había sido el restaurante de la familia Rossi durante años. Un lugar donde la gente pudiera hablar, reír e incluso bailar, si así lo deseaba. Donde los niños fueran bienvenidos y toda la familia pudiera compartir una comida estupenda en la misma mesa.

Por eso, Chris había buscado por todo Londres para encontrar el local perfecto donde tuvieran espacio suficiente.

Lo irónico era que lo había encontrado en el mismo lugar donde había comenzado su carrera años atrás.

De pronto oyó pasos acercándose.

Sienna apareció a su lado y él percibió su nerviosismo. La gran Sienna Rossi temía que a él no le gustara el lugar en el que había invertido tanto esfuerzo. Sin pensarlo, Brett le agarró la mano y se la apretó con fuerza. Durante un momento, ambos permanecieron en silencio observando el lugar.

Olía a pintura fresca y a barniz, pero era un lugar mágico.

–Anoche sólo me dio tiempo a darle una capa de pintura, pero ya está seca. Bastará para la fiesta de Jessica, y después terminaré durante el fin de semana.

–No tienes que cambiar nada. Todo está perfecto.

–¿De veras?

–De veras. Es todo lo que yo habría deseado. Y más. Maria va a estar encantada.

Él alzó la barbilla y se fijó en la barra de bronce que sujetaba la cortina del restaurante.

–Me encanta –«me encantas», pensó él.

Durante un instante dejaron de ser Brett Cameron y Sienna Rossi, con todo el bagaje que llevaban aquellos nombres, para convertirse en dos personas que querían estar juntas y que habían trabajado toda la vida para poder estar en aquel momento en aquella habitación.

Brett no se lo habría perdido por nada del mundo. La miró de reojo y sintió un nudo en el estómago. Ella era cabezota, difícil, y absolutamente preciosa.

Él se hallaba a punto de decirle lo guapa que estaba esa mañana cuando oyeron gran actividad en el salón y Sienna le soltó la mano de golpe.

–¿Alguien ha encargado globos de color rosa? –preguntó Chris,

sujetando un montón de globos. Brett se separó de Sienna rápidamente, como si fuera un adolescente al que hubieran pillado in fraganti, y se volvió a tiempo de ver como Sienna rodeaba el cuello de Chris con los brazos y le daba un beso en la mejilla.

–Chris, eres un genio. Gracias, gracias, gracias. Has hecho un trabajo estupendo. ¡La ventana es fantástica!

Teniendo en cuenta que sólo había visto a Chris una vez, aquello era un poco exagerado.

–¡Eh! Estoy aquí –intervino Brett–. Y creo recordar que fui yo el que alimentó y dio de beber a seis obreros durante gran parte del día. ¿No me toca un abrazo?

–Da una lástima cuando suplica… –dijo ella, de espaldas a Brett–. ¿Vas a traer a Jess más tarde? Estoy deseando conocerla.

–Mi socio, el esclavista, necesita que trabaje en su restaurante, pero llegaré a tiempo de la tarta y para recogerla –miró a Brett y le guiñó un ojo–. Algo me dice que mi pequeña va a pasarlo de maravilla con vosotros dos.

–¿A alguien le gusta la pizza?

Todas las niñas que había en la habitación levantaron la mano. También las niñeras y Sienna.

–Estupendo. Entonces, en ese caso, hoy haremos… ¡pizza!

Sienna sonrió cuando la habitación se llenó de aplausos.

–Pero no haremos una pizza cualquiera, haremos una pizza de arco iris especialmente para Jessica. Y cada persona elegirá su propio arco iris para comérselo.

–¡Pizza! –exclamó Jess, y agitó la varita mágica emocionada.

–¿Dónde he puesto los platos para pizza? ¿Alguien ha visto unos platos grandes para pizza? No podemos hacer pizza sin platos de pizza.

Las niñas empezaron a reírse y Brett se puso las manos en las caderas y señaló a Sienna, quien disimuló mirando al techo y silbando mientras escondía un montón de platos de metal detrás de la espalda.

–Ahí están. ¡Sienna los está escondiendo! ¿A que sí, Sienna?

Brett movió las cejas y la miró sonriendo.

Él tenía derecho a sentirse triunfador. Ningún otro hombre del mundo habría podido convencerla de que se pusiera uno de los vestidos rosas de la tía Maria con una cinta en la cintura y un lazo enorme a un lado.

Sobre todo porque Maria era más bajita que Sienna y, por tanto, el vestido le quedaba más corto de lo que ella estaba acostumbrada. Mucho más corto.

No era de extrañar que él estuviera disfrutando de la vista.

–Ahora, mete los dedos aquí. Eso es. Estíralo con forma redonda. Empuja de las esquinas, así... ¿Ves lo que estoy haciendo?

La niña lo observó.

–Katie, cariño, te está quedando cuadrada. Estíralo. Así. Muy bien. Espera. ¿Qué es esa música? ¿Oís esa música? ¿Qué dice que hagamos? ¡Mambo!

Todas las niñas empezaron a gritar al unísono y a moverse de un lado a otro. Sienna no pudo resistirse y se unió al coro. Brett la miró y sonrió.

–¡Sabía que tenías buena voz! Vamos a cantar como Sienna. Eso es, Jess, mambo.

Las niñas lo imitaron.

–Ahora tenemos que hacer el baile. ¿Estáis preparadas? ¡Vamos a girar la pizza al ritmo de la música!

Brett movió el trasero de un lado a otro e hizo un pequeño baile mientras giraba la masa. Después, miró la mesa y comentó:

–¡Mirad esas fantásticas pizzas! Un baile más y ya sólo faltarán las palabras mágicas.

Se sacudió la harina de las manos y fue de niña en niña susurrándoles unas palabras al oído.

–¿Cómo funciona la magia, tío Brett?

Él dio un paso atrás y miró a Jess.

–¿Quieres decir que nunca lo has visto?

Ella negó con la cabeza y miró a sus amigas. Las otras niñas se encogieron de hombros.

–Eso es terrible. ¿Hay alguien más que quiera ver la magia?

Todas asintieron.

–De acuerdo. Allá vamos. Primero tenemos que prepararnos y soltar los dedos.

Brett estiró las manos y movió los dedos con rapidez, salpicando harina por todas partes. Las ocho niñas hicieron lo mismo.

–Eso está mucho mejor. Necesitaréis ambas manos para este trabajo. ¿Estáis preparadas? Puedo sentir la magia. ¡Aquí viene!

Antes de que pudieran contestar, Brett lanzó su masa al aire y

la giró pasándosela de una mano a otra.

Sienna observó como las niñas lo miraban boquiabiertas.

–¡Hala! Qué bien. Hazlo otra vez, Brett. Hazlo otra vez –dijeron cuando dejó la masa de nuevo sobre la tabla.

–Sí, hazlo otra vez, Brett –dijo Sienna.

–Por esta chica guapa, ¡cualquier cosa! –sonrió él–. ¿Lo ves?, alguna ventaja tenía que tener empezar como cocinero en una pizzería para llevar. Antes de cumplir los dieciséis años podía hacer sesenta pizzas en una noche.

Brett lanzó la masa al aire varias veces antes de dejarla otra vez sobre la mesa.

–¡Hazlo otra vez! –gritaron las niñas.

Sienna lo miró y asintió, y Brett captó el mensaje.

–Por supuesto, ir a la universidad es mucho mejor. Pero siempre podéis hacer esto los fines de semana. ¿Qué os parece? ¿Estáis preparadas para hacer pizzas giratorias mágicas?

–¡Sí!

Mientras las niñas lanzaban las pizzas al aire, Brett se agachó para tomar a Jess en brazos y bailar con ella al ritmo de la música. Entre risas, la pequeña le rodeó el cuello con los brazos y lo besó en la mejilla.

Sienna sintió que se le partía el corazón.

Jess era todo lo que Brett tenía de la mujer que había amado en París. Era una niña delicada, feliz y poco mimada. Su madre debía de haber sido una mujer estupenda.

Lo único que ella podía hacer era observar como bailaban juntos.

Si había un hombre que deseara tener su propia familia, ella lo tenía delante.

¡Era tan especial…! Ella sabía que podía ser cariñoso y compasivo. La idea de que estuviera solo en la vida hizo que a Sienna se le llenaran los ojos de lágrimas.

¿Era posible que Brett volviera a abrir su generoso corazón y corriera el riesgo de enamorarse otra vez? ¿De ella?

Se estaba enamorando de Brett Cameron otra vez, y no había nada que pudiera hacer excepto huir antes de que ambos se partieran el corazón.

Tenía que regresar a Greystone Manor. Un lugar seguro donde sólo tenía que enfrentarse a los clientes, y no a un hombre rubio y atractivo que adoraba a los niños y que sería un padre maravilloso.

CAPÍTULO 15

Punto 15: Y dos copas de vino tinto

TRES horas más tarde el comedor estaba en silencio. La fiesta había terminado y el equipo de limpieza había entrado en acción.

Sienna se puso de puntillas y se estiró para intentar retirar una pizca de masa de pizza que se había quedado pegada en el techo del comedor.

–Nadie imaginaba que las niñas de seis años pudieran tener tanta fuerza en la muñeca. Que el mundo se prepare. Me pregunto si yo era tan precoz a esa edad.

Brett se rió y se limpió las manos en el paño de cocina que llevaba en la cintura, antes de abrir la botella de vino que Chris les había regalado cuando fue a recoger a las niñas.

–Jess es un encanto. Ya entiendo cómo consigue que todos los hombres de su alrededor hagan lo que ella quiere. Sobre todo su tío Brett. Es una pequeña diva. No me cabe duda –Sienna se estiró un poco más, pero no llegó a la mancha de harina.

–Deja que lo haga yo.

Brett se puso detrás de Sienna, presionando su cuerpo contra el de ella y con una esponja mojada trató de limpiar la mancha. Después encontró otra, y otra...

Cualquier excusa era buena para mantener sus cuerpos en contacto durante más tiempo.

Sienna se volvió y lo miró.

–Gracias, pero creo que hemos terminado por hoy.

Él se rió y se separó de ella para sentarse a una de las mesas del comedor.

–Estoy de acuerdo. ¿Estás preparada para la cena? Tengo una bandeja de ***antipasti*** de la tienda de delicatessen de Frank, y un vino Sangiovese de esa bodega que está cerca de Pisa que tanto le gusta a Chris. ¡También queda tarta de cumpleaños por si necesitas azúcar!

Sienna se quejó y se llevó la mano al estómago antes de guardar los productos de limpieza y desatarse el delantal.

–Gracias, pero prefiero los ***antipasti.*** Fui yo la que tuvo que compartir la tarta. Es vergonzoso no ser capaz de comer la misma cantidad de tarta que una niña de seis años.

Brett sirvió un poco de vino en dos copas.

–Bueno, espero que este vino te sirva de agradecimiento. A Chris le encantaría añadirlo a la lista de vino de nuestro nuevo restaurante. Tú eres la experta. Me gustaría saber tu opinión.

–La modestia hace que no alardee de ello, pero me encanta combinar el vino con la comida.

Brett observó a Sienna mientras movía la copa de vino y olía el líquido antes de probarlo.

Después, ella eligió un canapé de jamón y se lo metió en la boca.

–Queda muy bien con el jamón. De hecho, diría que queda estupendamente –levantó la copa para que se la volviera a llenar.

–Bueno, hoy me has sorprendido, Sienna Rossi.

–¿Yo?

–¡Has estado brillante! ¡En serio! Siempre supe que las encargadas podían hacer muchas más cosas aparte de atender a los clientes, pero hacer un espectáculo de títeres fue una gran idea.

–¡Oh, es sorprendente lo que se puede hacer con unas servilletas de papel y un rotulador! Deberías probar alguna vez, sobre todo si piensas abrir un restaurante familiar.

–¡Así es! Además, sabes cantar. Y durante un rato estuviste haciendo pizzas con las niñas. Así que dime qué más no sabes hacer.

–¿Qué quieres decir?

–Bueno, me dijiste que no sabías cantar ni cocinar. Esperaba que me dijeras que nunca saldrías con un pizzero.

Sienna dejó el vaso y se inclinó hacia delante antes de decir:

–Nunca saldré con un cocinero. Pizzero o lo que sea.

Brett la miró a los ojos al sentir emoción en su voz.

–¿Deduzco que ya lo has hecho y que sufriste?

–Así es.

Brett abrió la boca para decir algo y negó con la cabeza.

–¿No será con André Michon, de Greystone Manor? Es estupendo, y no te culparía por ello, pero...

Sienna se rió.

–No. Lo adoro, igual que lo adora su encantadora esposa. No. No fue con André. Me sorprende que Maria no te mantuviera al día de mis amores pasados –al ver que él la miraba confuso, añadió–: Es evidente que no. Lo cierto es que estuve comprometida con un cocinero hace unos años y que terminamos mal. Ése es otro motivo por el que me mantengo alejada de las cocinas y por el que nunca

saldré con un pizzero –levantó la copa hacia Brett con una sonrisa.

–Debía de ser alguien interesante. ¿Lo conozco?

–Puede ser. No es un secreto, y alguien terminará contándotelo. ¿Te suena el nombre de Angelo Peruzi?

–¿Estuviste comprometida con Angelo Peruzi?

–Y él conmigo. Sólo que al parecer lo olvidó cuando se mudó a Los Ángeles.

Brett suspiró y levantó la copa hacia ella.

–Peruzi. Lo conocí en una ceremonia de premios en Milán. Estás llena de sorpresas. Él es un hombre afortunado. Siento que no funcionara.

Sienna se metió una aceituna rellena en la boca y un poco de pan.

–Yo también. Y sí, era afortunado. Se marchó hace mucho ¿O he de decir se había marchado? Por cierto, el vino queda muy bien con el pan, pero horrible con las aceitunas. Lo siento.

Brett tomó un trago de vino e hizo una mueca.

–Otra vez tienes razón. El vino se queda. Las aceitunas no. Y estás cambiando de tema. ¿Quieres decir que Peruzi ha regresado a Londres? No he oído nada al respecto.

–Entonces te contaré los cotilleos más calientes de la prensa. Ya sabes que André Michon se jubila a final de mes, así que el próximo marzo Angelo Peruzi será el nuevo cocinero jefe de Greystone Manor. ¡Va a regresar! Ayer lo anunciaron oficialmente, así que tengo unos días de gracia antes de que mis amigas empiecen a llamar para saber qué está pasando.

Brett apretó los labios.

–¿Y cómo te sientes respecto a trabajar con él otra vez? ¿No será un poco extraño? ¿O crees que volveréis a salir juntos?

–¿Con Angelo? No. Nunca –contestó Sienna–. Y extraño es poco decir. Lo cierto es que no tengo muchas opciones. Tengo que regresar a Greystone Manor.

Ella miró a su alrededor antes de volverse hacia él con una sonrisa.

–Esto ha sido divertido, y quiero ayudar a Maria en todo lo posible, pero tengo responsabilidades. La gente confía en mí. He trabajado mucho para ascender al puesto de gerente del restaurante. No puedo permitirme perder la oportunidad.

Brett le agarró la mano y se la acarició con delicadeza.

–Enhorabuena por tu ascenso. Pero siempre hay otras opciones.

Otros trabajos –la miró–. Tengo una idea. ¿Por qué no vienes a trabajar conmigo? No tengo encargada ni sumiller. La familia Rossi podría venir siempre que quisiera. Hay espacio suficiente. ¡Sería maravilloso!

Él la miró con una sonrisa arrolladora y ella estuvo tentada a aceptar. Muy, muy tentada. Pero no cambiaría nada. Se pasaría el resto de su vida esperando a que la decepcionaran.

Retiró la mano y esbozó una sonrisa.

–Gracias por la oferta. En serio. Pero no funcionaría. ¿Por qué he de huir por el hecho de que mi ex novio haya regresado a la ciudad? No, Brett. Puedo hacer mi trabajo. Ya perdí mi casa y mi carrera por Angelo una vez. No volveré a perderlas. Sé que no será fácil, pero puedo hacerlo. No permitiré que ningún hombre me organice la vida.

Sienna se volvió y miró por la ventana. Enderezó la espalda, consciente de que había hablado más sobre su vida personal en las últimas horas que en el año anterior. Era la primera vez que lo contaba en voz alta.

Pero más la asustaba el hecho de que Brett Cameron estuviera sentado frente a ella. Observándola.

–¿Te importa que cambiemos de tema? Eso será el reto de la próxima semana. ¡Ahora sólo quiero pensar en el Día de San Valentín! Aquí tienes una pregunta. ¿Cómo fue que el joven Brett Cameron conoció a mi tía Maria? Me interesa mucho más oír esa historia.

Brett soltó una carcajada.

–¿Quieres decir que no te lo ha contado nunca?

Sienna negó con la cabeza.

–¡Me comí toda su comida! Cuando yo tenía diecinueve años, Maria vino a mi escuela de cocina para hacer una demostración sobre la levadura y la masa de pizza. Diferentes formas y tamaños en las que se puede servir. Ese tipo de cosas. Yo estaba castigado por pelearme y tenía que limpiar todo después de la clase de cocina.

–Espera. ¿Te habías peleado? Me cuesta creerlo.

–Oh, créetelo –contestó–. Sólo llevaba allí dos meses y los compañeros de clase se turnaban para insultar al chico nuevo que ni siquiera podía leer o escribir. No te los voy a repetir. Usa tu imaginación. Créeme, no es divertido cuando no se puede leer. Yo estaba enfadado. Enfadado con mi madre porque se hubiera

mudado otra vez. Quizá si nos hubiésemos quedado en un sitio, alguien se hubiera dado cuenta de mi problema y podría haber hecho algo al respecto, en lugar de llegar a la conclusión de que era estúpido, o perezoso y destinado a seguir a mi madre.

–Debió de ser muy difícil. Lo siento.

–Más frustrante que difícil. Yo estaba enfadado conmigo mismo porque no podía averiguar qué era lo que me pasaba para no poder hacer lo que los demás encontraban tan fácil. Enfadado con los profesores porque estaban demasiado estresados como para preguntarse por qué. Entonces, un día un chico se pasó de la raya y yo salté.

Sienna lo agarró de la mano y él sonrió.

–Lo que Maria no sabía era que yo había estado trabajando por las noches en una pizzería, así que cuando todo el mundo se fue, yo saqué la masa sobrante y los ingredientes y empecé a cocinar. Media hora más tarde tenía una ***foccacia*** bastante decente sobre la mesa y un par de mini pizzas. Mi plan era llevármelas a casa para cenar, pero tenía tanta hambre que empecé a comérmelas. En ese momento, apareció Maria.

–Oh, no. ¿Y qué dijo?

–Muchas cosas. Yo comía. Ella hacía preguntas. No tardó mucho tiempo en darse cuenta de que yo había memorizado las recetas y de que tenía talento. Me ofreció un trabajo como esclavo de cocina, seis noches a la semana y todos los fines de semana. Aquí.

Hizo una pausa y miró a su alrededor.

–¿Te has fijado alguna vez en que en la cocina de tu tía no hay ningún libro de recetas? Ni uno. Hay alguno en la casa, pero son de muestra. Maria reconoció que compartíamos algo más que talento y amor por la buena comida. Sabía que ella tenía dislexia y se le habían ocurrido otras maneras de copiar. Reconoció los síntomas en mí, y pensó que había muchas probabilidades de que yo también la tuviera.

–Vaya. Mi padre me contó hace unos años que ella era disléxica, pero yo no le di mucha importancia. Ella es mi tía y eso es lo único que importa.

Brett le acarició la mano despacio.

–Ella también es una mujer muy cabezota. Tardó tres meses en convencerme de que me hiciera unas pruebas especiales. Yo no quería que me hicieran más estudios. Más pruebas y exámenes que

no haría bien porque no podía leer. Estaba harto de que me encasillaran como fracaso académico y de que dijeran que era un vago y que tenía que esforzarme más. Vaya broma. Para mí era una manera más de que el sistema me colgara la palabra «perdedor» alrededor del cuello. Al final fue lo mejor que podía haberme pasado. ¿Sabes que nunca había oído la palabra «dislexia» hasta que el evaluador me contó sobre qué eran las pruebas? Eran diferentes a otras. Dibujos. Formas. Y lógica. No sólo palabras y frases.

Brett agarró la copa de vino y bebió un largo trago antes de continuar.

–Recuerdo que estaba sentado con Maria en la sala de espera cuando el evaluador salió para decir que mi puntuación era una de las más altas que había visto nunca. Era inteligente y estaba dotado para las cosas visuales. Era creativo. Y tenía dislexia. No era un caso grave comparado con otras personas, pero sí suficiente como para marcar la diferencia en aquellas partes de la vida donde estaban implicadas las letras. Por supuesto, lo primero que pensé fue que a partir de entonces empezarían a llamarme discapacitado mental. Pero Maria hizo que escuchara cómo podrían ayudarme para facilitarme las cosas en la universidad. Cosas como leerme las recetas antes de entrar en clase. Emplear vídeos y grabar las clases. De pronto, descubrí que tenía una oportunidad –se rió–. Siguió siendo difícil. Sobre todo en los exámenes. Pero Chris me ayudó en París. Y tengo mejor memoria que la mayoría de la gente. El resto es agua pasada. Así que ya lo sabes. Así es como descubrí que tenía dislexia –se apoyó en el respaldo de la silla–. Pero mirando la parte positiva, mi falta de habilidad con las palabras quizá impidiera que estudiara, pero para mí siempre fue natural cocinar y crear, y con una educación tradicional me habría perdido todo eso.

Brett levantó la copa y sonrió.

–¿Puedo pedirte que brindemos por la encantadora Maria? La que me enseñó que a veces es mejor ser cabezota aunque el resto del mundo opine que eres un caso perdido.

–No. Voy a brindar por vosotros dos. Deberías estar orgulloso de lo que has conseguido. Gracias por ser tan sincero. Significa mucho para mí.

–De nada. ¡Por Maria!

–¡Por Maria y Brett! Dos de las personas más estupendas que he conocido nunca.

Sienna no pensaba decir eso. Y por la cara de sorpresa de Brett, él tampoco esperaba oírlo.

–Gracias. Tú tampoco eres nada mala.

Brett se puso en pie y se acercó a la encimera a por un trozo de tarta de cumpleaños.

–Y por cierto, si soy tan estupendo, a lo mejor puedo convencerte para que cambies de opinión sobre la oferta que te he hecho antes.

–¿Sobre la tarta de cumpleaños?

–Si quieres. ¿O para que trabajes para mí? Tú eliges. Vamos –se inclinó hacia delante y le mostró la tarta–. Chris y Jess te han caído bien. Ven a trabajar conmigo en lugar de en Greystone Manor. No te arrepentirás.

Sienna dejó la copa con cuidado y se puso en pie.

–Gracias, pero no. A lo de la tarta y a lo de tu oferta de trabajo.

Sienna permaneció en silencio y observó como uno de los pocos hombres con los que había compartido tantas cosas, se metía las manos en los bolsillos y se encogía de hombros decepcionado.

Era tan tierno y comprensivo…

Ella deseaba correr hacia él y abrazarlo. Decirle que le encantaría pasar tiempo con él en aquel lugar.

Pero eso significaría confiar en él y arriesgar su felicidad. Aunque fueran unos días. Hasta que cada uno eligiera un camino distinto. Y no podía hacerlo. A ninguno de ellos.

Porque ella no podría volver a confiar en una pareja que además fuera su socio de trabajo. Sabía que el amor exigía confianza absoluta. Y en los negocios, esa misma confianza podía ser destructiva si las cosas iban mal.

Allí no tenía futuro, ni trabajando con Brett.

Ni en ese momento, ni nunca.

CAPÍTULO 16

Punto 16: Cúbrelas con salsa de champiñones silvestres

SIENNA se volvió y se cubrió con el edredón. Estaba molesta por haberse despertado cuando estaba soñando algo tan bonito. Brett la llevaba en brazos y la dejaba sobre una cálida cama.

Maravilloso.

Alguien estaba llamando a la puerta, pero ella deseaba quedarse más rato en la cama.

Abrió los ojos un poco para mirar la hora. Eran las dos y media de la mañana.

Se incorporó sobresaltada.

–¿Estás visible? Tengo café.

–Un café suena bien –dijo ella, mientras se cubría con el edredón hasta el pecho. «Es patético. Esto es lo que pasa cuando se trabaja con cocineros que creen que vas a estar disponible las veinticuatro horas del día», pensó ella–. ¿Tienes idea de qué hora es? ¡Es de madrugada! ¿Qué haces llamando a la puerta de mi habitación a las dos de la mañana? Te advierto que tengo uno de los zapatos de tacón de aguja de Maria y el teléfono de mi hermano, por si intentas hacerme algo.

Brett dejó de pasear de un lado a otro de la habitación y la miró.

–La salsa de champiñones. No me sale. La he hecho cuatro veces y no sirve. Me estoy volviendo loco –se acercó a ella–. ¿Ves estas canas? Loco.

–¿Salsa de champiñones? Menos mal. ¿Eso es todo? –preguntó Sienna y se dejó caer sobre las almohadas.

–¿Todo? Oh, no, no. No lo comprendes. Eso no es todo. Sin la salsa de champiñones no tendré la pasta de champiñones silvestres y no tendremos nada para terminar la pechuga de pollo estofada. En serio, el pollo necesita esa salsa, y no me voy a acostar hasta que la receta sea perfecta.

Brett iba de un lado a otro deprisa. No había probado el café, pero ya estaba bastante excitado.

Se había obsesionado con una receta.

«Cocineros. O los adoras o los soportas, pero siempre hay que aprender a vivir con ellos».

Sienna bostezó y asintió con los ojos medio cerrados.

–De acuerdo, lo comprendo. Salsa de champiñones. ¿Qué puedo hacer para ayudarte?

–Pensé que no me lo ibas a preguntar nunca. Necesito que la pruebes, después de cuatro horas mis papilas gustativas están atrofiadas. Quiero que la fragancia de esta salsa capture tus sentidos y después...

–El sabor. Lo sé. No puedo garantizarte que mis papilas estén muy receptivas a estas horas de la madrugada, pero haré lo que pueda. Háblame del plato. ¿Cuáles son los ingredientes básicos?

–Esta vez no. Esta noche quiero que la salsa hable por mí. Cuando unos amantes prueben esta delicia, se derretirán en manos de su pareja.

–Bajaré en cinco minutos.

***

Sienna se sentó frente a Brett en la pequeña cocina y lo observó mientras metía la cuchara en una y en otra sartén.

–¿Así que lo estás haciendo para los chicos y no para las chicas? ¿No es eso? Deja que vea esas sartenes. Pronto te diré lo que yo me comería. Si puedes aguantar esa presión.

–Lo siento. Quiero que esas chicas miren a sus parejas, no a la comida –se acercó y colocó su pañuelo sobre la frente de Sienna–. Perfecto. Esta prueba la vamos a hacer a ciegas.

Ella levantó la mano para quitarse el pañuelo, pero él se lo impidió.

–¿Qué? ¿No quieres que vea qué aspecto tiene la comida?

–Es la única manera. Acercaré la sartén y te daré cucharaditas para que puedas saborearla. Dime lo primero que se te pase por la cabeza. ¿De acuerdo?

–Está bien. No lo he hecho nunca, pero te diré cuáles son mis impresiones.

–Estupendo. Primero tienes que concentrarte. Toda tu atención ha de estar en el plato. No te preocupes por mí. Dime lo que pasa por tu mente. ¿Preparada?

Sienna vio que Brett retiraba una sartén del fuego y la ponía a enfriar. Al ver que se colocaba frente a ella, se le aceleró el corazón. Brett se inclinó un poco y le sonrió mientras llevaba las manos a su cabeza.

–¿Estás preparada para volverte loca?

–Promesas, promesas. Vamos. Alguno de nosotros necesita a su

bella durmiente.

–¡Me gustaría que no hablaras así sobre mí! Pero tienes razón. Mañana tenemos un día ocupado. Allá vamos.

Le cubrió los ojos con el pañuelo.

–Funciona. No veo nada –dijo ella.

–Estupendo. Podría cocinar con el torso desnudo y no te enterarías.

«Te equivocas», pensó ella.

Y mientras esperaba a que Brett le sirviera algo delicioso, se le aceleró la respiración.

«Quiero que esto sea lo más delicioso que ha probado nunca esta maravillosa mujer. Y es la peor salsa de champiñones que he hecho en mi vida. ¿Qué me pasa? La he preparado en cocinas de Hong Kong, de Nueva York y de Adelaide, y me quedó deliciosa. Después, llego a Trattoria Rossi y me falla algo».

Brett se volvió justo cuando Sienna intentaba acomodarse en lo que debía de ser la silla más incómoda de la ciudad.

«Después, voy y saco de la cama a esta mujer en mitad de la noche. En pijama».

La miró y se fijó en el pijama que llevaba. Tenía que ser de Maria. Y probablemente no llevaba nada debajo. Lo único que separaba a Sienna Rossi de Brett y del mundo exterior eran dos finas capas de franela y una pícara sonrisa.

En ese momento, a Brett se le cayó el cucharón de metal al suelo y ella se sobresaltó.

–Lo siento. Enseguida estoy contigo. La temperatura ha de ser perfecta. Prepárate. Tres. Dos. Uno.

Metió una cuchara nueva en el cazo donde estaba la salsa y después la acercó a la nariz de Sienna.

Ella separó los labios un poco al inhalar su aroma, y Brett le dio a probar el contenido de la cuchara, mojándole el labio superior para que ella sacara la lengua y lamiera la salsa.

Era el gesto más erótico que había visto en mucho tiempo.

Su boca era tan tentadora que él se quedó traspuesto y no era capaz de apartar la mirada.

Ella se lamió también el labio inferior, humedeciéndoselo.

Era algo embriagador.

–Tiene vino blanco, apio, chalotes, una pizca de ajo y una especia dulce. Estragón, y creo que tomillo limonero y perejil con

un toque de ajo. ¿Me equivoco?

–No. Ahora, dime algo sobre los champiñones.

Tomó algunos trozos y los acercó a la boca de Sienna. Ella tenía los labios entreabiertos y mostraba una dentadura perfecta.

Él se detuvo un instante y tragó saliva. Había pasado demasiados meses de celibato y muchos años de soledad. Entonces, acercó la cuchara a la boca de Sienna y ella probó el contenido.

Masticó despacio para saborearlo bien.

–Es impresionante. He notado tres texturas diferentes. Uno de los champiñones tiene textura de carne, creo que es porcini deshidratado o un champiñón silvestre... Pero también noto un sabor suave y sedoso. El último parece un castaño. Reconocería la textura en cualquier sitio, pero nunca había probado una mezcla así. Es brillante.

–Uno más –susurró él–. Hay un ingrediente más que va a marcar la diferencia.

–¿Más? ¿Hay más? No sé cómo vas a superar esos champiñones.

Brett introdujo la cuchara en el segundo cazo y probó las tiras de cebolla caramelizada y champiñones frescos con vinagre balsámico. Era lo que pensaba emplear para acompañar el pollo.

Era un sabor dulce e intenso. Y tenía la temperatura perfecta.

–Éste es el toque final. ¿Preparada?

Ella asintió y separó los labios de nuevo.

Brett se humedeció los labios con el contenido de la cuchara.

Se inclinó. Y la besó.

Ella lo besó también. Despacio. Con ternura. Derritiéndose. Todo lo que él había esperado y deseado desde que ella lo había besado.

Sienna se quitó el pañuelo para poder mirarlo a los ojos.

–Tiene una reducción de vinagre balsámico –susurró con la boca muy cerca de la de Brett–. Tienes razón. Es el toque perfecto. Y mucho mejor que en una cuchara. ¿Puedo probar un poco más?

Esa vez fue ella la que se inclinó hacia delante para que él pudiera besarla de manera más intensa. Cuando se separaron, permanecieron un instante con la frente apoyada y la respiración acelerada.

Después, él la besó de nuevo y colocó una mano sobre su nuca para que no se separara. Momentos más tarde, Sienna se puso en pie y rodeó la mesa para sujetar el rostro de Brett y besarlo

mientras le acariciaba el cabello.

Lo estaba volviendo loco.

Él comenzó a besarla en el cuello y ella suspiró echando la cabeza hacia atrás.

–Prométeme una cosa.

–Lo que quieras –dijo él, mientras la besaba en la sien.

–Dime que nunca harás esta receta para otra persona.

–La he hecho para ti. Sólo para ti.

–En ese caso… ¿Qué pensabas servirme de postre?

–¿Postre? ¿Quieres postre?

Brett se quedó asombrado durante unos segundos antes de echar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada. Sienna empezó a reírse también.

–¿Qué es tan divertido?

–Tú –él se secó una lágrima de risa con el dorso de la mano.

–¿Siempre has sido tan exigente con tus cocineros, señorita Rossi?

–Oh, eso no es nada –contestó ella–. Puedo ser mucho más mandona cuando la ocasión lo requiere. Aunque sería un reto para ti hacer algo que supere esa salsa.

Sienna ladeó la cabeza y sonrió. –Estoy pensando en chocolate. Café. Y leche, por supuesto. El resto te lo dejo a ti. –Bueno, gracias. Estoy seguro de que se me ocurrirá algo –arqueó las cejas y sonrió. –Por favor. ¿Supongo que pensabas servir postres en tu restaurante?

Él asintió.

–Hablando de ello, la otra noche te dije que nunca rompía una promesa… Pues mañana he de romper una. Pero es culpa tuya…

–¿Culpa mía? –protestó ella–. ¿Cómo puede ser?

–Tengo que ir a ver a Chris y a los arquitectos para tomar una decisión sobre la obra. Eso significa que tengo que ir. Y te prometí que sería todo tuyo durante unos días. Por otro lado, siempre puedes venir conmigo y echarle un vistazo a mi nuevo restaurante. ¿Estás ocupada mañana por la mañana?

–¿Quieres decir mañana, por hoy? ¿O mañana de mañana? –Dentro de unas horas. Me encantaría enseñarte dónde ha estado trabajando Chris estos últimos meses. –¿Quieres que vaya a ver tu nuevo restaurante? –Tómatelo como si fuera una salida especial después del impresionante trabajo que hiciste ayer. Él la besó en la frente y ella cerró los ojos. –Hicimos un buen trabajo, chef

Cameron. ¿Estás buscando un decorador de interiores? –No. Pero me vendría bien la opinión de una experta. –Haces que resulte muy difícil decir que no. –Entonces, no lo digas. Te lo pondré fácil. Sólo tienes que repetir… «Sí, Brett. Me encantaría ver la cocina donde realizarás tus sueños». –Bueno, si lo pones así… Sí, Brett, me encantaría ver la cocina donde realizarás tus sueños.

–Entonces, quedamos dentro de siete horas –dijo mirando el reloj–. ¿Crees que entonces podrás estar preparada para enfrentarte al mundo, dormilona? Porque tengo una sugerencia, a lo mejor quieres pensar en ponerte otro calzado antes de llegar a la obra.

Ella se miró los pies y vio que llevaba un mocasín en un pie y una sandalia en el otro.

–Oh, ¿ves?, esto es lo que sucede cuando un cocinero me despierta en mitad de la noche para que cate su comida.

–En ese caso, tendré que hacerlo más a menudo. Sienna lo miró a los ojos y supo que él se refería a algo más aparte de comparar el sabor de las salsas. Brett inclinó la cabeza y la besó detrás de la oreja. Todo estaba sucediendo demasiado rápido. ¿Era posible que se estuviera enamorando otra vez?

–Ha sido un día largo, Brett. Como te dije, necesito dormir para cuidar mi belleza. Y no, no estoy buscando un cumplido.

–¿Te vas?

–Maria eligió bien cuando te pidió que ayudaras en la cocina. No puedo esperar para probar el postre. Te veré a la hora del desayuno.

Él le acarició los brazos y dio un paso atrás.

–Duerme bien. A menos que quieras que vaya a despertarte por la mañana.

Ella tragó saliva al imaginárselo.

–Gracias, pero tengo despertador. Buenas noches, Brett. Buenas noches.

CAPÍTULO 17

Punto 17: Mézclalas con tres cucharadas colmadas de lágrimas

–DESDE aquí puedo oír que tu cerebro está funcionando. ¿Cuál es el tema de hoy? ¿Zapatos? ¿Vestidos? O deja que adivine. ¿Qué vino vas a recomendar para el pollo con salsa de champiñones?

Sienna se volvió en el asiento del acompañante del Jaguar y miró a Brett con incredulidad.

–Sabía que podías hacer varias cosas a la vez. ¡No hay nada como leer la mente! ¿Cómo lo has adivinado?

–Esta mañana no podías esperar para escribir mis locas ideas para el menú de San Valentín. ¿Quizá fue un error hablarte siete horas sobre mi cordero a la brasa?

–Creo que elegiste esos platos para ponerme a prueba. Me refiero a los raviolis con espinacas y queso azul con champiñones al ajillo.

–Prefiero pensar que era un reto para una sumiller de tu clase. ¿Pintada con polenta? Eso es sencillo.

–Lo sería si quitaras el parmesano y el crujiente de cebolla. Y creo que deberías replantearte lo del sabor de los ***gnocchi.*** No estoy segura de que los estudiantes del instituto estén preparados para esa salsa de champiñones.

–Ah, pero no es para los chicos. Es para las chicas.

–Un vino tinto. Cereza negra y ciruela, con algún tiempo en barrica de roble para compensar el sabor terroso de los champiñones, pero no demasiado seco.

–Puedo olerlo desde aquí. Estupendo. ¿Y qué blanco sugerirías?

–Sigo pensando en ello.

–Como encargada debes de hacer esto todo el rato. Combinar la comida y el vino requiere talento.

–Es una de las partes favoritas de mi trabajo. André y yo podemos hablar durante horas comparando vinos de la misma variedad de uva de diferentes partes del mundo. Me encanta.

–Lo noto en tu voz. Greystone Manor tiene suerte de que trabajes allí. De hecho, me da una idea. Chris ha estado entrevistando a sumilleres desde hace semanas. Yo voy a tener mucho trabajo. ¿Hay alguna posibilidad de que pudieras ayudarlo con las entrevistas? Necesito a alguien con quien pueda trabajar,

¡alguien que sepa lo que hace! A menos que... –hizo una pausa y se concentró en la carretera.

–¿A menos...?

–A menos que pueda robarte a Angelo Peruzi –contestó él–. Ven a trabajar conmigo como gerente. Arriésgate por una vez. Sorpréndete a ti misma.

«¡Demasiado tarde para eso!», pensó ella. Había pasado toda la noche soñando con la vida que podría tener con Brett como amante, o como socio.

–No sabes cuándo abandonar, ¿verdad? –contestó Sienna–. Me siento muy halagada, Brett. De veras. Pero yo sé cómo es abrir un restaurante. Ese tipo de presión puede destrozar una amistad. Y no quiero que eso suceda.

–No puedo culparme por haberlo intentado. Estoy de acuerdo. Es difícil encontrar buenos amigos.

Al oír el claxon de un coche, Brett se concentró de nuevo en la conducción y Sienna continuó mirando las calles de Londres por la ventanilla.

Ya casi habían llegado. Notting Hill estaba a poca distancia de allí.

Sienna se estremeció dentro del abrigo. Había una cosa que no le había dicho a Brett esa mañana.

Era la primera vez que regresaba a Notting Hill en cuatro años. El dolor y la pérdida seguían siendo muy recientes.

Todas las calles por las que pasaban estaban ligadas a un recuerdo emocional que se intensificaba a medida que se acercaban al restaurante de Angelo.

Con el corazón acelerado, Sienna se volvió hacia la única persona que sabía que la comprendería. Brett comenzó a tararear una canción que sonaba en la radio y a Sienna se le llenaron los ojos de lágrimas.

Era normal que se emocionara al regresar a aquellas calles que conocía tan bien.

Pero no podía permitir que su nerviosismo le estropeara el día a Brett. El nuevo restaurante era su sueño, y le había pedido que compartiera con él ese momento especial en el que descubriría cómo iba su cocina.

Había trabajado mucho para conseguir aquello. Se lo merecía.

De pronto, Sienna se percató de que sin Brett no habría encontrado la fuerza suficiente como para regresar allí. ¿Y con

Brett? ¡Con Brett a su lado podría hacer cualquier cosa!

Sin lágrimas. Sin traumas. Angelo formaba parte de su pasado, no de su futuro.

–¿Sabías que nuestro restaurante también estaba en Notting Hill? –le preguntó a Brett–. ¡Has elegido una buena zona! Y, por lo que me dijo Chris, la obra está casi terminada. Debes de estar muy emocionado. Cuéntame tus planes.

–¡Es una zona estupenda! Yo tenía dudas sobre regresar a Londres, pero ahora empiezo a pensar que no podía irme a otro lugar. De hecho, anoche en la cocina estuve pensando sobre mi primer día en Trattoria Rossi.

Brett se rió y golpeó el volante mientras Sienna lo observaba.

–Maria me puso a cortar verduras durante horas. Nunca me olvidaré. Yo estaba tan nervioso por si lo hacía mal que el pelador se me cayó al menos una docena de veces. Empleé más tiempo lavándolo que cocinando.

Ambos se rieron al unísono.

–Al cabo de unos días empecé a freír cebolla, chalotes y ajo, y al final de mi primera semana ya estaba haciendo menestra.

–¡Menestra! ¡Debiste hacer algo bien!

–Me divertía. Tu tía Maria me dio una oportunidad, Sienna. Sin ella habría tardado mucho más en entrar en este mundillo.

–Pero lo habrías conseguido, ¿no?

–Puede, pero sé que ella marcó la diferencia. Y por supuesto, ¡sin Maria nunca te habría conocido!

–¿Y eso habría sido bueno o malo? –preguntó Sienna con el corazón acelerado.

Él esbozó una sonrisa y siguió mirando a la carretera.

–Malo. Sin duda. Especialmente, porque mi sistema de navegación por satélite ha fallado y estamos perdidos. ¿También sabes moverte por Notting Hill?

–He viajado por esta carretera todos los días durante dieciocho meses. ¿A qué dirección vamos?

Brett le dijo el nombre de la calle y el número.

–Gira a la derecha –contestó ella. Minutos más tarde, llegaron al aparcamiento de lo que sería su nuevo restaurante y pararon el coche.

Él se volvió para mirar a Sienna y trató de que recuperara la temperatura de sus dedos helados. El sol del invierno resaltaba la expresión de dolor de su rostro.

–¿Qué ocurre? Dime qué es lo que sucede.

Sienna lo miró un instante y le acarició las cicatrices de las manos. Cicatrices de un cocinero que había trabajado mucho.

–Mira tus cortes y tus quemaduras –dijo ella–. Algunas personas llevamos esas cicatrices dentro.

Al ver la cara de Brett, ella forzó una sonrisa.

–Ignórame, por favor. Mi restaurante estaba en esta calle. No imaginaba que me resultaría tan duro volver. Demasiados recuerdos. Eso es todo. Estoy bien. De veras. Quiero verlo todo.

Salieron del coche y un hombre de cabello oscuro con un casco amarillo se acercó a ellos. Antes de que Brett pudiera intervenir, Chris le dio a Brett una palmada en el hombro y miró a Sienna con una amplia sonrisa.

–Bueno, suponía que cambiarías de opinión tarde o temprano. ¡Bienvenida al equipo, Sienna! –le tendió la mano.

Ella sonrió y negó con la cabeza.

–Hola, Chris. ¿Qué equipo? ¿Me he perdido algo?

–Nuestra nueva gerente, por supuesto. Sabía que Brett utilizaría su encanto para convencerte. Has de admitir que con su técnica de entrevistas obtiene buenos resultados con las mujeres.

Sienna se volvió hacia Brett.

–¿Entrevistas? ¿Así que eso es lo que has estado haciendo estos días? Cautivarme para que venga a trabajar contigo. ¿Lo he entendido bien?

–Sienna, por favor –Brett se paró frente a ella–. Por supuesto que me encantaría que vinieras a trabajar con nosotros, pero sé que ya has conseguido un buen ascenso. No lo comprendes...

–Al contrario. Lo comprendo muy bien. Ha sido un placer, señor Fraser. ¡Que tenga buena suerte a la hora de encontrar a alguien que quiera trabajar con este idiota! Entretanto, tomaré el autobús de regreso.

Y sin más, se volvió y se alejó de ellos, cubriéndose la boca con la mano para evitar romper a llorar.

Pero no pudo avanzar mucho. Le temblaban las piernas y tuvo que apoyarse en una pared para no caerse.

Brett permaneció allí observando como Sienna se refugiaba en un lugar interior al que él no podía llegar. Apenas podía reconocer a la mujer que había subido a su coche aquella mañana.

La agarró por la cintura y la guió hasta el coche para que se

recuperara en el asiento del acompañante.

Ella lo miró a los ojos y dijo confiando en él:

–No digas nada. Nada. Sólo sácame de aquí, Brett.

–Ahora mismo.

Brett agarró su chaqueta y se la echó a Sienna por los hombros, sabiendo que necesitaría algo más que un abrigo para conseguir que aquella mujer dejara de temblar.

Había sucedido. Se había enamorado de Sienna Ros-si.

No había vuelta atrás. Tenía que descubrir quién le había roto el corazón a aquella mujer y no podría parar hasta que no se lo hubiera restaurado del todo.

Sienna se movió en el sofá y abrió los ojos un instante, pestañeando al ver la luz de la mesita del rincón.

Se había caído hacia un lado y tenía la cabeza sobre el hombro de Brett.

Horrorizada, se sentó de nuevo, cerró los ojos y bostezó cubriéndose la boca con ambas manos.

Cuando abrió los ojos, Brett se estaba rascando la cabeza.

–¿Buscando inspiración?

Él se sonrojó un poco pero continuó mirando las fotos de un libro de cocina.

–Esperaba que este pasatiempo me hiciera parecer más intelectual. No, mejor no me contestes. No hay muchas mujeres que se quedarían dormidas sobre mí. Eso podría ser una mala señal.

Sienna se masajeó el cuello y movió la cabeza de un lado a otro.

–Siento haberte utilizado de almohada. Qué vergüenza. Por supuesto que tú eres el culpable de todo por haberme obligado a beber chocolate caliente con el estómago vacío. ¿Cuánto tiempo he dormido?

–Más de dos horas. Y puedes acurrucarte contra mí cuando quieras –dijo él, moviendo las cejas.

–Muy ingenioso –replicó Sienna, y sonrió mientras estiraba las manos para que Brett la ayudara a levantarse.

Él sonrió y contestó:

–Mucho mejor. Siempre tuviste la mejor sonrisa. Aunque vayas vestida de exploradora en el Polo Norte.

Ella sacó los brazos del jersey que llevaba.

–Trabajo todo el año en locales con aire acondicionado, pero

cuando salgo a la temperatura que hay de verdad, brrr…

Levantó una de las cortinas del salón de Maria y se quedó boquiabierta.

–Está nevando –susurró.

Era verdad. Ella podía ver caer los copos de nieve en la oscuridad iluminados por las luces de los coches.

Era una de las cosas más mágicas que había visto nunca.

–¡Brett! ¡Mira! –sin pensarlo, lo agarró de la mano y lo llevó hasta la ventana.

Brett puso una amplia sonrisa y ella se rió cuando él la sujetó por la cintura y la atrajo hacia sí.

–Es maravilloso –«tú eres maravillosa»–. Chris cometió un error esta tarde. Yo respeto tu elección.

–Lo sé. Volver a esa calle fue demasiado para mí. Me siento idiota.

Él respiró hondo y la miró un instante, provocando que a ambos se les acelerara la respiración.

–En absoluto –dijo él, y sonrió–. Pero creo que ha llegado el momento de que me cuentes por qué no confías en los cocineros. ¡Quédate aquí!

De pronto, la soltó y salió de la habitación. Sienna se quedó contemplando el espacio vacío que él había dejado y tratando de que su corazón recuperara el ritmo normal.

Él se merecía saber la verdad. Aunque eso significara regresar a un lugar que ella pensaba que había dejado atrás.

CAPÍTULO 18

Punto 18: Y con dos magdalenas rosas

BRETT regresó al salón con una bandeja con dos tazas humeantes y una bolsa de papel con estrellas de color rosa y se la dio. Él se sentó en el sofá, sin sorprenderse de que ella todavía estuviera como una niña, mirando los copos de nieve por la ventana.

–Chris vino mientras dormías. Te pide disculpas por lo del malentendido del trabajo y te envía un saludo y gracias de parte de Jess. Ahora eres una de las princesas del grupo y me han encargado que le entregue a Su Alteza Real estos dulces como muestra de su aprecio. Al parecer, la niñera los ha hecho con masa prefabricada.

Sacó dos magdalenas de color rosa con una vela en el centro.

Sienna y Brett las miraron en silencio.

–Jess tiene clase. ¿Quieres descafeinado?

Sienna asintió y tuvo que dar varios sorbos de su bebida caliente antes de poder hablar.

–¿Brett?

–¿Umm? –contestó él con la boca llena.

–Siento haberme disgustado tanto antes. Me avergüenzo de mi reacción. No tenía derecho a enfadarme contigo. Lo siento.

Él negó con la cabeza y frunció los labios.

–No eres tú la que debe sentirlo. Yo debería haberle dejado claro a Chris que tenías que tomar una decisión y que yo la respetaría, fuera cual fuera. Ha sido error mío –sacudió las migas antes de sentarse en el borde del sofá–. Me han ordenado que has de comerte toda la magdalena, o no serás una princesa de verdad.

Sienna miró el pastel y tragó saliva.

–No creo que pueda.

–Entera. Se lo prometí a Jess. Y en esta casa nadie se queda con hambre.

Ella retiró el papel de la magdalena y la partió en dos.

–Así está mejor –dijo él–. Ya estoy preparado para oír toda la historia. Tenemos café y algo parecido a un pastel. Empieza a hablar. Puedes saltarte la parte de cómo te conquistó e ir directamente a la parte de cuando trabajabais juntos en el restaurante de Angelo. ¿Qué sucedió? ¿Qué salió mal? ¿Y por qué Frank no le partió la nariz por ti? No puedo creer que Angelo

Peruzi te dejara. No pudo ser tan idiota.

–Lo es. Fue muy sencillo. Angelo Peruzi se desenamoró de mí, puso en marcha nuestro negocio y volvió corriendo a California. Me rompió el corazón y me dejó. Pero al final, fui yo quien rompió con él –hizo una pausa–. Como un mes antes de nuestra boda, yo empecé a recibir llamadas de proveedores preguntándome cuándo iban a cobrar sus facturas. Angelo insistía en llevar la parte económica del restaurante, así que yo se lo comenté. Dijo que debía de ser un error del banco, que lo solucionaría y que no lo molestara otra vez –ella agachó la cabeza y se encogió de hombros–. Odiaba que lo retaran. Sobre cualquier cosa. Angelo había trabajado toda su vida con su padre en el restaurante, y su comida era estupenda. Según su familia, era el chico modelo que no podía hacer nada mal.

Ella sonrió como disculpándose.

–Yo no era la única que estaba deslumbrada por él. Mi familia lo adoraba. Hasta que empezaron los problemas. Para él era difícil de admitir que no podía manejar la parte económica del negocio, llevar la cocina y hacer el trabajo de publicidad y las mil y una cosas que él quería conseguir. Todo de una vez.

Brett le masajeó la nuca a Sienna.

–Yo estaba organizando la boda. Él se negaba a admitir que no podía con todo. Llámalo orgullo, arrogancia... Lo que sea. El resultado final era el mismo. Teníamos un equipo de cocina estupendo y las mesas llenas todas las noches. Yo no tenía ni idea de que había problemas financieros. Recuerdo el día que tuve que despedirme de los empleados, las lágrimas, los abrazos, las horas que pasé llorando sola aquella noche después de haber cerrado la puerta por última vez.

–¿Sola? ¿Quieres decir que ni siquiera regresó a darle las gracias a su equipo? ¿Te dejó aquí sola para que te encargaras de todo?

–Él decía que era demasiado caro volver para sólo unos días, pero yo sabía que era demasiado doloroso para él. Demasiado traumático –Sienna negó con la cabeza–. Yo seguía confiando y creyendo en él. Incluso entonces. Angelo siguió diciéndome que una vez que vendiera el restaurante podría pagar todas las deudas y yo podría mudarme a Los Ángeles. En California tendríamos nuestra nueva casa.

Brett se puso rígido al oír la tensión de su voz.

–¿Sabes lo que me dolió de verdad? –continuó ella en voz

baja–. No era el dinero, ni que tuviéramos que vender el negocio. Eso no era nada comparado con el hecho de que Angelo no me dijera que había un problema. Yo lo habría comprendido. ¡Se suponía que éramos pareja! Él sabía que yo habría hecho cualquier cosa por él, y que confiaba en él plenamente.

–Él no te conocía –susurró Brett.

–Tienes razón. Y yo tampoco lo conocía a él. Quizás por eso me llevé una gran sorpresa cuando empaquetó sus cosas y me dijo que necesitaba irse a casa durante unas semanas. Solo. Yo creía que su casa era yo.

Brett soltó una carcajada con sarcasmo, pero ella todavía tenía lágrimas en los ojos cuando Brett le preguntó la duda que lo corroía desde el principio.

–Todavía estoy confuso acerca de una cosa. ¿Por qué le dijiste a la gente que él te había dejado y se había marchado a casa? La verdad se iba a saber tarde o temprano.

–Yo no le dije nada a nadie. La familia sabía por qué había roto mi compromiso, pero todos los demás sacaron sus propias conclusiones cuando Angelo no regresó. ¿Y en cuanto a la verdad? La familia Rossi llegó a la conclusión de que que me dejara una vez ya era bastante humillante para mí, pero ¿que me dejara dos veces? Eso me convertiría en objeto de sorna. Así que la verdad nunca salió a la luz. Se pagó a los proveedores. Y él se salió con la suya. Un escape afortunado, ¿eh?

Sienna se abrazó como si tratara de calentarse y de bloquear el viento helado y la nieve que caía al otro lado de la ventana.

Brett esperó a que continuara, pero a Sienna comenzó a temblarle la voz. Sus últimas palabras estaban tan llenas de dolor que se estremeció.

Brett se desabrochó la chaqueta y se colocó detrás de ella, presionando el cuerpo contra su espalda, rodeándola por la cintura para abrazarla.

Ambos permanecieron en silencio unos minutos.

–Debería haberme dado cuenta. Después de vender el negocio, él necesitó tres días para reunir el valor de llamarme por teléfono y decirme que creía que debíamos tomarnos un tiempo antes de reunirnos de nuevo. Yo tardé unos segundos en darme cuenta de que no me quería. Había dejado de serle útil. Fue demasiado cobarde como para admitir que ya no me quería, así que hice lo único que podía hacer. Le dije que habíamos terminado. No es la

mejor manera de acabar una relación.

–¿Y qué hiciste?

–Recogí las pocas cosas que tenía y regresé a mi antigua habitación en casa de los Rossi. Estaba agotada, me sentía sola y vulnerable, deprimida, y muy enfadada. ¡Con todo el mundo! La familia me convenció para que no tomara un avión a California para ir a verlo, y fue mi tía Maria la que me dio refugio hasta que estuve preparada para trabajar otra vez. Le debo tanto como tú, así que gracias por ayudarme a encontrar la manera de pagárselo.

Brett percibió dolor en su mirada y sintió que se le derretía el corazón.

Después de todo lo que había pasado, todavía tenía la capacidad de ser feliz.

¡Era maravillosa!

Cerró los ojos y continuó abrazando a Sienna. ¿Cómo podía haber dudado de si era aquello lo que quería?

No permitiría que se alejara de él.

Despacio, giró a Sienna entre sus brazos y, sin abrir los ojos, escuchó su respiración.

Sienna lo agarró por la cintura y lo estrechó contra su cuerpo. Brett esbozó una sonrisa. Ella también lo estaba abrazando. Era la muestra de que aceptaba la confianza que él le ofrecía.

Él movió la cabeza un poco, de manera que sus labios se posaron sobre la frente de Sienna. Ella levantó la cabeza y lo miró.

Brett la besó en la frente y en los párpados. Ella, lo besó en el cuello.

Permanecieron abrazados durante un rato. Brett quería que ella confiara en él, pero no se atrevía a pronunciar las palabras y arriesgarse a romper el hechizo.

Aquello parecía irreal.

Un coche pasó por delante de la casa e iluminó con sus faros el rostro de Sienna. Brett la besó en el cuello y ella alzó la barbilla un poco, como si esperara que la besara.

Pero el beso nunca llegó.

Sienna dio un paso atrás y se separó de él.

–Me sentía despreciable. Cuando Angelo se marchó, se llevó toda la confianza y autoestima que tenía. He tardado cuatro años en recuperarme y en construir mi futuro. Me prometí que nunca más confiaría en alguien para conseguir que mis sueños se convirtieran en realidad. Y he mantenido esa promesa. Tengo que

crear mi propio camino. Tú sabes a qué me refiero mejor que nadie, ¿no?

Él le acarició el cabello y le susurró al oído:

–Sí, así es. Pero tengo una pregunta. Puede que no necesites a un hombre en tu vida, pero ¿tienes lugar para un hombre que se preocupa por ti y que quiere estar contigo?

–No lo sé –contestó ella con voz temblorosa–. El trabajo en Greystone Manor ha sido mi única meta durante tanto tiempo que nunca pensé en lo que vendría después.

Brett percibió nerviosismo en su voz y tomó la iniciativa. Tendría que ir muy despacio si quería tener la oportunidad de convencer a Sienna para que le permitiera formar parte de su vida. Sonrió y le acarició los brazos por última vez aquella noche.

–Hemos tenido un día muy largo y mañana todavía tenemos que guardar las cosas en los armarios de la cocina. Ven preparada para emplearte a fondo en este nuevo trabajo. ¿Qué te parece?

Una pequeña sonrisa cambió la expresión de agotamiento del rostro de Sienna. –Bueno, no es algo muy emocionante. Buenas noches, Brett. Duerme bien.

–Buenas noches, cariño.

Ella se detuvo un momento en la puerta y se volvió para mirarlo un instante.

Él sintió que algo se abría en su interior. Como si se hubiera abierto una puerta que llevaba muchos años cerrada con un gran candado oxidado.

Era la misma puerta que le había impedido decirle a Lili que la amaba. Y que a medida que veía lo feliz que era con Chris, se cerraba mejor. El día en que su madre falleció de un ataque al corazón al volver de su trabajo nocturno como asistenta, pocos meses antes de que a él lo ascendieran a cocinero jefe, colocó en aquella puerta el candado más grande de todos. Ella nunca tuvo la oportunidad de asistir con él a una ceremonia de entrega de premios, ni de ver su nombre en los periódicos. Eso era lo que él más había deseado en su vida.

Brett había protegido sus sentimientos con esas cadenas. Para no sufrir.

Al mirar a Sienna durante ese momento, sintió como si un viento poderoso se llevara consigo todos los candados.

Permaneció en silencio, y vio que ella trataba de sonreír sin éxito. El dolor de la mirada de sus ojos marrones lo afectó de lleno.

Ella tenía los labios entreabiertos y las mejillas son-rosadas como si acabaran de pasar la noche juntos.

Brett se acercó a ella para abrazarla con fuerza, pero ella negó con la cabeza y se mordió el labio inferior, se volvió entre sus brazos y salió de la habitación.

Dejándolo allí.

Tratando de controlar las emociones que invadían su corazón.

Él había sobrevivido a su infancia a base de no implicarse emocionalmente con nadie.

Lo que sentía por Sienna era aterrador y excitante al mismo tiempo, y lo tentaba más de lo que él quería admitir.

Sólo unos días antes había imaginado que abrir el nuevo restaurante sería la aventura más grande de su vida. Estaba equivocado. Conseguir estar cerca de Sienna Rossi era algo mucho más importante.

Decirle lo mucho que la amaba sería uno de los mayores riesgos que había corrido en su vida. Brett sabía que ella también estaba muy interesada en él, así que sólo tenía que demostrarle que él era un riesgo que merecía la pena correr.

No le importaba cuánto tiempo tardara en conseguirlo ni cómo tuviera que ser de creativo, él iba a ser el hombre que le demostrara a Sienna Rossi que la amaban.

No estaba dispuesto a perderla. Nunca.

Tenía que pensar con rapidez.

Sienna había dejado claro que no necesitaba, ni quería, que un hombre le organizara la vida.

Ella creía que tenía una serie limitada de opciones entre las que elegir, donde tendría la libertad de hacer que eso fuera posible. ¿Quizá estuviera equivocada? Después de todo, él había visto cómo había transformado Trattoria Rossi en un restaurante local. Cualquier familia estaría encantada de cenar allí...

El restaurante familiar perfecto... ¿Era posible?

Brett abrió su teléfono móvil y llamó a su mejor amigo.

–Chris, ¿cómo estás? Sí, se lo he dicho a Sienna. Ella está bien. Escucha. ¿Hay alguna posibilidad de que puedas venir esta noche? Me gustaría hablarte de un negocio en el que podrías estar interesado.

CAPÍTULO 19

Punto 19: Añade un cocinero norteamericano sin falda escocesa

–HOLA, Carla. Sí, estoy bien. ¿Cómo van las cosas en Greystone Manor? Sí. Siento haberme marchado tan de repente. ¿Cuándo es el mejor momento para evitar…? ¿Que él qué? ¿Tienes idea de cuándo?

Sienna se pellizcó el puente de la nariz con fuerza.

–No. Por supuesto que lo comprendo. Patrick sigue siendo el jefe. Gracias por decírmelo. Te llamaré más tarde.

Colgó el teléfono antes de que Carla pudiera contestar.

Apoyó las manos sobre la mesa para poder estabilizarse y cerró los ojos para controlar la náusea que la invadía.

–¡Es increíble!

Oyó ruido en el salón, donde Brett había estado desempaquetando sus utensilios de cocina personales, y al momento vio que él estaba en la puerta.

–¿He oído gritos? ¿Dónde está el fuego? –preguntó él con una sonrisa tranquilizadora.

Sienna saludó a Brett con la mano y después empezó a pasearse de un lado a otro.

–Patrick. El director gerente de Greystone Manor ha convocado una reunión con el equipo de diseño para el nuevo restaurante. Al parecer, Angelo sólo estará en la ciudad unos días y quieren revisar algunas ideas antes de que regrese a California. ¡No se les ha ocurrido llamarme hasta el último minuto! Si Carla no se lo hubiera recordado a Patrick, probablemente él se habría olvidado de llamarme. Como gerente del restaurante necesito asistir. Tengo un montón de ideas, Brett, pero esta reunión la han convocado de pronto. ¡Ni siquiera tengo tiempo de hacer una presentación formal para el equipo!

–Parece la oportunidad ideal para que marques la diferencia como nueva gerente. ¿Cuándo es la reunión?

–Por eso estoy así –miró el reloj–. Carla dice que llegarán dentro de cuatro horas. ¡Hoy, Brett! Tengo que llegar allí antes de que lleguen y empezar a trabajar en un plan detallado. Hay muchas cosas que solucionar antes de que Angelo empiece a trabajar y no sé por dónde empezar.

Brett la miró y supo que la mujer a la que había empapado con un cubo de agua había desaparecido y se había convertido en una profesional.

Sienna Rossi era una mujer segura de sí misma y asertiva. Tal y como él sabía que podía ser.

Se preguntaba cómo reaccionaría ella si se enterara de que se había pasado la mayor parte de la noche hablando con Chris sobre ella, mientras diseñaban un nuevo negocio donde ella pudiera ser la estrella. ¡Si quería! Pero era demasiado pronto para contarle esa opción. Todavía había muchas preguntas por responder antes de cerrar el trato.

Era una lástima que hubiera algo que no sonaba bien acerca de su situación en Greystone Manor. Él tenía la sensación de que aquella mujer iba a ver cómo se truncaba su sueño. Y eso no era justo.

–¿Estás segura de que quieren que vayas a esa reunión, Sienna?

Ella dejó de pasear de un lado a otro y lo miró con el ceño fruncido.

–¿Qué quieres decir? Yo soy la que tendrá que hacer funcionar el nuevo comedor cuando se seque la pintura. Por supuesto que quieren que vaya. Simplemente, Patrick se olvidó de que estaba de vacaciones. Eso es todo.

–Me alegro por ti. Pero creo que te olvidas de algo muy importante. Eres una mujer con talento, bella y estupenda, y cualquier hombre estaría encantado de tenerte en su vida o en su equipo de dirección. A mí me preocupan algunas cosas.

–Adelante. Te escucho. Pero date prisa.

–Tal y como yo lo veo, tienes dos maneras de manejar esa reunión –la miró a los ojos–. Primera opción: Angelo Peruzi aparece en el hotel con su equipo de arquitectos y diseñadores. Tú le das la bienvenida y ambos tenéis una pequeña conversación sobre el tiempo y de la situación del negocio de la restauración, y después tú te pones a trabajar en el diseño de tu nuevo restaurante. Juntos. En equipo. Sólo centrados en el trabajo, sin mirar al pasado –movió la mano de derecha a izquierda–. Él habla, tú escuchas de forma educada, después aceptas o rechazas sus sugerencias de manera profesional y te despides de él en la puerta cuando se vaya. O quizá no de forma tan profesional, dependiendo de lo que tenga que decir. Tú estás a cargo de la situación y él lo sabe.

Sienna empezó a moverse de nuevo, pero Brett continuó.

–Para. Este plan tiene sus pros. En el mejor de los casos, él se rinde a tus pies, te pide perdón y te dice que será un honor y un privilegio trabajar contigo, y que respeta plenamente las decisiones que tomes en tu nuevo cargo. Ambos salís a ver la puesta de sol, o lo que sea, de la mano y destinados a ser felices.

–¿Has vuelto a meterte una raya de azúcar? –preguntó Sienna frunciendo el ceño.

Él ignoró su comentario y continuó hablando.

–En el peor de los casos, tendrás que aguantar a tu ex durante una hora o así en una reunión. Pero una vez que termine, y se haya roto el hielo, podrás continuar con tu vida y empezar a trabajar en crear algo maravilloso. Una vez terminada la peor parte, tú habrás cumplido con tu obligación hacia Patrick, y quizá Peruzi te pida disculpas. Podría suceder –le apretó la mano un momento–. Pero siempre has de tener un plan alternativo. La segunda posibilidad... Regresas allí, echas un vistazo a lo que propone su equipo, abandonas una causa perdida y buscas otro trabajo en cualquier otro sitio.

Sienna lo miró boquiabierta y le dio una palmada en el pecho.

–¿No has escuchado nada de lo que te he contado en estos últimos días? Lo único que pido es la oportunidad de demostrarles lo que soy capaz de conseguir. Este trabajo me dará la oportunidad de hacerlo, y no voy a aceptar un no por respuesta. No sabes lo que me ha costado recuperar la confianza en mí misma. Esto es lo que quiero. Es lo que siempre he querido y he trabajado demasiado como para dejar escapar la oportunidad. Tengo que demostrar que puedo hacer este trabajo.

–¿Demostrárselo a Angelo? ¿O demostrártelo a ti misma? –le acarició el brazo–. Eres Sienna Rossi. ¡La inconquistable! ¿No acabas de reformar y diseñar un comedor tú sola? Puedes hacer ese trabajo, pero no tienes que hacerlo. Ya has demostrado lo que eres capaz de hacer. Aquí mismo. No tienes que regresar a Greystone Manor y aceptar lo que te ofrecen sólo porque es cómodo. Hay otros hoteles y restaurantes en los que les encantaría que trabajaras con ellos.

Sienna suspiró resignada.

–Espera. ¿En ellos se incluye Brett Cameron en Notting Hill?

–Así es. El trabajo es tuyo si lo quieres. Pero hay otros. Tienes más posibilidad de elección de lo que crees.

Sienna recordó los últimos días que había estado allí. Las

bromas y las historias del pasado. ¿Podría alejarse de todo eso?

–No lo comprendes. Nunca podría trabajar para ti.

–No lo dirás en serio.

–No es por ti, y sé que el trabajo sería maravilloso. Admiro muchísimo lo que intentas conseguir. No, Brett. Soy yo.

Ella le sujetó el rostro y lo miró fijamente, suplicándole que la comprendiera.

–Éste es mi sueño. Un sueño que creé para mí cuando las cosas me iban muy mal. Eso significa que soy la única persona que puede llevarlo hasta el final. Ni Angelo, ni Patrick, ni tú... Sólo puedo confiar en mí misma.

–Puede ser. Pero has de saber que estoy aquí para lo que necesites. No es necesario que hagas esto sola.

Ella asintió.

–Lo siento si te parece duro, pero es la verdad, y a mis amigos cercanos siempre les cuento la verdad. Y espero que seamos amigos. De veras. Porque tengo poca gente en la vida que se preocupe por mí.

Brett suspiró con fuerza. La rodeó con los brazos y la besó en la frente.

–No vas a volver a Trattoria Rossi, ¿verdad?

Ella negó con la cabeza.

–Entonces, ¿ya está? ¿Vas a alejarte de mí?

Ella apoyó la mejilla en su pecho antes de reunir fuerzas para hablar.

–Dentro de unos días estarás trabajando en tu nueva cocina. Siete días a la semana. Durmiendo pocas horas.

–¿Has hablado con Chris?

–Ya he pasado por ello una vez, ¿recuerdas? Oh, Brett –le acarició el pecho–. Ambos trabajaremos más de lo que hemos trabajado en nuestra vida. No quiero que ninguno de los dos tenga que arrepentirse del tiempo que busquemos para estar juntos. No es justo para nadie. Estos últimos días han sido inesperados. Muchas gracias. Pero no, no voy a regresar.

Brett le acarició el cabello una vez más, la besó en la frente, después en los labios, y finalmente la estrechó entre sus brazos hasta que estuvo preparado para susurrarle unas palabras al oído.

–No puedo dejarte marchar. Así no. Hay muchas cosas que no te he dicho. Muchas cosas que quiero decirte...

–Shh. Está bien. Voy a marcharme ahora, cuando todavía tengo

esperanzas. Así será mejor para ambos, sin enfrentarnos a la posibilidad de que se nos parta el corazón. Ambos sabemos lo que es y no estoy segura de que pudiera regresar si se me volviera a partir el corazón –le acarició el rostro y se liberó de su abrazo–. Tienes que dejarme marchar. De ese modo, ambos podremos aferrarnos a algo especial. Porque tú eres muy especial. Nunca lo olvides.

–Echaré de menos tener a alguien que me lo recuerde. Si tienes que hacerlo, hazlo ya… Antes de que cambie de opinión. Te llevaré a la estación.

Sienna se puso en pie, y apoyó la espalda contra la puerta.

Brett la sujetó de los brazos y la miró a los ojos.

–¿Sienna? Ya sabes lo cabezota que puedo llegar a ser. Esto no es el final. Elijas la opción que elijas, estaré a tu lado si me necesitas. No lo olvides.

La observó mientras ella suspiraba, asentía, y salía corriendo escaleras arriba para prepararse para marcharse.

–Todavía tenemos una cita en el Día de San Valentín, y voy a prepararte tu postre favorito, tal y como te gusta.

–¡No sabes cuál es mi postre favorito! –se oyó una voz en la distancia antes de que se cerrara la puerta del dormitorio.

Sí, sí lo sabía. Sabía todo lo que necesitaba saber sobre la mujer de la que estaba enamorado. Justo cuando pensaba que su pobre corazón no podría volver a amar.

Brett sintió un nudo en la garganta y trató de recuperar la compostura.

De pronto, el futuro que tanto esperaba le parecía oscuro si Sienna no formaba parte de él.

Tenía dos opciones: decirle que la amaba o dejarla marchar convencida de que la vida ajetreada que llevarían a partir de entonces provocaría que la relación fuera demasiado difícil.

Tenía razón, pero cada minuto que pasaran juntos merecería la pena.

No. No podía ser tan egoísta. No con Sienna. No con la mujer que amaba.

Si le contaba lo que sentía por ella… Cómo pensaba en ella en todo momento… Cómo deseaba verla y estar con ella… Quizá tuviera la oportunidad de que se quedara por el bien de su relación, sacrificando sus ambiciones en Greystone Manor.

Decirle que la amaba en aquellos momentos sólo empeoraría

las cosas. Una vez pronunciadas, esas palabras no podrían borrarse. ¿Y entonces? ¿Qué tipo de presión crearía en ella?

¡Ése era el sueño de Sienna!

Tenía que permitir que aquella mujer inteligente y divertida convirtiera su sueño en realidad para poder ofrecerle una relación en la que ambos estuvieran en igualdad de condiciones.

Debía sacrificarse por ella, aunque se le rompiera el corazón.

CAPÍTULO 20

Punto 20: Agítalo con fuerza

SIENNA se detuvo delante del espejo en la habitación de Greystone Manor donde se había refugiado durante los últimos cuatro años, y se alisó la falda del traje negro que se había comprado.

Los últimos días había echado de menos trabajar con vino, sabores y colores. Crear algo sorprendente y único que encantara a los clientes de Maria.

Aquel traje era parte de la armadura que llevaba todos los días para convencer a todo el mundo de que controlaba la situación.

Era patético. Ella era patética.

Brett tenía razón.

Era una cobarde. Una mujer valiente escondida tras una fachada.

Se había construido una barrera para poder recuperar la confianza en sí misma y en que podía hacer su trabajo sin que un hombre le dijera lo que tenía que hacer.

Sienna se acercó a la ventana y permitió que las lágrimas rodaran por sus mejillas.

Había pasado allí cuatro años, pero nunca había sentido aquel lugar como su casa. Cerró los ojos y recordó la habitación de casa de Maria.

La vibración de su teléfono móvil rompió el hechizo con un mensaje de texto de Carla.

El equipo de diseñadores había llegado. Era el momento de terminar con aquello de una vez por todas.

Carla estaba oculta detrás de varios hombres trajeados a los que había recibido el director del hotel.

Sienna respiró hondo y alzó la barbilla, adoptando una sonrisa profesional.

En el centro del grupo estaba el hombre al que había visto por última vez en una sala de embarque, antes de que tomara un vuelo para Los Ángeles.

Angelo Peruzi.

Aquel día él se había marchado sin mirar atrás, ni una sola vez, a la mujer a la que le había pedido matrimonio unos meses antes.

Ese día, Angelo Peruzi llevaba la misma ropa que había llevado aquel día. Una chaqueta de color azul oscuro, una camisa almidonada y unos pantalones de diseño. También unas gafas de sol.

En febrero.

Dentro de un hotel.

Sienna se había olvidado de lo atractivo que era y, al cruzar la mirada con él, le pareció por un instante que estaban solos en aquella habitación. Él le lanzó una amplia sonrisa y se acercó a ella abriéndose paso entre los hombres trajeados. Le tendió la mano.

–Sienna. Me alegro de volver a verte. Tienes muy buen aspecto. ¿Quizá la semana próxima podemos ponernos al día?

–Por supuesto –contestó ella, con un nudo en la garganta.

En ese momento, Patrick se acercó.

–Ah, señorita Rossi, gracias por venir. Siento haber interrumpido sus vacaciones, pero sólo teníamos un hueco para reunirnos con el chef Peruzi y sé que le encantaría oír los planes que tenemos para nuestro restaurante. Acompáñenos, por favor. Sé que la propuesta le va a entusiasmar.

Treinta minutos más tarde, Sienna tenía dos cosas claras.

La nueva propuesta no le gustaba nada.

El gerente del hotel había contratado a un equipo de diseñadores que habían criticado los paneles antiguos de madera que había en las paredes. Aquél no era el espacio que esperaban encontrar para el nuevo restaurante de Peruzi.

Ella había intentado hacer una sugerencia en dos ocasiones, pero no la habían escuchado. Ni Patrick ni Angelo la habían apoyado cuando se posicionó en contra de la destrucción de los elementos arquitectónicos que hacían que la casa señorial fuera única.

La segunda cosa era mucho más dura de aceptar.

Sienna observó como Angelo miraba con desprecio los bonitos paneles de madera que había en la habitación, y se preguntó cómo ambos habían podido cambiar tanto en tan poco tiempo.

Él había huido de su lado, de su ciudad y de su vida, y regresaba como si fuese el caballero que fuera a salvarlos a todos del desastre.

Al menos no había intentado besarla y sólo le había estrechado la mano.

Eso era lo que ella había deseado, ¿no?

¿Que Angelo la tratara como a una compañera de trabajo?

Lo miró de nuevo y se percató de que aquél no era el Angelo que ella recordaba.

Aquel Angelo había sido un producto de su imaginación.

Su relación con él había terminado. Esa etapa de su vida había finalizado.

Existía la posibilidad de que él destruyera todo lo que André Michon había construido. Y ella no quería formar parte de ello. Había sido un error regresar allí e intentar trabajar con Angelo.

Brett Cameron le había demostrado lo que era trabajar con alguien que confiaba en ella y respetaba su opinión. Que la valoraba y se preocupaba por ella.

Sienna se sintió mareada y se apoyó en la mesa.

Trató de controlar la respiración y alzó la barbilla, a tiempo de ver como Patrick la miraba a los ojos y movía su taza vacía de café, gesticulando hacia la puerta.

Sí. Era el momento de salir de la habitación. Sólo que no iría a preparar más café. Iría a empaquetar sus cosas.

CAPÍTULO 21

Punto 21: Termina con una porción de tiramisú de chocolate

SIENNA dobló la cintura y dejó caer el cuerpo y los brazos sobre la mesa.

–Creo que Patrick por fin ha captado el mensaje –dijo Carla mientras recogía el comedor vacío–. Al parecer, nunca había tenido a nadie que dimitiera del puesto de gerente. Es una experiencia nueva para él.

Sienna ni siquiera levantó la cabeza para contestar.

–Quizá no deberías haberle pedido referencias. A lo mejor es un poco caradura. En cualquier caso, quédate ahí. Voy a por un postre y cuando vuelva, me cuentas todos los detalles.

Se oyó un gemido al mismo tiempo que Sienna golpeaba la frente sobre la mesa.

Sienna tenía los ojos cerrados, pero percibía el aroma a cacao, a café, a licor dulce y a ***mascarpone.*** Enseguida se le hizo la boca agua.

–¡Qué rápido! Oh, Carla, ahora sí que la he liado, ¿no? He terminado con mi carrera profesional. A lo mejor le puedo pedir un trabajo a mi hermano.

–Podrías hacerlo, pero tengo una idea mejor.

Sienna se enderezó en la silla al oír la voz de su hombre favorito.

–¿Brett?

Él iba vestido con un traje negro, una camisa de color rosa pálido y una corbata azul, del mismo color que sus ojos. A Sienna se le inundó el corazón de felicidad.

–Hola –susurró ella, tratando de ser valiente y no quedar en ridículo lanzándose a sus brazos.

–Hola. Las medallas al valor están agotadas, así que he rescatado un poco de mi tiramisú especial. Pensé que a lo mejor necesitabas apoyo. Pero veo que no tenía que haberme preocupado. Enhorabuena.

–No me merezco una medalla –contestó ella, mirando el cuenco lleno de tiramisú–. Dejar mi trabajo ha sido una insensatez –añadió.

Él le sujetó la barbilla para mirarla a los ojos.

–Nada de eso. ¿Cómo te sentiste cuando les dijiste que no

querías el trabajo de gerente del restaurante?

–¡Me quedé tan bien…! ¡De hecho, me sentí de maravilla! ¡Tenías razón! ¡Era lo correcto! ¡Me merezco algo mejor!

Entonces recordó la parte mala de su decisión y exclamó.

–¡He sido una completa idiota!

–No quiero ni una palabra más hasta que no me hayas dado tu opinión experta sobre el postre. No me convencen las virutas de chocolate, y ya sabes que tiene que salirme perfecto antes del Día de San Valentín o si no, no estaré contento.

Ella se llevó una cucharadita a la boca.

–Maravilloso. Completamente maravilloso. Pero no se lo cuentes al chef André. Se disgustaría muchísimo.

Sienna dejó la cuchara para no comerse toda la porción.

–¿Te sientes mejor? –preguntó Brett.

–Mucho mejor. Gracias –ella estiró la mano y agarró la mano que él le ofrecía–. Oh, Brett. Estoy tan disgustada conmigo misma… He desperdiciado cuatro años de mi vida llorando por la versión idealizada de un hombre que probablemente nunca existió. Pensaba que todos los cocineros eran igual, y tú me has demostrado que estaba equivocada. Ahora pienso que todo ese dolor...

Sienna cedió ante las lágrimas que se formaban en sus ojos.

Brett le acarició el cabello y la miró con ternura.

–Te he echado de menos –dijo ella sonriendo.

–Yo también. Sólo te has ido hace unas horas y Trattoria Rossi ya no es lo mismo sin ti.

Ella respiró hondo y cerró los ojos.

–¡Oh, Brett! Todo es un desastre.

Él le agarró las manos y habló con voz calmada.

–No necesariamente. Anoche estuvimos hablando sobre las opciones. Pues ahora tengo otra más que ofrecerte. ¿Qué tal si estuvieras a cargo de tu propio negocio? ¿Cambiaría en algo tus diferentes opciones?

–¿Qué quieres decir?

–Anoche, cuando te acostaste, yo estuve hablando con Chris sobre una idea que va más allá de mi restaurante de autor. ¡Mucho más allá!

Brett le apretó los dedos y la miró a los ojos.

–Queremos abrir una cadena de restaurantes familiares. Imagina un lugar informal, pero limpio y bien gestionado, donde

un adolescente pueda llevar a su primera cita. Será una franquicia y haremos las recetas que me invente en mi cocina. Tendrá el mismo diseño de comedor que tú creaste para Maria la semana pasada.

Él sonrió con tanta pasión que a Sienna se le formó un nudo en la garganta.

–Las parejas jóvenes de toda Gran Bretaña tendrán la oportunidad de crear su propia versión de Trattoria Rossi en su ciudad. Buena comida. Y no sólo para la noche de San Valentín. Creo que funcionaría, ¿y tú?

Sienna se quedó boquiabierta. Después soltó una carcajada y chocó los dedos contra los de Brett.

–¡Es una idea maravillosa! ¡Me encanta! No puedo decirte lo brillante que es –se inclinó hacia delante y lo besó en los labios–. Eres muy inteligente. ¡No me extraña que estés emocionado!

–Lo estoy. Pero Chris y yo tenemos un serio problema que podría retrasar el proyecto.

Ella se encogió de hombros y retiró una mano.

–Nada que no puedas solucionar. ¡Eres Brett Cameron! ¡Un superhéroe! ¡Un maravilloso cocinero de tiramisú!

–Gracias, pero ni siquiera yo puedo estar en dos sitios a la vez. He trabajado toda mi vida para abrir el restaurante de mis sueños en Notting Hill, y ya sabes cómo es eso. Necesita toda mi atención y dedicación –le dedicó una sonrisa–. Necesito una socia para que se encargue de nuestra cadena. Chris podrá conseguir fondos para el primer año, y tu tía Maria ha aceptado alquilar-me Trattoria Rossi a un precio especial para que podamos abrir el primer restaurante aquí, pero no tenemos gerente.

Brett hizo una pausa.

–La persona ideal tendría que estar acostumbrada a tratar con clientes de todo tipo, ser capaz de llevar todo el negocio y, a ser posible, tendría que gustarle mi comida. Yo tendría que poder confiar en ella. Completamente. ¿Conoces a alguna candidata que encaje en esa descripción?

Sienna se quedó de piedra.

–¿Lo dices en serio? ¿Me estás ofreciendo el trabajo?

–No. Te estoy ofreciendo que seas mi socia en el negocio. Tú te encargarías de tu propia cadena de restaurantes familiares. Conmigo. No para mí. Sería tu proyecto y emplearías todo el talento que he visto que tienes en estos últimos días. Puedes

hacerlo. No me cabe ninguna duda. Eres la única persona en quien puedo confiar.

–¿Tanto confías en mí? ¿Estás dispuesto a dejarme todo el control sin intentar interferir en mis decisiones?

–Con todo mi corazón.

–Vaya. Sí que sabes bailar al son de una chica. No lo comprendo. Esto es tan emocionante… ¿Por qué no lo mencionaste antes?

–Ah. Se me ocurrió la idea cuando te fuiste a la cama, y tenía que estar seguro de una cosa antes de mencionarte nada. Además, influye que parece que te gusta mi comida.

–Por supuesto, pero cuéntame. ¿Por qué eso es tan importante?

–Tuve que averiguar si estabas dispuesta a sacrificar todo para conseguir que tu trabajo en Greystone Manor fuera un éxito. O no.

Sienna respiró hondo y miró al hombre que acababa de ofrecerle la posibilidad de cumplir su sueño.

–Antes de contestar, tengo una pregunta para ti. Y es igual de importante. Confío en que me digas la verdad.

Agarró el cuenco de tiramisú y chupó el chocolate de la cuchara.

–Lo del tiramisú no ha sido pura coincidencia, ¿verdad?

Él negó con la cabeza.

–Te acordabas. Fue hace doce años, pero te acordabas de que el tiramisú es mi postre favorito.

Él le agarró la mano y se la besó.

–Oh, Brett…

–Yo era el pobre chico que nunca sería lo bastante bueno para pedirle una cita a la princesa Rossi. Así que cerré mi corazón y escondí la llave para que estuviera a salvo.

Le acarició la ceja con tanto cariño que Sienna estuvo a punto de romper a llorar otra vez.

–Tan bella e inteligente. Quizá no habría sido lo suficientemente bueno, pero presté atención. Tu tía Maria lo notó, pero no dijo nada. Tu padre pensaba que yo era torpe. Yo envidiaba la vida que teníais Frank y tú. Tenías familia, el restaurante. Vivías el tipo de vida familiar con el que yo sólo podía soñar.

Sienna gimió y presionó los labios contra los dedos de Brett.

–Puede que éste no sea el mejor momento para contarte por qué te perseguía todos los días de trabajo. Estaba enamorada de ti.

Pero era demasiado tímida para decírtelo.

–No es posible. Si lo dices para que me sienta mejor, te lo agradezco, pero...

–No. Tienes el honor de haber sido mi primer amor, Brett Cameron. ¿Recuerdas el otro día cuando te pedí que te quedaras en el sótano de la casa mientras yo subía a por unos zapatos a mi habitación? Estaba aterrorizada por si encontrabas mi diario, donde se incluyen todos los detalles de cuándo te veía, qué llevabas puesto, lo que decías... ¿Quieres que siga?

–¿Estabas enamorada de mí?

Ella asintió y se mordió el labio inferior. Después soltó una risita y terminó riéndose a carcajadas.

–¿Se puede ser más patética? Tú estabas en la cocina y tenías miedo de hablar conmigo, mientras que yo me sentía muy desgraciada cuando no estaba en la misma habitación que tú. Ambos éramos demasiado tímidos y estábamos demasiado asustados para hablarnos. ¿No te parece una ironía?

–Una locura. Ojalá lo hubiera sabido.

–Yo también. Tengo una pregunta más. Y es personal.

–Después de la bomba que me has soltado, tengo un poco de miedo. Pero podré soportarlo.

–En ese caso, necesito saber si todavía estás enamorado de Lili o no.

Él dejó de reírse y le acarició el rostro.

–Nunca me olvidaré de ella, pero sólo soy capaz de amar a una mujer a la vez, y ahora estoy mirando a la mujer que amo y que seguiré amando el resto de mi vida. Así que te alegrará saber que la respuesta es no. Un no rotundo.

Brett no dejó de mirarla mientras se sacaba una cajita del bolsillo.

A Sienna le latía tan deprisa el corazón que pensar y escuchar al mismo tiempo le resultaba imposible.

Brett abrió la cajita y se la entregó a Sienna. Ella se fijó en el diamante con forma de corazón y de color rosa que estaba engarzado sobre una alianza de platino.

Era lo más bonito que había visto en su vida, y se lo dijo.

–Eres una mujer admirable, Sienna Rossi. Nunca pensé que pudieras sorprenderme más, pero lo has hecho. Cualquier hombre querría tenerte en su vida. En su cama. Que fueras lo último que viera por las noches y despertarse a tu lado cada mañana. Yo era

un chico que creía que nunca sería bueno para nadie tan inteligente y bella como tú. ¿Me darás la oportunidad de demostrarte que me he convertido en algo mejor?

–Me gusta muchísimo el hombre en que te has convertido. Y confío en él con todo mi corazón.

–También soy el hombre que quiere tenerte entre sus brazos y estar a tu lado cada día. Quiero pasar el resto de mi vida demostrándote lo mucho que te necesito. Lo mucho que significas para mí –le acarició el cabello y continuó–. Te quiero, Sienna. Entré en esa cocina siendo un chico joven y asustado que temía meter la pata y acabar otra vez en la calle. Entonces, tú te volviste hacia mí y me dedicaste una tímida sonrisa. Y yo supe que todo iba a salir bien.

Él la abrazó con fuerza y ella notó como si varios fuegos artificiales explotaran en su cabeza.

Brett la amaba. Brett Cameron la amaba.

–Se me partió el corazón cuando te marchaste a París. Desde entonces he buscado por todas partes, pero nadie fue capaz de curarme. ¿Cómo iban a hacerlo si tú lo estabas protegiendo para mí? Pero tenía tanto miedo de que me lo partieras otra vez. Tanto, tanto miedo.

Acarició la cara de Brett y lo miró en silencio.

–Ven a trabajar conmigo. A llevar tu propio negocio. A dormir entre mis brazos cada noche. ¿Vendrás a vivir conmigo? ¿Serás mi pareja, mi amante, y la madre de mis hijos? ¿Puedes hacerlo? ¿Puedes arriesgarte a ser feliz conmigo?

Sienna respiró hondo y las lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, consciente de que él estaba pronunciando las palabras que ella había esperado oír toda su vida.

–Sí.

Él la miró asombrado.

–¿Sí?

–¡Sí! –se rió ella–. Sí, sí, sí. Oh, Brett. Te quiero mucho.

Acababa de pronunciar esas palabras cuando Brett la besó en los labios. Ella cerró los ojos y se dejó llevar por la pasión. Brett la agarró por la cintura y comenzó a darle vueltas en el aire. Sienna lo miró, asombrada por la felicidad que aquel hombre le había brindado, y sonrió.

–Llévame a casa, Brett. Llévame a casa.

CAPÍTULO 22

Punto 22: Mantén la mezcla caliente hasta el Día de San Valentín y pon una rosa roja antes de servirla con un beso

LAS LUCES de color rosa iluminaban el interior del comedor de Trattoria Rossi.

Los últimos días habían estado llenos de alegría y mucho trabajo, pero por fin todo estaba preparado para recibir a sus invitados en el Día de San Valentín.

No sólo era el primer Día de San Valentín como propietaria de Trattoria Rossi, sino que también celebraba una fiesta de compromiso rodeada de sus seres queridos. ¡Incluso Carla había conseguido escaparse de Greystone Manor aquella tarde!

Los últimos clientes se habían marchado después de felicitarlos por la comida. Había parejas que se habían besado por San Valentín, y muchas que habían reído sin parar. Pero lo mejor de todo era que Maria Rossi había asistido también para ayudar a Sienna a despedirse de una parte de su vida y empezar otra nueva.

Maria había conseguido escaparse del hospital prometiendo que se recuperaría despacio y con tranquilidad. No podía perderse el último Día de San Valentín antes de entregarles el restaurante a Sienna y Brett.

En esos momentos, el comedor pertenecía a la familia. A su familia. La vieja y la nueva. Y seguía siendo el mismo restaurante que ella conocía de pequeña, pero mejor, porque Brett estaba allí. El hombre que amaba estaba junto a su hermano, Frankie, mirando los álbumes que la madre de Sienna había guardado toda su vida, y riéndose mientras miraban las fotos.

Algún día también tendrían fotos de sus propios hijos.

La idea hizo que su corazón se llenara de felicidad. Miró a Brett y se fijó en que estaba muy atractivo con su camisa almidonada y su delantal de cocinero.

Brett la miró y sonrió, de una manera que provocó que se le derritiera el corazón.

Sienna se inclinó y lo besó, antes de sonreír a aquel hombre que había llenado su vida de felicidad.

Una rosa de color rojo decoraba una fuente llena de su receta especial de tiramisú de chocolate.

–Feliz Día de San Valentín –susurró él, con tanto amor en su

tono de voz que a Sienna le cortó la respiración.

Ese día marcaba el final de una parte de su vida y el comienzo de toda una vida llena de felices Días de San Valentín. Con el hombre que conocía la receta perfecta para su felicidad.